

ALLENDE

Diana Veneros

trayendo al historiador Israhel Berlin en su texto *The Hologram and the Few*, podría decirse que, como político, Allende fue y actuó como un zorro "que sabe muchas cosas" y un erizo "que solo sabe una". En sus cambiantes técnicas de zorro, Allende no fue probablemente superior a otros grandes dirigentes de su generación, incluyendo, como todos ellos, éxitos impresionantes y, a la vez, una vez apreciable de error y malos cálculos. Fue en la única gran cosa que él sabía y por la cual luchó con denuesto, que mostró la sabiduría del erizo. Esta fue su certeza de que la elevación económica y social de las masas era el fundamento indispensable para una auténtica libertad que solo podía ser lograda en Chile a través de una revolución innovadora y gradual. La vía chilena que, paradójicamente, no fue más puesta a prueba, verdaderamente, durante su gobierno. Las alianzas políticas eran, sin embargo, el personaje real, el sujeto de las alianzas y el destino consistente. La invitación es a cruzar el umbral de la historiografía tradicional y analizar la vida y circunstancias de Salvador Allende, definiendo las fuerzas que dieron su personalidad y estilo sobre el telón de fondo de la compleja historia del siglo veinte. Y, a la vez, a tocar algunos aspectos de su lenguaje (al cual, informado por sus propios conocimientos e intuiciones). La propuesta cruzada el ámbito de la psicoterapia y dentro de ella, la psicobiografía.

Diana Veneros

ALLENDE

Diana Veneros
ALLENDE



Editorial Sudamericana SEÑALES



SEÑALES

Yo no quiero ser sólo un presidente más, yo quiero ser el primer presidente del primer gobierno nacional y popular, auténticamente democrático y revolucionario en la historia de Chile.
(Salvador Allende, "Al pueblo de Antofagasta")

La tarea del gobernante es dura y difícil; sin embargo, en mis recorridos por distintas provincias, ciudades y pueblos, he recibido una vez más el afecto, el amor y la lealtad del pueblo.
(Salvador Allende, "Al pueblo de Mejillones")

El acertijo histórico

La elección presidencial chilena del 4 de septiembre de 1970 fue un hecho memorable. Constituyó la primera elección libre, en el mundo, de un jefe de gobierno considerado marxista. Para América Latina y los Estados Unidos representó el acontecimiento más significativo desde que Fidel Castro entró victorioso a La Habana en 1959.

Dos acontecimientos inéditos convergieron en la victoria de Salvador Allende. Por un lado, la coalición triunfante en la elección estaba dominada por partidos marxistas. Por otro, la vía pacífica chilena o vía político-institucional, que el programa del nuevo gobierno contemplaba, establecía que el socialismo podía ser alcanzado a través de medios políticos y no por medio de la violencia revolucionaria.

El triunfo de Allende no fue totalmente inesperado. El resultado reveló su determinación por conquistar la presidencia y sus vigorosos esfuerzos por construir un "movimiento popular" basado en una firme conciencia política. Mostró, además, el fruto de años

de paciente trabajo de los partidos de izquierda y la culminación de décadas de expansión del rol del Estado en la economía y la sociedad.¹

Desde un punto de vista más amplio, fue reflejo de un "despertar" latinoamericano y de la preferencia creciente de la gente por regímenes políticos capaces de satisfacer sus esperanzas y resolver los severos problemas económicos y sociales del subdesarrollo.²

Por supuesto, las reacciones ante los resultados de la elección fueron distintas, aunque la incredulidad tendió a adueñarse de todos los sectores. Como resultado de la creciente polarización que había experimentado el país desde comienzos de los años 1960s, la victoria de Allende desató a la vez las esperanzas, los miedos y las fantasías de los chilenos. Mientras para algunos el triunfo constituyó la materialización de un sueño, "que hacía realidad el esfuerzo de

¹ Desde los años 1930s, Chile fue líder en América Latina en el desarrollo del capitalismo de Estado, acentuando simultáneamente la industrialización sustitutiva de importaciones y programas de bienestar para trabajadores sindicalizados. Ver Paul Drake e Iván Jaksic, *The Struggle For Democracy in Chile* (Lincoln: University of Nebraska Press, 1995), p. 7.

² Ver "A Latin Brand of Socialism"; en *The Times*, 31 de noviembre de 1970. También "Center Stage for Chile's Marxist President"; en *Newsweek*, 2 de noviembre de 1970 y "Andes Nations Swinging Left"; en *The Washington Post*, 3 de enero de 1971. Todos estos artículos examinan América Latina como una región asediada por abrumadoras tasas de analfabetismo y enfermedad —y seriamente dañada por una abismal pobreza y rígidos sistemas de clases— frente a los cuales las temblorosas demografías de los años 60s no podían hacer más que prometer cambios. Sumada esta situación a la creciente marea de expectativas que barría el continente, se explica de manera clara la opción de las masas por gobiernos nacionalistas inspirados en ideas de izquierda en Perú, Bolivia y Chile. Estos buscaban solucionar los problemas de ellas; de igual forma, asumir el desafío del desarrollo. Estos regímenes perfilaron un agudo contraste con los gobiernos militares de derecha instalados en ese tiempo en Argentina y Brasil. En el caso chileno, Enrique Correa, retrospectivamente, ve el triunfo de Allende como la cristalización de una profunda aspiración de cambio que agtaba desde hacía décadas la sociedad chilena. Desde su punto de vista, no fue accidental que los programas de Allende y Tomic en 1970 coincidieran en tantos aspectos. Ver también entrevista de Enrique Correa, ministro secretario general de gobierno del ex presidente Patricio Aylwin; en *Apsi*, N° 393, 1991, p. 16.

décadas de continua y, a veces, tumultuosa lucha,³ para otros representó una amenaza al estilo de vida del que habían disfrutado hasta entonces.

Muchos de sus partidarios recibieron el triunfo con alegría, esperanzas, pero también dudas.⁴ Pese a la victoria, las expectativas eran variadas: iban desde la felicidad a una actitud cautelosa de “esperar y ver”, en la cual no faltaban los pensamientos pesimistas.⁵ Había variadas especulaciones sobre la naturaleza del gobierno de Salvador Allende. No todos sus partidarios confiaban plenamente en él. En el peor de los casos, decían algunos, el nuevo presidente sería otro Gabriel González Videla, quien había traicionado a sus aliados comunistas inclinándose a la derecha a la mitad de su mandato. Y, en el mejor de los casos, actuaría como un reformista moderado, quien comprometería su programa revolucionario en cuanto enfrentara presiones de la derecha. Muchos de sus partidarios tuvieron también temores; para los menos, la experiencia estaba condenada al fracaso.⁶

En cuanto a la oposición, estaba consternada y temerosa. Sus expectativas iban desde los que imaginaban que su gobierno sería como el de los demócratas cristianos, “solamente un poco más duro con los que tienen dinero”, hasta otros que esperaban una tiranía comunista.⁷ La clase alta y aun vastos sectores de las clases medias, que en su propaganda electoral habían deshumanizado a la izquierda, terminaron creyendo sus propias percepciones, distorsionadas por fantasías de persecución y despojo. Algunos opinaban que Allende —“un líder voluntarioso, vanidoso y proclive a los grandes

gestos”⁸— sólo deseaba pasar a la historia como el primer líder marxista del mundo que se ajustaba a las reglas, cumplía su período y entregaba el cargo a su sucesor elegido democráticamente.⁹ Otros temían que su liderazgo fuera desplazado, o utilizado por los comunistas y los miristas, quienes harían de Allende un mero títere.¹⁰ Para algunos de estos últimos agoreros, la victoria marxista significaba tiranía estalinista y no libertades democráticas, y con esta visión del gobierno recién elegido comenzaron a formular planes.

En medio de toda clase de conjeturas y rumores, los augurios para la presidencia de Salvador Allende fueron pesimistas. Las frases más repetidas durante los primeros días de su gobierno, en noviembre, eran: “No durará seis meses”; “En el momento en que viole la ley, actuarán los militares”; “La Unidad Popular se quebrará: los socialistas odian a los comunistas, los comunistas odian a los radicales, los moderados radicales son incompatibles con los socialistas extremistas”, y “la economía está quebrada”. La prensa internacional recogió abundantes predicciones de este tenor, que en el hecho eran expresiones de miedo—o deseos secretos—de los sectores más renuentes al cambio.¹¹

Tales augurios funestos estuvieron asimismo influidos por el curso de los acontecimientos entre el triunfo y la toma del mando, dos meses después. Entre el 4 de septiembre, día de la elección, y el 24 de octubre de 1970, cuando el Congreso Pleno debía dirimir entre las dos primeras mayorías—de Allende y Alessandri—tuvo

³ David J. Morris, *We Must Make haste—Slowly. The Process of Revolution in Chile* (New York: Vintage Books, 1973), pp. 93-94.

⁴ Ver José del Pozo, *Rebeldes, reformistas y revolucionarios* (Santiago: Ediciones Docu-mentos, 1992), p. 173.

⁵ Ver Richard Feinberg, *The Triumph of Allende. Chile's Legal Revolution* (New York: The New American Library, 1972), p. 169.

⁶ Para testimonios de partidarios de izquierda sobre sus reacciones en torno a la victoria de Allende, ver José del Pozo, pp. 168-173.

⁷ *Newsweek*, 21 de noviembre de 1970.

⁸ Citado en *The Washington Post*, 17 de octubre de 1971, de una editorial de *El Mercurio*.

⁹ *Newsweek*, 15 de noviembre de 1971.

¹⁰ Hubo consenso entre los analistas extranjeros de que los partidarios y enemigos de Allende observaban con atención si él tendría la “mureca” suficiente para frenar al MIR. Sin embargo, también estaban a la expectativa de cómo marcharía la revolución chilena. “A pesar de la inmensa vanidad de Allende, que debería evitar que se convirtiera en lacayo de alguien, persiste el hecho inquietante de que el plan gradual del presidente a menudo ha parecido quebrarse bajo las presiones extremistas”, ver *Newsweek*, 15 de noviembre de 1971.

¹¹ Ver Feinberg, p. 169.

lugar una serie de acontecimientos trascendentes e inéditos en la historia de Chile durante el siglo XX.

El primero tuvo que ver con los intentos frustrados del Partido Nacional por evitar que Allende accediera al poder, llamando a los parlamentarios demócratacristianos a votar por Alessandri en el Congreso Pleno. Dicho candidato renunciaría luego a la presidencia para obligar a una nueva elección. El segundo acontecimiento fue la decisión, sin precedentes, de la Democracia Cristiana de apoyar a Allende, a cambio de la suscripción de un Estatuto de Garantías Constitucionales. Un tercer hecho se relacionó con el despliegue de una campaña de "terror económico", y con la salida del país de conspicuos miembros de las clases altas. Además, como corolario, se produjo el asesinato del comandante en jefe del Ejército, René Schneider, a manos de un grupo de ultraderecha. Todo esto se combinó con los esfuerzos del gobierno de los Estados Unidos por impedir que Allende fuera presidente.

Luego de la elección de Allende, la CIA había producido un informe de inteligencia que concluía:

(1) los Estados Unidos no tienen intereses vitales en Chile. Habría, sin embargo, pérdidas económicas tangibles. (2) El balance de poder militar del mundo no sería significativamente alterado por un gobierno de Allende. (3) Una victoria de Allende, sin embargo, crea "costos políticos y psicológicos", incluyendo una amenaza a la "cohesión hemisférica" y un "avance psicológico definido para la idea marxista".¹²

Los intentos de los Estados Unidos por impedir la asunción al cargo de Allende se materializaron en los planes Track I y Track II. El Comité de los Cuarenta, convocado por Nixon para analizar las acciones a seguir en respuesta a la elección chilena, discutió inicialmente la situación el 8 de septiembre. En una nueva reunión, el día 14, acordó una masiva campaña contra Allende y medidas

¹² Sigmund, p. 113.

de presión económica contra Chile. Aprobó, asimismo, un fondo de contingencia de US\$350.000 para "apoyó encubierta de proyectos que Frei o su equipo de confianza considere importantes". Edward S. Korry, embajador estadounidense en Chile, recibió, en tanto, el encargo de convencer a Eduardo Frei de que aceptara la proposición de Alessandri de renunciar si era ratificado por el Congreso, de manera que pudiera realizarse una nueva elección en la que Frei, el mandatario saliente, sería candidato otra vez. También se le ordenó que sondeara a los militares para ver sus posibles reacciones si Frei daba su consentimiento.

Sin embargo, las posibilidades anteriores se vieron de plano frustradas con la declaración del general René Schneider, comandante en jefe del Ejército, quien se comprometió públicamente a una estricta observancia de la Constitución. De modo que para asegurar el funcionamiento del "gambito Frei", el gobierno de los Estados Unidos requería neutralizarlo. Así lo intentaría un mes más tarde un grupo de extrema derecha, vía la estrategia de un fallido secuestro que terminó provocando el asesinato del general, el 22 de octubre de 1973. Track I moría definitivamente a dos días de la elección en el Congreso Pleno. Paralelamente, sin embargo, a contar del 16 de septiembre, y a espaldas del embajador Korry, funcionaba la estrategia del Track II. Ese día, el presidente Nixon; el consejero de Seguridad Nacional, Henry Kissinger; el fiscal general, John Mitchell y el director de la CIA, Richard Helms, sostuvieron una reunión en la que este último fue informado por Nixon acerca de que había US\$10.000.000 disponibles para evitar, por cualquier medio, que Allende llegara a la presidencia. Entre las opciones estaba un golpe militar y el asesinato de Allende. También se informó a Helms que había que "hacer chillar la economía chilena".¹³

¹³ Paul E. Sigmund, *The United States and Democracy in Chile* (Baltimore: The John Hopkins University Press, 1993), pp. 48-56. Para el análisis de la acción encubierta de los EE.UU. en Chile, ver también U.S. Congress, Senate, Select Committee on Intelligence Activities, *Covert Action in Chile, 1963-1973: Staff Report*, 94th Cong., 1st sess., 1975.

Mientras los Estados Unidos urdían y aplicaban tales estrategias —que en el último análisis cristalizarían tres años más tarde en el cruento golpe de Estado chileno—, paralelamente tenían lugar en el país las negociaciones entre la Democracia Cristiana y la coalición triunfante de la Unidad Popular sobre el tema del Estatuto de Garantías Constitucionales. Éstas constituyeron un intento de vincular a Allende, de manera pública y explícita, con lo que el siempre había apoyado verbalmente: la mantención de la democracia constitucional. Acorde con tales garantías, Chile no se convertiría en una nueva Cuba. Es más, en el mantenimiento de las mismas, la independencia y el compromiso de las Fuerzas Armadas con la Constitución sería clave. La aceptación de este Estatuto, cuyo acuerdo se trabajó arduosamente durante el mes de octubre de 1970, permitió que el triunfo de la Unidad Popular fuera ratificado el 24 del mismo mes.

La tensa atmósfera en que Allende asumió el poder, el 4 de noviembre de 1970, no constituyó un vaticinio feliz. Pareció, más bien, corroborar los temores iniciales. No obstante, su gobierno tuvo un comienzo promisorio. Entre 1970-1971, en el así llamado por los analistas, “período de luna de miel”, Allende y la UP ampliaron grandemente su apoyo político. La oposición —la Democracia Cristiana y el Partido Nacional— se encontraba dividida. Mientras la derecha estaba aún conmocionada (nunca esperó perder finalmente las elecciones presidenciales), los demócratacristianos dudaban sobre cuál debería ser su actitud y su papel como opositores al gobierno. En abril de 1971, en las elecciones municipales, la Unidad Popular pasó su primera prueba política: obtuvo el 49,7% de los votos, lo que representó un avance sustancial comparado con el 36,2% de la elección presidencial. El resultado fue considerado un “voto de confianza” en el doctor Allende, quien se había movido con extrema habilidad táctica y mucha cautela en sus primeros meses, aunque con la suficiente rapidez y decisión para mantener vivas las expectativas de sus partidarios.¹⁴

¹⁴ *The Times*, 6 de abril de 1971.

El 11 de julio de 1971, el “Día de la Dignidad Nacional”, el Congreso aprobó la reforma constitucional de Allende para nacionalizar las minas de cobre, propiedad de empresas norteamericanas. Como lo proclamó el presidente Allende, éste fue un paso decisivo hacia la conquista de la “Segunda Independencia de Chile”.¹⁵ La aceleración de la reforma agraria gracias a una significativa “presión desde abajo”, la nacionalización o estatización de sectores claves de la industria y el sentimiento de prosperidad logrado con medidas de corto plazo de redistribución masiva del ingreso (a través de alzas de salarios y otros beneficios para los sectores más pobres), y un control de precios, sustentaron ampliamente el éxito del gobierno en el primer año.¹⁶ Más aun, el desarrollo de

¹⁵ Ver discurso de Allende en Rancagua, en *La Nación*, 12 de julio de 1971. Sin embargo, la nacionalización de las minas “no trajo la anticipada comucopia”. Las utilidades declinaron por efectos de la baja de precios y de las menores ventas. Hubo dificultades para reemplazar a los técnicos especializados, muchos de ellos chilenos, que dejaron de trabajar después de la nacionalización; hubo asimismo severos contratiempos para obtener repuestos y ejercer control sobre la fuerza de trabajo. Las pugnas entre funcionarios socialistas y comunistas en las minas, y las disputas con los demócratacristianos y los sindicatos dirigidos por independientes fueron frecuentes y llevaron a huelgas espontáneas y al colapso de la disciplina laboral; en Collier y Sater, p. 335. Más aún, la nacionalización sin compensación —el presidente dedujo como “rentabilidad excesiva” cualquier utilidad por sobre el 12% obtenida desde el año 1955 por las compañías norteamericanas— perjudicó aún más las relaciones con los Estados Unidos. Esto no solamente produjo juicios internacionales contra Chile sino también incrementó la presión crediticia norteamericana. Washington se oponía al otorgamiento de créditos a Chile en el Banco Interamericano de Desarrollo y en el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo. También presionaba a la banca privada de los EE. UU. para que no otorgara préstamos a Chile; *ibid.*, p. 336.

¹⁶ En marcado contraste con las políticas de estabilización diseñadas por los gobiernos de Ibáñez y Alessandri, los economistas de la Unidad Popular buscaron estimular la demanda mediante significativas alzas de salario para los pobres del campo y la ciudad. En adición al aumento del ingreso real de los trabajadores, el crecimiento significativo de los gastos del gobierno y la expansión monetaria incentivaron la estagnada economía. Se esperaba que estas medidas no solamente incrementarían la demanda sino también indujeran a los empresarios a utilizar la capacidad ociosa que aumentaba la cesantía de los trabajadores. De este modo, a través de una combinación de redistribución del ingreso, incremento de la demanda efectiva y reducción del desempleo, el gobierno de la UP esperaba vencer la recesión heredada del gobierno de Frei y aumentar el apoyo popular a la coalición de Allende; en Loveman, p. 335.

una política exterior sin restricciones (que marcó un claro distanciamiento con la diplomacia de la "guerra fría", practicada en América Latina por influencia de los Estados Unidos, en la década anterior) y en la que el motor principal era el prestigio internacional del propio presidente Allende, completó el balance de éxito del gobierno.¹⁷

La prensa internacional comentó: "Cualquiera sea el resultado de la revolución socialista chilena, ya ha producido un líder que como presidente ha demostrado inesperado dinamismo". De acuerdo con los observadores, Allende había traído a la presidencia humor, habilidad y, sobre todo, osadía. Había establecido claramente su estilo: "una gran dignidad presidencial (...) predilección por vadear la controversia; una capacidad de palabra sorprendentemente efectiva, y un completo control de un medio especialmente favorable, la conferencia de prensa".¹⁸ De modo análogo, fue visto como un político astuto, "jugando con cautela, haciendo una movida aquí y otra allá, tratando de no asustar, en tanto fortalecía gradualmente sus bases" —su personalidad, según se argüía, se ajustaba a este curso de acción un tanto tortuoso.¹⁹

Sin embargo, no todo era auspicioso. El 8 de junio, un pequeño grupo de ultraizquierdistas, al parecer infiltrado por la CIA, la Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP), asesinó a Edmundo Pérez Zujovic, ministro del Interior del ex presidente Eduardo Frei. Fue el segundo asesinato político, en menos de un año y tuvo como principal consecuencia el alejamiento de los demócratacristianos.²⁰

¹⁷ En julio de 1971, el presidente Allende visitó la ciudad de Salta, en Argentina, donde se reunió con el presidente Lanusse. En agosto, visitó Ecuador, Colombia y Perú en el contexto de las fluidas relaciones con los países del continente basadas en la coexistencia y el pluralismo ideológico. Para la calurosa recepción que tuvo en esos países, ver *El Siglo*, 24 de agosto-2 de septiembre de 1971.

¹⁸ *The Washington Post*, 31 de enero de 1972.

¹⁹ Feinberg, p. 205.

²⁰ La nueva actitud de la Democracia Cristiana hacia el gobierno quedó configurada cuando el partido aceptó los votos de la derecha en la elección complementaria de un diputado por Valparaíso, el 18 de julio. Dicha actitud fue más tarde ratificada en el

Denunciando el "clima de odio" sembrado por los medios de comunicación del gobierno,²¹ la Democracia Cristiana pidió medidas más duras contra los grupos armados de ultraizquierda. Para Allende, según refieren sus cercanos, ese 8 de junio fue uno de los días más oscuros y tristes de su vida.²² Percibió el infausto episodio que amenazaba al país, y a él mismo, como el advenimiento de un "caos" que intentaba alterar el normal desarrollo de la vida republicana. Lo que había ocurrido era un "crimen contra Chile, su pueblo y su gobierno".²³

A estas crecientes tensiones políticas, se sumaron los éxitos económicos del gobierno que involucraron contradicciones que llevaron rápidamente al conflicto. La aceleración de la reforma agraria —en los primeros dieciocho meses los campesinos ocuparon temporal o permanentemente más de 1.700 propiedades rurales— trajo consigo la desorganización de la economía agrícola y un clima de confrontación surgido del tipo de métodos utilizados, huelgas y tomas de tierras. El Movimiento Campesino Revolucionario (brazo rural del MIR), y militantes del MAPU, incentivaron permanentemente las tomas ilegales, las cuales acompañaron el proceso de

Consejo Plenario Nacional de la Democracia Cristiana (24 al 28 de julio). Allí, el ala izquierda del partido intentó obtener del Consejo una resolución que prohibiera cualquier entendimiento con el Partido Nacional o con los llamados gremios, que habían emergido como una significativa fuerza opositora. La proposición fue rechazada. A su vez, el partido declaró que, en vez de cooperar con Allende, prefería mantener una oposición constructiva. Al mismo tiempo, denunció el espíritu totalitario y exclusivista del gobierno y su intención de llevar al país a un régimen absolutista. Esto provocó una nueva división en la Democracia Cristiana. El ala izquierdista abandonó el partido para crear una nueva organización, la Izquierda Cristiana, que se plegó al gobierno de Allende.

²¹ Los demócratacristianos planteaban que el ex ministro Pérez Zujovic había sido la víctima permanente de una campaña difamatoria que se publicaba todos los días en los medios que apoyaban al gobierno. Sus enemigos lo llamaban "Pérez Zeta" y lo hacían responsable de una sangrienta represión en Puerto Montt en que murieron diez personas. Ver *The Washington Post*, 9 de junio de 1971.

²² Mi entrevista al comandante Roberto Sánchez, edecán aéreo del presidente Allende, Santiago, 14 de agosto de 1996.

²³ *The Washington Post*, 10 de junio de 1971.

expropiación, por parte del Estrado, de todas las propiedades por sobre el límite legal de ochenta hectáreas "de riego básico". La situación en las provincias del sur en muchos casos se vio aún más complicada por las demandas de 300 mil mapuches que exigían el reconocimiento de su derecho a las tierras de las que habían sido despojados por los colonizadores en el pasado.

Esta revolución "desde abajo" que los seguidores del gobierno desarrollaron por propia iniciativa, con el apoyo de algunos agitadores, encontró la feroz oposición de los terratenientes y colocó a Allende en una posición difícil.²⁴ Más aún, el nombramiento, en muchos casos, de funcionarios de gobierno incompetentes para tomar posesión y administrar los fundos con plenas atribuciones, sumado a los debates estériles sobre los tipos de unidades de producción agrícola que debían establecerse en los terrenos expropiados (haciendas estatales, colectivas y unidades regionales de producción) crearon incertidumbre entre los campesinos y pequeños propietarios. Ello, unido a la inquietud rural y a la erosión de la disciplina campesina, provocó una aguda baja en la producción. Después de una buena cosecha en 1970-71, el rendimiento de la agricultura disminuyó seriamente. El gobierno se vio obligado a utilizar sus ya menguadas reservas de divisas para importar productos alimenticios con alta demanda debido al mayor poder de compra de los trabajadores.²⁵

El programa de la Unidad Popular concebía una economía en que debía coexistir un área social, constituida por empresas estata-

²⁴ Allende se oponía a las tomas ilegales de tierras: "Los camaradas del Movimiento Campesino Revolucionario —dijo— tendrían que entender que actuando anárquicamente, lejos de acelerar el proceso revolucionario se puede caer en acciones que lo retarden. Una revolución política puede hacerse en 24 horas. Una revolución social y económica jamás"; ver *El Siglo*, 26 de mayo de 1971. Además, insistía en que no bastaba con expropiar; era necesario también incrementar la producción y modificar la ley: "No podemos aceptar que sean violados los derechos legales de los propietarios. No podemos crear el caos en la producción. No podemos tomar las tierras y dejarlas sin cultivar"; ver *La Nación*, 6 de agosto de 1972.

²⁵ Loveman, p. 336.

les, el futuro núcleo de la economía socialista; un área mixta, con empresas en que el Estado sería accionista mayoritario; y un área privada. La creación del área de propiedad social tenía una gran importancia económica y política. Desde un punto de vista económico, la configuración del modelo serviría a los fines de desarticular el poder económico de los grandes capitalistas satisfaciendo, alternativamente, las aspiraciones de la masa leal a la UP —los trabajadores industriales—; pretendía asimismo favorecer, a través de una rápida concentración estatal de la gran industria, el aumento de la productividad y el desarrollo del empleo, a la par que financiar el aumento del gasto social. Desde un punto de vista político, estaba llamada a servir a los fines de extensión de la base electoral de la izquierda. "Se suponía que la positiva experiencia del socialismo en el propio lugar de trabajo, junto con la experiencia radicalizante de participar en una transformación revolucionaria atraería a grandes números de trabajadores demócratacristianos e independientes al campo de la Unidad Popular".²⁶

Bajo estas premisas, el gobierno se propuso estatizar una porción significativa de la base industrial del país. Aunque el Estado chileno, a través de la Corporación de Fomento de la Producción (Cortfo), era dueño de algunas grandes empresas manufactureras y controlaba alrededor de un 40% de la producción nacional en 1970, el gobierno de la UP resolvió nacionalizar o estatizar todas las grandes corporaciones y empresas privadas; los así llamados "monopolios" en el Programa de la Unidad Popular.

Como en el caso de la reforma agraria, este proceso de nacionalización se llevó adelante de manera acelerada y sin que ni siquiera mediara un acuerdo entre los miembros de la coalición de gobierno. Éstos diferían no sólo en cuanto a la velocidad del proceso, sino también en qué tipo de empresas debían pasar al Estado. Para eludir al Congreso, donde no tenía mayoría, el gobierno recurrió a la aplicación de un viejo decreto-ley, dictado durante la República Socialista de 1932 (DL No 520). Éste autorizaba la requisición,

²⁶ Winn, p. 146.

intervención o expropiación de cualquier empresa privada que pro-dujera o distribuyera artículos "básicos o de primera necesidad" y que no respetara las leyes que regulaban el control de precios o sancionaban la especulación; la acumulación de stocks previendo alzas en los precios oficiales de ciertas mercaderías; la interrupción de la producción; y la negativa de operar a plena capacidad. La legislación contra los "lock outs" (despidos masivos) dio también al gobierno una herramienta adicional para actuar en los conflictos laborales.²⁷

Como en la agricultura, movilizados por una "revolución des-de abajo", los trabajadores comenzaron a ocupar las fábricas o a declararse en huelga para que éstas fueran rápidamente nacionali-zadas o expropiadas. Impulsado por las fracciones más radicalizadas de la Unidad Popular, como el ala izquierda de los socialistas, los militantes del MAPU, y el MIR, el proceso se desató pronto fuera de control.²⁸ Una masiva y acelerada política de nacionalizaciones, no solamente creó dificultades con el Congreso, que insistía en limi-tarla, sino también generó problemas graves en la producción, con-siderados como de ineficiencia en el manejo de las empresas y "tras-lado a [éstas] de la discusión política sobre el ritmo revolucionario que debía asumir el gobierno de la Unidad Popular"²⁹ con netos efec-tos en una sobrepolitización y relajación de la disciplina laboral.³⁰

²⁷ Loveman, p. 338.

²⁸ Ver Winn, *passim*.

²⁹ Éste no fue un tema menor. "Existió en gran medida la carencia de un equipo técnico capaz de administrar las empresas (...). Por lo general, los delegados estatales en el área social eran jóvenes sin experiencia en el manejo de los negocios y lo más grave fue que esos delegados fueron designados políticamente, dentro del llamado 'cuoteo'; en Rafael Agustín Gumucio, *Apuntes de medio siglo* (Santiago: CESOC Ediciones, 1994), p. 208.

³⁰ Industrias más pequeñas que no estaban en la lista de las 91 empresas cuya nacionalización el gobierno negociaba con la Democracia Cristiana fueron tomadas por los trabajadores con la esperanza de que el gobierno accediera a su requisición. A pesar de la negativa de las autoridades, los trabajadores organizaron los llamados "cordones industriales" para coordinar la acción de los obreros de distintas fábricas ubicadas en la misma zona de la ciudad; bloquearon calles y caminos, hicieron manifestaciones y ocuparon el Ministerio del Trabajo. El poder de decisión del gobierno quedó

El año 1971 terminó con la visita de Fidel Castro que duró tres semanas y media³¹ —duramente criticada por la oposición— y con la llamada marcha de las cacerolas vacías el 1 de diciembre. En ésta, cinco mil mujeres, provenientes sobre todo de la clase media y alta, protestaron contra la escasez de alimentos y el alza del costo de la vida, en la primera demostración masiva de oposición al gobierno. La movilización fue justificada desde los roles tradicionales de madres y dueñas de casa y el derecho a la subsistencia. Como reacción femenina no tuvo precedentes y estuvo marcada por una gran violencia y agresividad. Las líderes de la manifestación —según lo reconoció una de ellas— estaban movidas por "un odio casi irracional contra todo lo que de una manera u otra impulsaban los comunistas".³² Pero más allá de "la imagen de odio en los rostros de las desfilantes",³³ más allá de las mujeres voceando consignas y obscenidades contra el gobierno de la UPP, había también otras fuerzas. La marcha, por cierto, no fue ni exclusivamente femenina ni absolutamente espontánea como se arguyó en esos momentos. Fue planeada con meticulosidad aprovechando la coyuntura de que la presencia en Chile de Fidel Castro garantizaría su cobertura internacional. Tras la movilización estaban el Partido Nacional y Patria y Libertad.³⁴

Allende reaccionó ácidamente ante la presión, denunciando a las mujeres que habían salido a protestar en modernos automóviles, y a golpear cacerolas y sartenes denunciando una escasez de alimentos que nunca habían sufrido. En la despedida a Fidel Castro, el 2 de diciembre, declaró:

pronto limitado. Debía optar entre "enviar a la policía a desalojar a los trabajadores o requisar la fábrica. Prefería lo segundo (...) el proceso comenzaba a escapar del control del gobierno"; en Barbara Stallings, *Class Conflict and Economic Development in Chile 1958-1973* (Stanford: Stanford University Press, 1978), p. 110.

³¹ Ver *Fidel en Chile. Textos completos de su diálogo con el pueblo* (Santiago: Editorial Quimantú, 1972).

³² Ver María Correa Morandé, *La guerra de las mujeres* (Santiago: Editorial Universidad Técnica del Estado, 1974, p. 38).

³³ Gumucio, p. 200.

³⁴ Faúndez, p. 224.

Yo no tengo pasta de apóstol ni tengo pasta de mesías, no tengo condiciones de mártir, soy un luchador social que cumple una tarea, la tarea que el pueblo me ha dado. Pero que lo entiendan aquellos que quieren retrotraer la historia y desconocer a la voluntad mayoritaria de Chile: sin tener carne de mártir, no daré un paso atrás; que lo sepan: dejaré La Moneda cuando cumpla el mandato que el pueblo me diera (...) no tengo otra alternativa, sólo acribillándome a balazos podrán impedir la voluntad que es hacer cumplir el programa del pueblo.³⁵

Cada vez más, desde entonces, Salvador Allende asociaría las crisis durante su gobierno con una sangrienta guerra civil y con su propia muerte.

La marcha de las caceroías vacías marcó el fin de la primera etapa del gobierno de la Unidad Popular y el comienzo de una segunda, más difícil, que se extendió durante todo el año 1972. Ésta se caracterizó por las divisiones en la coalición gobernante y por la creciente oposición y obstrucción al cumplimiento del programa de gobierno.

Nada tuvo de auspicioso el comienzo de ese año. En lo que apareció como la crisis política más severa que había sufrido hasta entonces el gobierno, el ministro del Interior, José Tohá, fue acusado constitucionalmente por la Cámara de Diputados el 6 de enero. La oposición lo acusaba de no haber protegido las manifestaciones organizadas por ellos —el voto de la mayoría de la Cámara contra Tohá se basó en la marcha de las caceroías vacías—, no haber disueltos los grupos armados o paramilitares, y haber faltado a sus promesas de asegurar la vigencia de las libertades políticas. Esta destrucción del ministro más importante de Salvador Allende fue interpretada como un rechazo al propio presidente de la República,

a quien la oposición no podía destruir de su cargo por no disponer de la necesaria mayoría de dos tercios en el Congreso.³⁶ Tohá era uno de los más cercanos colaboradores de Allende y un entrañable amigo suyo, muerto después del golpe.

Esa noche, el presidente habló desde un balcón de La Moneda “con la voz ronca de emoción y furia”³⁷ para anunciar, desafiante, que nombraría de inmediato a Tohá en otro ministerio, el de Defensa. También habló del pasado, haciendo una referencia dramática al presidente José Manuel Balmaceda, a la sangrienta guerra civil que tuvo que enfrentar, y a su suicidio. Todo indica que comenzaba a sentirse identificado con él y comparaba la oposición parlamentaria que éste enfrentó a fines del siglo XIX con la que él ahora tenía que encarar. Sin embargo, todavía no aceptaba la idea del suicidio (algo que revisó más tarde): “No habrá un presidente arrastrado al suicidio, porque el pueblo sabrá responder y tampoco habrá una guerra fratricida, porque el gobierno y el pueblo lo impedirán (...) no queremos víctimas inocentes [o] violencia innecesaria (...) no habrá un presidente que se suicide, porque tiene la obligación emanada de la voluntad revolucionaria del pueblo de hacer posible el cumplimiento integral del programa de la Unidad Popular.”³⁸

Durante ese mismo año, el país experimentó los efectos de la rápida reestructuración de la economía, los profundos cambios en el campo y la división de la Unidad Popular en dos fracciones antagónicas: moderados y radicales.³⁹ Un acalorado debate dentro de

³⁵ Garcés, p. 180.

³⁷ *The Times*, 8 de enero de 1972.

³⁸ Ver “Discurso sobre la acusación constitucional contra el ministro del Interior José Tohá”; en Salvador Allende, *Obras escogidas 1908-1973*, pp. 389-390. Dos meses después habló nuevamente sobre Balmaceda y la Guerra Civil a los trabajadores salitreños en Pedro de Valdivia, 1 de marzo de 1972. Ver Salvador Allende, *La historia que estamos escribiendo*, p. 91.

³⁹ “No daré un paso atrás”, discurso de Allende en el acto de despedida a Fidel Castro el 2 de diciembre de 1971; en Modak, p. 74; también citado en *The Times*, 4 de diciembre de 1971.

³⁹ En febrero de 1972, después de que el gobierno sufriera dos derrotas en elecciones complementarias realizadas el 16 de enero, los partidos de la Unidad Popular realizaron una extensa reunión en El Arrayán, en los faldeos cordilleranos de Santiago, para hacer un balance de la política del gobierno y trazar orientaciones para el futuro.

la Unidad Popular enfrentó, en la primera mitad de 1972, a los partidarios del "avanzar sin transar" con los partidarios de "avanzar con solidando". Los primeros, representados por la masa del Partido Socialista —la fracción radicalizada liderada por el secretario general Carlos Altamirano— y por el MAPU, deseaban acelerar el proceso revolucionario mediante medidas socioeconómicas más allá de la capacidad legal y política del gobierno. Por su parte, los segundos aspiraban a asegurar las transformaciones necesarias dentro de la estructura político-institucional establecida. La segunda opción fue adoptada en junio con el apoyo de los partidos Comunista y Radical, del sector moderado de los socialistas y del propio Presidente Allende.⁴⁰

A mediados de 1972, el plan económico colapsaba, así como los intentos de llegar a acuerdo con la Democracia Cristiana en torno al área social de la economía.⁴¹ La capacidad industrial ociosa había sido absorbida, se habían agotado los stocks, la demanda crecía significativamente siguiendo a los aumentos de salarios y la redistribución del ingreso, y no se materializaban las nuevas utilidades que debían generar las industrias nacionalizadas. Además, la falta de nuevas inversiones profundizaba la crisis. A mediados de

La división de la coalición se hizo entonces evidente. Acusando a la extrema izquierda representada en el MIR y en una fracción radicalizada del Partido Socialista, los comunistas reconocieron el fracaso de la coalición en aislar a los enemigos principales: la oligarquía terrateniente, los monopolios y el imperialismo, fracaso que había permitido la alianza informal entre la DC y la derecha. Para impedir la consolidación de esa alianza, sería necesario negociar con la DC sobre el programa de nacionalizaciones de la Unidad Popular. Además, era necesario un control más estricto sobre la economía. Faúndez, p. 224.

⁴⁰ El Presidente Allende ratificó esta línea política en diversos discursos al país el 21 de mayo, el 10 de julio y el 24 de julio; en Garcés, p. 198.

⁴¹ El 19 de febrero de 1972, el Congreso aprobó una ley patrocinada por los demócratas que regulaba y limitaba la formación del área social de la economía. El proyecto fue enviado al presidente Allende para su promulgación. En un esfuerzo por evitar una confrontación ejecutivo-legislativa se realizaron negociaciones entre la Unidad Popular y la oposición demócratacristiana, en el mes de marzo. El ministro de Justicia, Manuel Sanhueza, del Partido Radical, se reunió con una comisión de la DC y se lograron importantes acuerdos. Sin embargo, éstos fueron rechazados por el

1972, la tasa de inflación alcanzó el 5% mensual. Los trabajadores vieron desaparecer en los primeros cinco meses todo su aumento del 22% en los salarios. La escasez de alimentos y de piezas de repuesto condujo a un masivo descontento contra el gobierno. Éste se expresó en manifestaciones de mujeres, huelgas de comerciantes y violencia callejera. En junio, Allende removió al ministro de Economía, Pedro Vuskovic, en un intento por resolver la crisis, y anunció una serie de medidas para lograr la estabilización. Era ya demasiado tarde.

A fines de 1972, segmentos cada vez más amplios de los sectores medios sufrían una aguda falta de bienes y servicios. Una encuesta publicada en la revista *Ercilla* (opositora a Allende), en septiembre, indicaba que el 75% de los hogares de bajos ingresos encuestados declaraban que les era ahora más fácil encontrar los artículos esenciales, mientras el 77% de los hogares de ingresos medios y el 99% de los ingresos altos declararon que esos artículos eran cada vez menos accesibles para ellos.⁴²

La situación se tornó tan convulsionada que la guerra civil se convirtió en tópico de especulación entre la gente, que hasta entonces había negado que algo así pudiera ocurrir en Chile. En el contexto

Partido Socialista y el presidente Allende decidió no aprobarlos. A pesar del fracaso de las negociaciones de marzo, el gobierno insistió en tratar de lograr un acuerdo con los demócratas cristianos. En junio-julio se realizó una segunda ronda de conversaciones, especialmente promovida por el presidente de la República. Dichas conversaciones fueron la última posibilidad real de lograr una solución política a la creciente crisis. Nuevamente se lograron avances importantes. Sin embargo, el 29 de junio, al cumplirse el plazo límite de 15 días para que la comisión terminara su trabajo, el ala derecha de la DC decidió dar por finalizadas las negociaciones; ver Louis Hecht Oppenheimer, *Politics in Chile Democracy, Authoritarianism, and the Search for Development* (Boulder: Westview Press, 1993), pp. 69-70.

⁴² Citado en *The Washington Post*, 5 de agosto de 1973. En gran medida, la disponibilidad de suministros para los trabajadores y los habitantes de los barrios populares se debió a las JAP (Juntas de Abastecimientos y Precios), creadas por el gobierno para proporcionar a la gente "canastas populares" y administrar un sistema directo de distribución. En todo caso, ni los sectores ricos ni las clases medias sufrieron hambre. Un floreciente mercado negro proporcionó los alimentos y productos que faltaban en almacenes y tiendas.

de lo que el presidente Allende llamó una "lucha de clases",⁴³ la aguda polarización política, las constantes movilizaciones de masas en marchas y demostraciones de todo tipo, la creciente violencia callejera y los problemas económicos comenzaron a generar discusiones sobre la proximidad de un violento choque social. Se arguyeron barreras ideológicas. Los comentaristas advertían que la tensión iba en aumento: el diálogo estaba roto y hasta los matrimonios se deshacían por motivos políticos. A petición de Allende, el cardenal Raúl Silva Henríquez urgía a los chilenos a reflexionar sobre "la horrible tragedia de una lucha fratricida". El propio presidente reconocía que lo horrorizaba el fantasma de la guerra civil, incluso si el resultado fuera el triunfo de los partidarios de su gobierno.⁴⁴

Finalmente, el descontento contra las medidas oficiales, el mercado negro, la escasez y las colas cristalizaron en un estallido de odio y rabia contra el gobierno. Una ascendente irracionalidad acompañó al paro de octubre de 1972, liderado por sectores medios con financiamiento de la CIA. El elemento catalizador fue un paro de dueños de camiones de Aysén —en la zona austral de Chile— contra la escasez de repuestos y neumáticos y contra los planes gubernamentales de crear una empresa estatal de transporte de mercancías. Comenzó el 11 de octubre y pronto se convirtió en una protesta política general dirigida por comerciantes, pequeños empresarios y profesionales —la alienada clase media que comenzaba a verse gradualmente desplazada por las medidas del gobierno socialista—, respaldados por los partidos de oposición.

En el vértice de la crisis de octubre, el presidente Allende debió ser intervenido quirúrgicamente —mediante un carácter— por una afección a la próstata. La antesala del despacho presidencial fue convertida en una clínica de emergencia. Ni los miembros del gabinete ni los dirigentes políticos fueron informados de la enfermedad

presidencial que duró alrededor de dos semanas. Solamente tres de sus doctores y miembros de su círculo íntimo compartieron el secreto.⁴⁵ Entonces Allende tenía sesenta y cuatro años. Sus reacciones ante la crisis eran ambivalentes y muy influidas por el acontecer cotidiano. El 17 de octubre repetía que Chile estaba "al borde de la guerra civil". El 22 declaraba lo contrario y decía que el paro había fracasado en "detener al país".⁴⁶ Su energía y compromiso parecían aumentar en la búsqueda de una solución al conflicto.

Exponiendo en toda su nitidez la aguda y profunda división social, el prolongado paro de camioneros fue enfrentado por una masa radicalizada de trabajadores y estudiantes que exigían al gobierno acciones más enérgicas.⁴⁷ El paro movilizó a todas las fuerzas de la Unidad Popular que apoyaban un rápido cambio social. Al comienzo del conflicto, el presidente llamó a los trabajadores a defender sus empresas del lock out y a mantenerlas en producción. Ellos respondieron tomando las empresas paralizadas por sus dueños e incorporándolas a los cordones industriales existentes o creando otros nuevos. Éstos eran organizaciones locales de trabajadores industriales altamente ideologizados, pertenecientes a unidades productivas situadas en el mismo distrito, área o cordón. Expresión del mítico poder popular, tales cordones fueron instituidos en defensa de la producción, del gobierno y la revolución.

Un país mucho más polarizado emergió de la crisis.⁴⁸ La calma llegó solamente cuando, el 2 de noviembre de 1972, Allende invitó al gabinete a altos jefes de las FF.AA. El general Carlos Prats,

⁴³ Jorquera, p. 321.

⁴⁴ *The Washington Post*, 17 y 22 de octubre de 1972.

⁴⁷ *Ibid.*, 12 de noviembre de 1972.

⁴⁸ Una de las más sorprendentes expresiones de esta polarización fue la forma en que los chilenos que vivían en una sociedad fragmentada, percibían e interpretaban la realidad. Las visiones del gobierno de Allende variaban fuertemente según el enfoque ideológico que hacía que el mismo fenómeno fuera interpretado de maneras muy diferentes. Para un análisis de estas tres visiones en pugna, ver Paul E. Sigmond, "Three Views of Allende's Chile", en Arturo Valenzuela y G. Samuel Valenzuela, *Chile: Politics and Society* (New Brunswick: Transaction Books, 1976), pp. 115-134.

comandante en jefe del Ejército, fue designado ministro del Interior; mientras el contralmirante Ismael Huerta ocupaba la cartera de Obras Públicas y el general de Aviación Claudio Sepúlveda, el Ministerio de Minería. El ingreso de los militares fue exigido por la oposición como una manera de asegurar que el gobierno cumpliera a cabalidad el compromiso de los camioneros y como una garantía de que las elecciones parlamentarias de marzo de 1973 se realizarían normalmente.⁴⁹ La decisión fue tomada directamente por el presidente y provocó mayor o menor aprobación en los distintos partidos de la UP. Fue vista, a los ojos del mundo, como una prueba de que Allende —cuyo gobierno había sido “paralizado por una ofensiva de huelgas y amenazado con la guerra civil”— alcanzaba “su mejor forma cuando la situación se ponía difícil”.⁵⁰

Cuando la calma fue restablecida, el presidente viajó a México, a las Naciones Unidas en Nueva York, a Cuba y a la URSS, con breves escalas en Perú y Argelia. El arrollador éxito logrado en el exterior eclipsó los problemas que existían en Chile. En todas partes, Allende era recibido como uno de los líderes mundiales más respetados. México le “brindó una de las recepciones más entusiasmadas dada nunca a un dignatario extranjero”. Fue un recibimiento sin precedentes. Las multitudes lo vitoreaban, la música sonaba y lloviznas de papel picado lo recibían dondequiera que fuera. Esto conmovió obviamente a Allende. Un funcionario chileno admitió: “Estamos asombrados, nunca esperamos algo como esto”.⁵¹ Allende encontró en su par mexicano, Luis Echeverría, un apoyo para su política hacia el Tercer Mundo, la que planteó claramente en Nueva York. Su discurso en Naciones Unidas, en el cual denunció el rol jugado por las grandes empresas transnacionales en los países en desarrollo y la larga ovación que lo siguió, lo elevaron al rol de portavoz

⁴⁹ La entrada de los militares al gobierno calmó la situación y fortaleció su legitimidad a los ojos de mucha gente. Ver Genaro Arriagada, *De la vía chilena a la vía insurreccional* (Santiago: Editorial del Pacífico, 1974), p. 269.

⁵⁰ *Newsweek*, 11 de diciembre de 1972.
⁵¹ Ver *The Washington Post*, 3 de diciembre de 1972; también *Newsweek*, 11 de diciembre de 1972.

de las naciones del Tercer Mundo, que reclamaban un nuevo trato político y económico, y también al de intérprete de las aspiraciones de unidad de los pequeños países pobres en torno a objetivos y aspiraciones comunes. Planeaba definir aún más este papel en la conferencia de Argelia de 1973, pero no alcanzó a hacerlo ya que entonces la democracia chilena estaba muy próxima a su trágica muerte.

En su visita a la URSS, negoció acuerdos para ampliar el intercambio entre los dos países y proporcionar a Chile asistencia técnica para el desarrollo del cobre y las industrias química y pesquera. Los líderes soviéticos fueron prudentemente amistosos, mas a la vez distantes: condenaron “la interferencia extranjera en los asuntos internos de Chile” pero, al mismo tiempo, no parecieron muy ansiosos de apoyar a Allende y menos aún de pretender que una nueva Cuba emergiera en América Latina.⁵² “Nunca me he decepcionado tanto en mi vida”, habría dicho un cansado e indignado Salvador Allende en la embajada chilena en Moscú, el 8 de diciembre de 1972, al término de horas de entrevistas y negociaciones infructuosas. La desesperanza y la frustración del presidente siguieron a su visita a Moscú. Los tan deseados créditos para las compras de alimentos se reducirían a un décimo de lo solicitado, a apenas US\$20 millones.⁵³ Fue el costo de la decisión de Allende de definir a su gobierno como no alineado y comprometido con la defensa de los intereses del Tercer Mundo. Ni Washington ni Moscú compartieron este planteamiento, por razones y con efectos distintos. El gobierno de los EE.UU. consideró al gobierno de Allende como su enemigo. Moscú, en tanto, le dispensó el trato de país amigo, pero le negó el de hermano y, con ello, la ayuda económica

⁵² Para evaluaciones de la gira de Allende, ver “Allende: Trascendencia de una misión”; en *Ercilla*, 13 de diciembre de 1972, pp. 7-13; también “Allende at U.N. Charges Economic Aggression”, 5 de diciembre de 1972 y “Allende Bids to Speak for Third World”; en *The Washington Post*, 10 de diciembre de 1972. Para la experiencia mexicana, ver María Luisa Mendoza y Edmundo Domínguez, *Allende, el bravo (los días mexicanos)* (México, DF: Editorial Diana, 1973), *passim*.

⁵³ Tiro Drago, *Chile. Un doble secuestro* (Madrid: Editorial Complutense, 1993), p. 63.

tan necesaria para Chile entonces. Algo similar le ocurrió respecto a China Popular.

En cada ocasión que su viaje lo permitió, Allende enfatizó dos grandes temas: "el bloqueo invisible" ("el Vietnam silencioso") que aislaba a Chile del sistema financiero internacional y el enorme poder que poseían las grandes corporaciones multinacionales, cuyas ventas anuales sobrepasaban, en muchos casos, el producto nacional bruto de países pequeños e incluso medianos. En la mente de los oyentes quedaba la pregunta que subyacía sus preocupaciones: ¿podía cambiar el sistema un país que dependía económicamente del sistema capitalista, sin caer —como le había ocurrido a Cuba— en un nuevo tipo de dependencia?

Esta gira dio al presidente el optimismo que necesitaba con desesperación después de la crisis que había sufrido su gobierno. Fortaleció su prestigio personal y mejoró su posición interna, así como las expectativas gubernamentales para las elecciones parlamentarias de marzo de 1973. También incrementó su convicción de que el proceso revolucionario que encabezaba podía servir de ejemplo para otros pueblos que luchaban por la independencia económica y la dignidad nacional.

A diferencia de este éxito personal, la situación del país empeoraba. La oposición —el Partido Nacional y la Democracia Cristiana aliados formalmente en la Confederación Democrática (CODE)— esperaban conquistar los dos tercios del Congreso para así destituir al presidente. Sin embargo, lograr la mayoría de dos tercios era una posibilidad remota dentro de un sistema con representación proporcional; en particular, porque correspondía elegir la mitad del Senado. El 43% final de la Unidad Popular en las elecciones parlamentarias del 4 de marzo —en las que por primera vez pudieron votar los analfabetos y mayores de 18 años, lo que hizo crecer significativamente la votación respecto de las elecciones municipales de 1971— fue inesperado. Allende había estado muy preocupado por los resultados electorales. Hubo amplios rumores previos, sembrados en especial por la oposición, de que el gobierno sufriría una derrota abrumadora. "Esta elección no es un plebiscito",

declaró Allende en una conferencia de prensa, reportada por *The Times* y *The New York Times* el día 2 de marzo: "seré el único presidente en la historia reciente de Chile que aumentará su apoyo entre elecciones". *The New York Times* informaba que Allende, "con un lenguaje coloquial salpicado de humor vulgar", había sostenido que "la oposición estaba soñando con los ojos abiertos", si pensaba que podía derrotarlo. La prensa extranjera interpretó sus palabras como una bravata a través de la cual el presidente negaba la posibilidad de una derrota e insistía en la necesidad de dar cumplimiento al programa. *The Times* concluía que en la conferencia de prensa, había mostrado "ingenio, compasión e intransigencia teórica", y también había "sugerido, inconscientemente, que le faltaba moral o autoridad personal para hacer frente a las tormentas que se acumulaban" —una acusación que fue desmentida por las cifras. Esta elección reflejaba el poder de convocatoria de Allende, apoyado así en la crítica coyuntura de la amenaza de destitución.⁵⁴

Pero ni los resultados electorales ni el alza del precio internacional del cobre más allá del 40% sobre el promedio de 1972, mejoraron las perspectivas del gobierno. Entre marzo y septiembre de 1973, la situación política y económica siguió empeorando, mientras el gobierno se veía crecientemente paralizado.⁵⁵

En un contexto de inestabilidad, inflación galopante, mercado negro, violencia política y drástica polarización de la opinión pública,⁵⁶ el problema de la Escuela Nacional Unificada (ENU) exacerbó aún más los sentimientos políticos y desbarató el orden social. Después de las elecciones de marzo, el gobierno hizo pública una propuesta para una nueva reforma educacional que proporcionaría a los niños una mejor educación mientras creaba el "hombre nuevo" que requería la futura sociedad socialista. El proyecto fue ardorosamente resistido por la oposición, la Iglesia Católica (que

⁵⁴ Ver *The Times* y *The New York Times*, 3 de marzo de 1973.

⁵⁵ Arriagada, p. 328.

⁵⁶ Ver el análisis de la polarización y sus efectos durante el gobierno de la Unidad Popular en el Informe de la Comisión Verdad y Reconciliación; en *La Época*, 6 de marzo de 1991 y Arriagada, p. 168.

hasta entonces no se había pronunciado) y los militares. Todos se movilizaron contra lo que interpretaron como una clara tentativa de iniciar un proceso de adoctrinamiento, de "lavado de cerebro" desprovisto de valores cristianos, al servicio de la ideología marxista. El debate sobre valores, la responsabilidad de la familia en la educación de los hijos y las diarias manifestaciones de los estudiantes envenenaron aún más el deteriorado clima nacional.⁵⁷

Por otro lado, el creciente conflicto entre el presidente y el Congreso sobre la reforma constitucional, así como las frecuentes huelgas, lesionaron severamente la convivencia política y la economía. Uno de los peores conflictos estuvo representado por la costosa paralización de las labores en la mina de cobre El Teniente, en Rancagua, que duró más de dos meses. En su momento más grave, los mineros marcharon a Santiago, alentados por la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica y por el emergente gremialismo opositor. Movido por la necesidad de poner fin al problema, Allende recibió a una delegación de mineros, lo que fue criticado por los partidos Comunista y Socialista en tanto los huelguistas no representaban a la mayoría de los trabajadores. En declaración conjunta, ambos partidos objetaron la acción presidencial. Si bien eventualmente el problema fue resuelto, el deterioro de la posición del presidente fue evidente: apareció aislado de su propia coalición.⁵⁸

En un clima de amenazante confrontación, el 29 de junio se produjo un abortado golpe militar. Tropas rebeldes se apoderaron de la zona céntrica, atacaron el palacio presidencial y el Ministerio de Defensa. El presidente Allende se constituyó en La Moneda decidido a resistir la rebelión, un acto heroico que repetiría dos meses y medio después. La asonada fue aplastada en tres horas por tropas leales al gobierno, encabezadas por los generales Carlos Prats y Augusto Pinochet. Los militares leales lucieron brazaletes blancos como signo de identificación. A ellos se agregó el pueblo. Al

⁵⁷ Collier y Sater, pp. 352-353.

⁵⁸ Faúndez, pp. 249-250.

llamado de Allende, miles de manifestantes enarbolando banderas recorrieron el centro de Santiago, gritando: "Allende, Allende el pueblo te defiende" y "El pueblo unido jamás será vencido". La flexibilidad del presidente y su capacidad de supervivencia provocaron admiración. "Para Allende, 31 meses de crisis y supervivencia" fue un título en *The New York Times*. Había "maniobrado de alguna manera para permanecer en el poder a pesar de un torbellino de huelgas, manifestaciones, rebeldía inflacion, creciente deuda externa y un fallido golpe de Estado".⁵⁹ Sin embargo, el "tanquetazo" —como se llamó al frustrado intento de golpe— selló la suerte del gobierno.⁶⁰

A fines de julio, un nuevo paro de dueños de camiones desarticuló el sistema de transporte. Como en octubre de 1972, gremios, comerciantes y empresarios se organizaron contra el gobierno; una movilización que los trabajadores enfrentaron ocupando fábricas, expandiendo los cordones industriales y poniendo énfasis en la necesidad de fortalecer "el poder popular".⁶¹ Las manifestaciones callejeras se hicieron más intensas. La prensa perdió toda ética en el diario enfrentamiento entre los bandos opuestos. Nuevamente, la polarización estancó al país. Las circunstancias se agravaron cuando la oposición presionó majaderamente a los militares para que éstos derrocaran por la fuerza el gobierno y tomaran el poder. A su turno, los uniformados empezaron a moverse hacia el centro del escenario, profundamente descontentos con un gobierno que habían jurado defender.⁶²

Los problemas eran múltiples e insuperables. Una tasa de inflación del 323% anual, un aumento del 1.000% en la masa monetaria en los últimos tres años, y una caída desastrosa en la producción de

⁵⁹ *The New York Times*, 30 de junio de 1973.

⁶⁰ Genaro Arrigada caracterizó el período siguiente, hasta el 11 de septiembre, como uno en que prevaleció "la ambigüedad táctica". El gobierno estaba paralizado, incapaz de emprender un camino revolucionario o de elegir uno reformista que habría permitido al país superar la crisis; *ibid.*, p. 328.

⁶¹ *The New York Times*, 20 de julio de 1973.

⁶² Collier y Sater, pp. 354-357.

la agricultura y la industria agobiaban a la economía. La falta de alimentos y bienes de consumo —causada en gran medida por el sabotaje de la derecha— provocaba permanentes colas en los almacenes y otros negocios antes de que se abrieran. Había continuos choques callejeros entre grupos políticos rivales, y la muerte de ocho personas por efecto de la violencia política desde el 29 de junio, día del “tanquetazo”, contribuía a abrumar a los chilenos.⁶³

Mientras las tensiones crecían, el miedo a un amenazante conflicto social asediaba a Allende, y era agravado por la sensación de que estaba a punto de perder el control. Después del frustrado golpe, había querido de obtener del Congreso la declaración de estado de sitio, porque la nación “estaba al borde de una nueva guerra civil que el gobierno estaba empeñado en evitar”.⁶⁴ El Congreso rehusó hacerlo. “Había tal clima de irracionalidad política que parecía haber sido extraído del mejor teatro del absurdo.”⁶⁵ A finales de julio, el edecán naval del presidente, comandante Arturo Araya Peters, fue asesinado por pistoleros desconocidos, según se dijo. El gobierno culpó a Patria y Libertad.⁶⁶ La derecha adujo que los

⁶³ *The New York Times*, 31 de agosto de 1973.

⁶⁴ Citado *ibid.*

⁶⁵ Entrevista con Carlos Briones, último ministro del Interior de Salvador Allende, en *The Times*, 6 de noviembre de 1973.

⁶⁶ Patria y Libertad, “el ícono de la ultraderecha contemporánea”, nació el 10 de septiembre de 1970 como “Movimiento Cívico Nacional Patria y Libertad”, con el propósito de promover la elección de Jorge Alessandri en el Congreso, por sobre la de Salvador Allende, candidato triunfante en las elecciones de ese año. De allí, la organización derivó a un Frente Nacionalista asociado a grupos paramilitares, abiertamente antimarxistas y permanentes opositores al gobierno de la U.P. Sus objetivos entre 1970 y 1973 fueron provocar y desestabilizar al gobierno a través de distintas prácticas: atentados, soporte a movilizaciones como fuerzas de choque, actividades de inteligencia, lucha callejera, etc. Patria y Libertad siempre negó el cargo del asesinato de Araya. Ver Manuel Fuentes, *Memorias secretas de Patria y Libertad y algunas confesiones sobre la Guerra Fría en Chile* (Santiago: Editorial Grijalbo, 1999), p. 298. Tampoco fue efectivo que el crimen fuera cometido por el simpatizante socialista y electricista del Servicio de Equipos Agrícolas Mecanizados de la CORFO, Luis Riquelme. Los asesinatos de Araya Peters fueron un grupo de extremistas de derecha apoyados por la Armada. Ver antecedentes en Mónica González, *Chile. La conjura. Los mil y un días del golpe* (Santiago: Ediciones B, 2000), pp. 210-216.

culpables pertenecían a la izquierda, la que lo habría ultimado por que Araya, como edecán de Allende, “sabía demasiado” y estaba dispuesto a denunciar los esfuerzos del gobierno para subvertir a los militares.⁶⁷ Su muerte demolió al presidente. Los testimonios lo recuerdan participando en la operación quirúrgica hecha al comandante después del atentado, tratan de desesperadamente de reanimar su corazón y concluyendo desconsolado que había muerto; “de pronto, Allende se paró y con lágrimas en los ojos expresó mirando a los médicos: Señores, el comandante Araya ha muerto. ¡Éste es el fascismo!”.⁶⁸ Allende tenía un señalado afecto por su edecán naval. El 25 de julio, el presidente hizo un llamado urgente para un diálogo con los demócratas cristianos en un “esfuerzo supremo” por evitar la guerra civil. “Fuertemente criticado” por una explícita declaración del Partido Socialista, el diálogo terminó en fracaso.⁶⁹

La atmósfera de crisis se hizo más espesa cuando la mayoría de la Cámara de Diputados adoptó un acuerdo el 22 de agosto acusando al gobierno de Allende de “constante” violación de la Constitución y las leyes, para tratar de imponer un régimen totalitario en Chile, favoreciendo el establecimiento de “poderes paralelos” que amenazaban las instituciones democráticas.⁷⁰

“Para que Chile emerja de la actual crisis” se “requiere un cambio de gobierno no un cambio de presidente”, dijo el ex presidente Eduardo Frei Montalva.⁷¹ El mensaje para Allende era claro. Implícaba la renuncia al programa de la Unidad Popular y el aislamiento de los extremistas dentro y fuera de la coalición gobernante.

Los últimos días del presidente Allende transcurrirían en medio de agonizantes intentos por convocar a un plebiscito para decidir de una vez por todas la situación del país. Si el pueblo lo resolvía, estaba dispuesto a renunciar al mandato presidencial. Se debía hacer todos los esfuerzos para evitar un golpe militar o una

⁶⁷ Sigmond, p. 223.

⁶⁸ González, p. 210.

⁶⁹ *The New York Times*, 31 de julio y 2 de agosto de 1973.

⁷⁰ Paul Sigmond, *The United States and Democracy in Chile*, p. 77.

⁷¹ *The New York Times*, 31 de agosto de 1973.

guerra civil. "Haré todo lo posible y lo imposible por evitarla", dijo en una entrevista con un periodista norteamericano en el mes de junio. "Sólo el futuro dirá si tuve éxito (...) el país sería destruido, su economía se vería arruinada por muchos, muchos años. Destruiría todo el tejido social; en cada familia se inflamarían las pasiones (...) los padres por un lado y los hijos contra nosotros, o los hijos con nosotros y sus padres contra nosotros". Fue una "entrevista profética".⁷² A su hermana Laura, Allende le dijo el día 9: "Laurita yo no soy un irresponsable (...) no quiero una guerra civil. No puedo permitir que estalle una confrontación armada. Chile está dividido, las familias están divididas".⁷³ Estaba desesperanzado y se quejó amargamente: "Trato de alcanzar un entendimiento, y me echan a perder todo lo que hago".⁷⁴

El día antes, 8 de septiembre, el comité político de la Unidad Popular había rechazado todas sus proposiciones, dejándolo sin salida. El 5 de septiembre, el primer mandatario había convocado al comité en cuestión y expresado sus puntos de vista frente a la difícil situación política del país. Era necesario tomar una decisión entre las siguientes opciones: a) convocar a plebiscito para que el pueblo decidiera si el gobierno debía renunciar; b) lograr un acuerdo con la Democracia Cristiana; c) designar un gabinete de "seguridad y defensa nacional" (integrado principalmente por militares); d) entregar al presidente la autoridad para decidir sobre asuntos cruciales sin consulta al comité político de la UP durante tres meses. Analizados tales puntos, dicho comité debía darle una respuesta definitiva, y por escrito, al día siguiente. Sin embargo, no fue hasta el 8 de septiembre que le envió recién al presidente una absurda y chocante respuesta. Junto con rechazar todas las proposiciones sugeridas, no daba ningún curso de acción alternativo.⁷⁵ Esto explica la decisión de Allende de anunciar el 10 de septiembre un plebiscito.

⁷² Ver "A Prophetic Interview"; en *The Washington Post*, 16 de septiembre de 1973.

⁷³ Varas y Vergara, p. 78.

⁷⁴ *Ibid.*

⁷⁵ Garcés, p. 238.

Debido a que su discurso no estuvo listo a tiempo, debió posponerse un día. Ese día, el martes 11, el golpe militar abortó consciente y trágicamente esta posibilidad.

Partidos políticos: conflicto y liderazgo

Durante sus primeros dos años de gobierno, Salvador Allende enfrentó crisis y tensiones que hubieran derrotado mucho antes a cualquier otro líder. ¿Cómo pudo permanecer en el gobierno con su liderazgo permanentemente cuestionado? Las crisis surgían del carácter estructural de los cambios que el gobierno de la Unidad Popular trataba de realizar pacíficamente dentro de un marco "político-institucional". Surgían también de la heterogeneidad de la coalición de partidos que apoyaban estos cambios, los que tenían interpretaciones dramáticamente diferentes de las estrategias y tácticas para lograrlos. Provenían, además, del carácter y acciones emprendidas por la oposición interna y externa al gobierno (el papel jugado por un Congreso hostil y por Estados Unidos) y, finalmente, de las tensiones psicológicas del líder y entre éste y sus partidarios.

¿Qué tipo de liderazgo presidencial ejerció en verdad Salvador Allende sobre su país, su coalición de partidos y sobre el pueblo? Para aventurar una respuesta, es preciso considerar la naturaleza del Poder Ejecutivo en Chile y, al mismo tiempo, las distintas formas de interacción entre el líder y sus seguidores.

El historiador Mario Góngora caracterizó el Poder Ejecutivo chileno como tradicionalmente fuerte hasta la ruptura de la democracia. Ya fuera como presidente o "caudillo" —calidades ambas de naturaleza monárquica muy acentuada— la "imagen" del jefe del Poder Ejecutivo regía sobre la política, la administración e incluso el estilo económico de todo el país.⁷⁶ Esto era concordante con la Constitución de 1925, que colocó a dicho Poder en el centro del

⁷⁶ Góngora, p. 242.

con poderes legislativos más importantes que los del Congreso.⁷⁷

En general, el liderazgo de Salvador Allende contrastó con este modelo. Temía a la acción individualista o autoritaria, independiente de los partidos o apartada del pueblo que lo apoyaba, sin pejuicio de defender con fuerza la dignidad de su posición y enfatizar su rol como presidente de la República. De acuerdo con los observadores, no había habido en Chile "un presidente tan preocupado por sus prerrogativas", a la par que los miembros de su coalición reconocían: "Es él quien dirige la orquesta".⁷⁸ Pero Allende era íntimamente enemigo del autoritarismo. Como parlamentario y perenne candidato presidencial de una alianza de partidos, se había educado a sí mismo en la ética de la representación. De igual manera, por convicción prefería un "liderazgo colectivo" emanado desde la base. Por eso nunca buscó accentuar claramente su función ejecutiva. Tomás Moulián ha sostenido que incluso "renunciaba a ejercer un liderazgo presidencial".⁷⁹ Tendió a desarrollar un estilo pragmático, más cercano al de un árbitro—otros lo vieron como un gran "contemporizador"⁸⁰—que intentaba resolver los incontables problemas que inevitablemente surgían dentro de la heterogénea coalición gobernante y entre el gobierno y la oposición. Su ejercicio del poder se caracterizó por la negociación y el diálogo. Buscó siempre el liderazgo moral para "elevantar" la conciencia de sus partidarios y contrarrestar el creciente odio que infectaba el debate político. Sus intervenciones contra los excesos de la prensa,⁸¹ sus

⁷⁷ Esta preeminencia del Ejecutivo sobre el Legislativo es analizada por Carlos Andrade Geywitz en "Elementos de derecho constitucional chileno" (Santiago: Editorial Jurídica de Chile, 1971), p. 409.

⁷⁸ Pierre Kalfon, *Allende. Chile 1970-1973* (Madrid: Foca, ediciones y distribuciones, 1999), p. 95.

⁷⁹ Tomás Moulián, "Allende y la Unidad Popular", en *Análisis*, octubre de 1983, p. 16. ⁸⁰ Kalfon, p. 95.

⁸¹ Después de las elecciones complementarias de enero de 1972, el presidente exigió a los agresivos periodistas pro gubernamentales que bajaran el tono de sus ataques a la oposición; incluso los responsabilizó en parte por los pobres resultados electorales

se sentía inclinado a ejercer como presidente.

En la presidencia se distinguió como un líder notable, sagaz y prudente, que permanentemente intervenía en los conflictos, siempre en busca de acuerdos y negociaciones (a pesar de cierta retórica confrontacional para apaciguar a los militantes más extremos). Los analistas internacionales y la prensa, así como sus aliados políticos y adversarios, coinciden en que tenía todas las cualidades para ejercer un sólido liderazgo; una clara autoridad personal, marcada por la seguridad en sí mismo y destreza política, sazónada con su famosa "muñeca" de la que todos, amigos y enemigos, hablaban. Ganó victorias notables desarticulando a la oposición dentro del Legislativo y en su coalición. Al mismo tiempo, mantuvo profundos vínculos personales con el pueblo. Sólo una persona muy especial podía enfrentar tiempos tan difíciles como los que sorteó Allende. Sin embargo, también a veces tuvo cursos erráticos, tomó decisiones basadas en cálculos equivocados o—especialmente en los últimos meses—abandonó la iniciativa política en función de una actitud de compromiso con los partidos integrantes de la Unidad Popular.

Ejercer un liderazgo fuerte y claro dentro de la coalición de gobierno implicó un esfuerzo complicado si no imposible. Al tiempo

de la Unidad Popular. Dijo que ellos deberían haber destacado los logros del gobierno en vez de mostrar una "feroz tendencia" a permitir el ataque personal, sin perdonar siquiera los defectos físicos de los opositores al gobierno; en *The Times*, 21 de enero de 1972. Pero no sólo la prensa de izquierda cayó en excesos. Estos fueron superiores en la de derecha que, por añadidura, controlaba mayor cantidad de medios. "A fines de 1972, cuando Allende lleva ya dos años (...) la oposición cuenta en Chile con 54 diarios, entre ellos *El Mercurio*, el periódico de mayor circulación y potencial empresarial del país; y 98 radios; y el gobierno sólo con 10 diarios y 36 radios". Ver Drago, pp. 95-99. Para un análisis de los excesos de la prensa política de derecha e izquierda, y su papel en la polarización del país, ver Patricio Dooner, *Periodismo y política. La prensa política en Chile 1970-1973* (Santiago: Editorial Andante, 1989).

⁸² *The Times*, 6 de noviembre de 1971.

que mantenía una estrecha y fácil relación con el Partido Comunista, que fue su principal apoyo durante el gobierno de la Unidad Popular, Allende fracasó en el logro de una relación de trabajo similar con su propio partido, el Socialista. Pesó una larga incompreensión entre el Comité Central de éste y Allende, que empeoró al asumir la presidencia. Sus viejos problemas con el PS resucitaron cuando, en el XXIII Congreso Socialista en La Serena, realizado en enero de 1971, la conducción del partido pasó, con el apoyo de Allende, a manos de la principal figura del ala izquierda, Carlos Altamirano. El mal cálculo de Allende sería fatal.⁸³ El casi permanente conflicto entre la moderación del presidente Allende y el extremismo del secretario general y su Comité Central pusieron en peligro a la Unidad Popular, a su programa y al gobierno mismo.⁸⁴ Altamirano y otros socialistas del ala izquierda constituyeron un permanente motivo de perturbación para el gobierno.⁸⁵ Y aquellos que compartían los puntos de vista del presidente y condenaban las posiciones dogmáticas de la fracción ortodoxa fueron permanen-

⁸³ Dos tendencias compitieron en ese Congreso. Una estaba por aprobar la cuenta política del secretario general, Aniceto Rodríguez y por su reelección. La otra proponía una renovación de la dirección partidaria para fortalecer la personalidad política del partido en concordancia con sus nuevas responsabilidades de gobierno. Allende decidió apoyar a Altamirano, aunque Rodríguez estaba más cerca de su pensamiento. Días antes del Congreso, los dos principales adversarios que se habían enfrentado en el pleno socialista de junio de 1969, uno abogando por su pacífica vía chilena y el otro a favor de una posición genuinamente revolucionaria, sellaron su alianza. ¿Por qué Allende prefirió a Altamirano? Su decisión puede haber sido influenciada por la actitud dubitativa que tuvo Rodríguez cuando el presidente luchaba por la nominación como candidato de la Unidad Popular para la elección presidencial de 1970 y también porque pensaba que el partido podía ser mejor dirigido por el brillante y joven abogado que era Altamirano. Fue, sin embargo, un claro error de cálculo. Salvador Allende nunca pudo imponer su táctica a las posiciones partidarias.

⁸⁴ Ver los descargos de Altamirano en Patricia Politzer, *Altamirano* (Buenos Aires: Ediciones Melquades, 1989), p. 72.

⁸⁵ Mientras el presidente Allende calificaba a los asesinos de Pérez Zujovic como falsos revolucionarios y delincuentes comunes, un parlamentario socialista declaraba: "Nosotros, socialistas, respetamos el heroísmo de la gente de la VOP". El diputado Mario Palestro decía que ellos estaban equivocados y lamentaba la muerte de los detectives que también asesinó la VOP, pero respecto de la muerte de Pérez Zujovic, "los terroristas valen mucho más que él", *The Washington Post*, 24 de junio de 1971.

temente acallados por los estridentes militantes radicalizados. El socialista moderado Carlos Briones, íntimo amigo de Allende y su último ministro del Interior, dijo en una entrevista después del golpe militar que él siempre había considerado que había que consolidar antes de seguir avanzando. "Pensaba que había que hacer una serie de correcciones al proceso chileno; que era indispensable imponer disciplina en la producción; que había que concentrarse más en el trabajo y menos en el activismo político y que se había hecho indispensable la dirección vertical, de manera que los ministros pudieran dar órdenes que fueran obedecidas sin la constante intervención de los partidos políticos".⁸⁶

La conducción de Allende al interior de la Unidad Popular no anduvo mejor. La coalición demostró en la práctica que ésta era sólo una frágil alianza de partidos, desgarrada por disputas y rivalidades electorales (especialmente entre comunistas y socialistas), así como por pugnas ideológicas sobre la distribución del ingreso, la reforma agraria, la participación de los trabajadores y la inversión extranjera. Además, careció de cohesión interna y de un implícito acuerdo sustantivo sobre la forma, ritmo y carácter de los cambios que debía realizar el gobierno. Ese desacuerdo impidió la colaboración efectiva para materializar el programa común.

A pesar de los resueltos intentos del presidente por hacer confluir las distintas estrategias de los partidos en una sola dirección, aumentaba la polarización entre radicalizados y moderados, acompañada de constantes realineamientos de fuerzas. Buena parte del poder político estaba en manos de las direcciones de los partidos, especialmente Comunista y Socialista. Las opiniones disidentes en las cúpulas se filtraban hacia la base donde, con frecuencia, iban en aumento. En esas circunstancias, los esfuerzos de Allende para mantener unida a la coalición mediante maniobras tácticas y persuasión, tenían pocas posibilidades de éxito.⁸⁷

⁸⁶ *The Times*, 6 de noviembre de 1973.

⁸⁷ Para un análisis de los temas específicos en que diferían los partidos y de los intentos de Allende para ponerlos de acuerdo, ver Kaufman, pp. 237-245.

Sin embargo, durante su primer año, Allende logró mantener la unidad en su coalición. Incluso sus más ácidos enemigos políticos reconocían de mala gana que merecía respeto por la manera en que había sido capaz de llevar a remolque elementos tan dispares. “Conseguir que la liebre socialista corra a la misma velocidad de la tortuga comunista es un logro que coloca a Allende entre los más ágiles líderes mundiales”, dijo un diplomático al finalizar el primer año de gobierno de Allende.⁸⁸

Solamente a mediados de 1972, la situación política comenzó a deteriorarse.⁸⁹ Es que el proceso se había profundizado. En medio de la lucha polarizada, las viejas diferencias tácticas representadas por la pugna entre la estrategia más flexible del Frente de Liberación Nacional, sustentada por los comunistas, versus la estrategia más restrictiva del Frente de Trabajadores, de los socialistas, reaparecieron para quedarse. Dichas diferencias se habían visto suavizadas durante el primer año. El presidente Allende y el Partido Comunista, reconociendo las insuficiencias del gobierno y llamando a la disciplina,⁹⁰ buscaron un entendimiento político con el centro (la Democracia Cristiana) y más tarde con los militares. El sector

⁸⁸ *Newsweek*, 15 de noviembre de 1971. Concuerta el demócratacristiano Genaro Arriagada con que la determinación y capacidad que Allende desplegó para mantener la coalición de gobierno así como una buena relación con el MIR fueron inagotables. Su papel como mediador pudo superar, en muchos casos, situaciones conflictivas que parecían insolubles. Ver Arriagada, p. 100.

⁸⁹ La prensa chilena y los medios internacionales analizaban regularmente las fricciones dentro de la coalición y los fallos en la toma de decisiones. Ver *The Times*, 24 de mayo y 15 de agosto de 1972; *The Washington Post*, 24 de junio y 5 de noviembre de 1972.

⁹⁰ Uno de los problemas más sensibles que preocupó al Partido Comunista fue el programa agrario del gobierno. En una reunión del Comité Central efectuada el 13 de agosto de 1972, el senador Luis Corvalán, secretario general del PC, declaró que la reforma agraria “no había encontrado el camino para incrementar la producción y racionalizarla”, ya que los funcionarios a cargo del proceso por la Unidad Popular eran flojos e ineficientes, y pasaban en “las oficinas de la ciudad muy alejados del campo”. Además, los predios reformados y los asentamientos estaban plagados de problemas como el alcoholismo, ausentismo y venta de los productos en el mercado negro. Se debía hacer grandes ajustes para evitar la grave crisis que se avecinaba; en *The Times*, 15 de agosto de 1972.

radicalizado, encabezado por el Comité Central del Partido Socialista, buscó una rápida solución al problema del poder, rechazó toda posibilidad de transacción con el centro y favoreció el “poder popular” como alternativa al poder del Estado, cercana al modelo bolchevique de 1917.⁹¹

“El Presidente Allende está siendo comprimido entre las alas moderadas y extremas de su coalición”, comentó *The Times*. “Los extremistas quieren acelerar el proceso revolucionario”, lo que significa impulsar la nacionalización de las industrias y la redistribución de la tierra. Los moderados, que incluyen al Partido Comunista, quieren un período de consolidación.”⁹²

Tampoco el presidente enfrentó en algún momento el problema del MIR. Aunque este movimiento no integró nunca la Unidad Popular, tuvo desproporcionada influencia a través de sus vínculos ideológicos y personales con el Partido Socialista. Repetidamente Allende condenó “el infantilismo revolucionario”,⁹³ pero falló al no asumir una posición clara frente a una organización que en los hechos provocaba serias distorsiones al proceso revolucionario chileno, obligado éste a respetar la legalidad y las instituciones existentes. Al comienzo, Allende intentó ganar al MIR para sus posiciones,⁹⁴

⁹¹ El MIR y el sector más radicalizado del Partido Socialista atacaban incesantemente la vía chilena y los intentos de los moderados de llegar a un acuerdo con el centro y los militares. Los ataques del MIR se centraban especialmente en el PC, debido a las denuncias de los comunistas de los “actos de provocación” en que se involucraba el MIR: tomas de fundos, de tribunales de justicia y hasta de hospitales. Era notoria la mala relación entre ellos; ver *The Times*, 24 de junio de 1972. Los ataques de los socialistas radicalizados apuntaban a las deficiencias de la revolución chilena “con sabor a empanadas y vino tinto” que perdía de vista —según ellos— dos principios básicos de una revolución socialista: la dictadura del proletariado y la destrucción del estado burgués. Ver Alexis Guardia, “Área de Propiedad Social”, en *Revisión Indonésica*, 5 de octubre de 1971, p. 82.

⁹² Loc. cit., 14 de junio de 1972.

⁹³ *The Times*, 6 de noviembre de 1971.

⁹⁴ Inmediatamente después de su triunfo, Allende aceptó que militantes del MIR fueran sus guardaespaldas (origen del GAP). Llamándolos “idealistas equivocados”, pidió a la gente de dicho movimiento que se ajustara a la ley y contribuyera al cumplimiento del programa de la UP; en *The Washington Post*, 6 de septiembre de 1970.

e incluso permitió que miembros del MIR lo desafiaran.⁹⁵ Al fracasar sus esfuerzos, denunció los actos ilegales del MIR y advirtió que aplicaría severas medidas. Sin embargo, y debido a la afinidad del movimiento con los activistas de su propio Partido Socialista, Allende nunca llevó a cabo la amenaza de utilizar la fuerza en su contra.⁹⁶ Sin duda esta dilación contribuyó a la polarización.

La relación de Allende con el MIR estuvo también cargada de subjetividad, lo que ilumina su actitud ambivalente hacia el movimiento. La simpatía hacia éste por parte de su hija Beatriz, la participación en ella de su sobrino Andrés Pascal Allende (hijo de su hermana Laura), su profundo afecto y admiración por el Che Guevara y los jóvenes revolucionarios —en los que se veía reflejado— como, asimismo, el profundo sentido de la misión revolucionaria desplegado por el MIR, le hacía muy difícil reprimirlos. Le gustaba sostener largas conversaciones con Miguel Enríquez, secretario general del movimiento, y médico al igual que él, y siempre aducía que no tenía quejas contra ellos, a pesar de las grandes diferencias que separaban al movimiento del gobierno. El MIR le era leal, sus dirigentes advertían previamente al presidente cada vez que decidían atacar públicamente al gobierno.

A despecho de los intentos presidenciales por ganarlo, a mediados de 1972 el MIR dejó en claro que su posición se alejaba del

Pareció haber esperanzas de entendimiento cuando en abril de 1971, el MIR —que había despreciado las elecciones como armas de la oligarquía y el imperialismo— ordenó a sus jóvenes militantes que votaran por los socialistas o comunistas en las elecciones municipales; ver *ibid.*, 4 de abril de 1971. Sin embargo, el acercamiento no pasó más allá. A mediados de 1971, el MIR estaba decidido a defender “su derecho a dirigir las legítimas movilizaciones de los pobres de la ciudad y del campo”, y advirtieron al presidente Allende que su benevolente actitud de “esperar y ver”, adoptada después de su victoria en las urnas podía verse abruptamente interrumpida si la represión continuaba; en *The Times*, 20 de mayo de 1971.

⁹⁵ El MIR le pidió que trasladara la presidencia a una población obrera para mantener permanente y estrecho contacto con las masas. Allende respondió que su afecto y responsabilidad hacia los sectores más modestos, formado a lo largo de décadas de lucha, no se veía afectado por el lugar donde residiera; citado en Morris, pp. 109-110.

⁹⁶ González Camus, p. 63.

gobierno y que seguirían agitando y movilizándolo a las masas. Según este movimiento, había que elegir entre el reformismo asociado a una creciente represión —que era el mismo modelo seguido por el gobierno demócratacristiano anterior— o un avance vigoroso hacia una revolución marxista que destruiría la “legalidad burguesa”, principal obstáculo para el desarrollo del poder popular.⁹⁷

Factores objetivos y subjetivos actuaron en las fallas de liderazgo que exhibió Allende. Algunos de sus colaboradores dicen que era demasiado proclive a perdonar. Una de sus más conocidas debilidades era no castigar la ineficiencia evidente de muchos de sus colaboradores.

Allende era, en realidad, inteligente y hábil, pero esas capacidades eran anuladas a menudo por la torpeza de altos personeros de su gobierno.⁹⁸ Así como existía la ineficiencia, había amplia convicción de que la idoneidad y el verdadero compromiso no eran plenamente asumidos por muchos funcionarios de la UP.⁹⁹ Sin embargo, el presidente era en exceso reticente a adoptar medidas severas, lo que se contradecía sobremedera con sus discursos en que amenazaba con purgas.¹⁰⁰ Siempre terminaba dando otra oportunidad a los responsables. Además, el “cuoteo” partidario en las designaciones dificultaba, incluso al gobernante, librarse de los malos funcionarios.¹⁰¹ Sus críticos dentro del gobierno aludían a que también erraba al no tomar decisiones adecuadas para vencer la inercia del “gobierno en comité” de la Unidad Popular, y que a menudo las decisiones que anunciaba no se cumplían.¹⁰²

A la normal falta de apoyo de la coalición en el proceso de toma de decisiones, se sumó la falta de un firme respaldo al presidente Allende por parte de su gabinete. Hay que mencionar, en este

⁹⁷ *The Times*, 24 de mayo de 1972.

⁹⁸ Touraine, p. 79.

⁹⁹ *Ibid.*, p. 146.

¹⁰⁰ *The New York Times*, 28 de enero de 1973.

¹⁰¹ Roberto Sánchez, edecán aéreo del presidente Allende, en entrevista con la autora, Santiago, 14 de agosto de 1996.

¹⁰² *The Washington Post*, 5 de noviembre de 1972.

respecto, las excesivas reestructuraciones y cambios ministeriales, además de la necesidad de reserva sobre algunas materias (no todos los ministros eran confiables, en especial los militares). Allende tenía relativamente pocos consejeros oficiales y prefería, por supuesto, las consultas informales con algunos amigos de su círculo íntimo. Esta élite “era un grupo elusivo, siempre cambiante girando en torno a Allende y a sus más cercanos asociados”,¹⁰³ y era importante para el liderazgo de Allende, quien siempre prefirió confiar más en sus amigos que en sus aliados políticos.

En el segundo año de gobierno, estas debilidades se volvieron críticas. El permanente estado de crisis nacional y el estancamiento político (entre el gobierno y la oposición, y entre diferentes facciones al interior de la Unidad Popular) imponían que el presidente de la República, figura principal del sistema político, jugara un papel más fuerte que el correspondiente a un árbitro o un mediador. No bastaba tener una clara visión de las cosas; el pragmático Allende nunca perdió esa capacidad. Sin embargo, lo paralizaba el temor de que el ejercicio del Poder Ejecutivo independientemente de los partidos terminara en el quiebre de la Unidad Popular (lo que implicaba la traición a su compromiso con la unidad de la izquierda). Para actuar de manera decisiva y mantener, al mismo tiempo, a la coalición unida se habría requerido de políticas sinuosas y, a veces, contradictorias. Pero Allende no era un caudillo y le desagradaba muchísimo el paternalismo. Paradójicamente, hacia el final de su gobierno, analistas y observadores consideraban que el sistema se sostenía sobre todo gracias a su personalidad.¹⁰⁴

Como líder, Allende estuvo siempre desgarrado por fuerzas contradictorias: su tendencia al compromiso para asegurar la benevolencia de la oposición, contra su vulnerabilidad como socialista al argumento del MIR y del ala extrema de su partido, que aducía que cualquier compromiso que hiciera “traicionaba” a los trabajadores. Otra contradicción se planteó entre la clara y coherente

concepción de su proyecto político (la vía chilena), su viabilidad, y la estrategia para llevarlo a cabo, contra su incapacidad para materializarlo, obligado como estaba a actuar pragmáticamente en el día a día para mantener la unidad de coalición.¹⁰⁵ Por último, era impracticable el camino intermedio entre los aspectos reformistas y revolucionarios de su liderazgo. Como reformista, el presidente Allende era bastante pragmático, gradualista y muy respetuoso de los procedimientos constitucionales; mientras como revolucionario era heroico, romántico, idealista, valeroso, y dispuesto a lanzarse contra molinos de viento. Normalmente, era difícil conciliar ambos aspectos de su personalidad.¹⁰⁶

Tal vez el resultado más relevante de la incapacidad de Allende para instalar un liderazgo fuerte en su partido y en la Unidad Popular fue la pérdida de la oportunidad para convertir su utópica vía chilena en una alternativa política gradualista, factible para el tránsito al socialismo. Refiriéndose a las amenazas contra esta alternativa “amplia” y “generosa”, Darcy Ribeiro, un marxista brasileño, sostuvo que por una parte la Unidad Popular había fracasado en la explicación de sus características y las precondiciones para su éxito tanto como en las reformas institucionales que se requerían. Por otro lado, la izquierda que debía llevar a cabo el proyecto se

¹⁰³ Manuel Antonio Garretón y Tomás Moulián, *La Unidad Popular y el conflicto político en Chile* (Santiago: Lom, 1993), p. 167.

¹⁰⁴ Un interesante episodio que reflejó el doble signo de su liderazgo y las dificultades para conciliar ambas facetas fue su decisión de ayudar a diez guerrilleros argentinos. El caso se planteó cuando 25 de ellos huyeron de una cárcel en el sur de Argentina en agosto de 1972. Seis lograron secuestrar un avión, ayudados por cuatro cómplices, y volaron a Chile. Los otros se rindieron el día siguiente, situados en el aeropuerto. En Chile, los revolucionarios fugitivos fueron internados de acuerdo a lo dispuesto por los tratados vigentes. Allende se vio atrapado entre su conocida simpatía por los guerrilleros y su cercanía y compromiso con el presidente de Argentina, Alejandro Lanusse, que favorecía las buenas relaciones con Chile y otorgaba créditos de exportación. El asesinato de los guerrilleros recapturados en Argentina, que según la guardia naval habían intentado un nuevo escape, decidió finalmente a Allende a dar estatutos de refugiados a los diez fugitivos y enviarlos a La Habana. Dijo que estaba seguro de que la opinión pública internacional comprendería su decisión. El gobierno argentino no lo entendió así. Ver *The Washington Post*, 1 de septiembre de 1972.

¹⁰⁵ Kaufman, p. 207.

¹⁰⁶ Touraine, p. 91.

nutría de las ideas del socialismo revolucionario, cuyas estrategias y tácticas divergían de las de la vía gradualista o evolutiva.¹⁰⁷

¿En qué consistió el mecanismo de Allende? Éste también estuvo caracterizado, durante su presidencia, por tensiones dinámicas ligadas a éxitos y fracasos en el logro de los objetivos revolucionarios compartidos por el líder y sus partidarios. Junto a la unidad de la izquierda, el apoyo de masas era indispensable para el cumplimiento del programa de Allende y para propósitos ulteriores. Cualquiera victoria que cambiara profundamente la realidad chilena necesitaba el apoyo de una amplia mayoría del pueblo, más allá del estrecho frente popular que había llevado a Allende al poder. Esto era fundamental, ya que nunca el proyecto de Allende contó con una clara mayoría. Casi dos de cada tres votantes lo habían hecho en contra de él: “su adhesión política, sustantiva y entusiasta como era, estaba claramente exagerada, y la naturaleza de radical transformación que tenía su programa provocaba inevitable oposición.”¹⁰⁸

La interacción e intercambio con las masas:
“Allende, Allende, ¡el pueblo te defiende!”

Salvador Allende intentó, a lo largo de todo su gobierno, ejercer un liderazgo revolucionario y transformador para guiar el proceso hacia una completa reestructuración del país en los planos social, político, económico y cultural. Dicho liderazgo se desarrolló como un proceso de interacción humana a través del cual orientó a sus seguidores a trabajar por determinadas metas que representaban “los valores y las motivaciones —los deseos y necesidades, las aspiraciones y expectativas— tanto del líder como de sus partidarios”. Esta relación dinámica es reconocida como un tipo de “liderazgo moral”. Ejercido indistintamente por líderes revolucionarios y reformistas, emerge de los seguidores y siempre retorna a los deseos funda-

¹⁰⁷ Darcy Ribeiro, “Nuevos caminos de la revolución latinoamericana”, en *Revista de Estudios Internacionales*, N° 18, 1972, p. 70; también Arriagada, pp. 86-87.

¹⁰⁸ Collier y Sater, p. 331.

mentales, a las necesidades, aspiraciones y a los valores de la masa de seguidores, que son satisfechos, en alguna medida, por el líder en el marco de la interacción generada. Precondiciones para el ejercicio efectivo de este tipo de liderazgo, son el pleno compromiso del líder con el cumplimiento de esos objetivos compartidos y la confianza del pueblo en él.¹⁰⁹

La relación entre el líder y las masas durante los casi veinte años de carrera presidencial de Allende —comenzada en 1952— estuvo sustentada en dos tipos de objetivos: los primeros se referían a la satisfacción de los deseos y necesidades elementales de la gente, de acuerdo a la clásica trilogía del Frente Popular: “pan, techo y abrigo”, además de acceso a la educación y a la cultura, la salud y el bienestar general. Más arriba en la jerarquía de necesidades y valores estaban otros objetivos como la grandeza y dignidad de Chile, una vez que la segunda independencia fuera alcanzada, y la búsqueda de la justicia, la libertad y la igualdad en la senda hacia una sociedad socialista. Toda la interacción entre el líder y sus seguidores giró en torno a estas dos clases de metas, siempre con Allende instando al pueblo a aspirar objetivos que estuvieran más allá de la gratificación inmediata.

El satisfacer las necesidades básicas, deseos y aspiraciones de naturaleza social (los que Allende vio como las metas de corto plazo del proceso revolucionario chileno, y que otros vieron como su lado “populista”) estuvo vinculado a carencias profundas y anhelos permanentes de las masas. Ante todo, el pueblo deseaba mejores salarios, viviendas más adecuadas, agua, electricidad, mejores educación y salud. Detrás de estas demandas concretas estaban las necesidades de seguridad personal y liberación de las incertidumbres que habían afligido al pueblo por generaciones: cesantía, subempleo, inflación y salarios de hambre (todas ellas, componentes de “enfermedades” endémicas en la historia social y económica de Chile del siglo XX).

Los testimonios de las personas que siguieron a Allende y apoyaron el gobierno de la UP dan buena cuenta de lo anteriormente

¹⁰⁹ James MacGregor Burns, *Leadership* (New York: Harper Row, 1979), pp. 2-4.

expresado. Los deseos básicos que ellos sustentaban se relacionaban con la "alimentación, vivienda, salud". También aspiraban a: "tener algo por lo menos, tener alimento seguro y no la lucha diaria por la subsistencia (...) no estar pensando todos los días en que los niños necesitan tal cosa o tal otra (...) la salud de la familia, la falta de comida, la escuela de los niños, uno quiere algo mejor para la familia (...) En mi familia, éramos doce hermanos y yo supe lo que era la miseria, yo no quiero que mis hijos pasen por lo mismo y tuve sólo dos (...) Espero que el gobierno ayude a los trabajadores". Otros testimonios indican que la principal aspiración era que "el gobierno libere al pueblo, a mis hermanos de clase, del sufrimiento de la miseria y la ignorancia." "El gobierno de Allende tenía que cambiar las condiciones sociales de Chile ya que no podemos vivir así, esta incertidumbre no puede seguir generación tras generación, algún día alguien tiene que parar esto, este castigo no puede seguir".¹¹⁰

Miradas desde esta perspectiva, la política de redistribución de ingresos aplicada por Allende al comienzo de su gobierno, junto con la gradual puesta en marcha de las "cuarenta medidas" (que correspondían a parte de las promesas de campaña en 1970) satisficieron ampliamente estas aspiraciones. No representaron solamente un resultado concreto de la filosofía socialista, ni tampoco constituyeron una mera táctica del gobierno de la Unidad Popular; respondían a necesidades estructurales arraigadas en la historia del desarrollo socioeconómico y político de Chile, las que debían ser satisfechas de una manera u otra por cualquier gobierno que deseara tener éxito.¹¹¹

Los efectos del alza de los sueldos y salarios, la reducción del desempleo y el acceso a los "bienes sociales" como educación, salud, vivienda y leche gratis fueron visibles en los primeros meses de gobierno. Los resultados más espectaculares se produjeron a partir de la conjunción del aumento de los sueldos y remuneraciones con la aplicación de un estricto control de precios. Como consecuencia de este

súbito crecimiento del poder de compra, los chilenos, y especialmente las clases más pobres, entraron en una "revolución del consumo" sin precedentes. Televisores, refrigeradores, muebles y ropa desaparecían de las tiendas de Santiago con la misma rapidez con que los fabricantes llenaban bodegas, salas de venta y estanterías.¹¹² También cabe destacar la labor que se hizo en la cultura con la creación de la editorial Quimantú y el dólar preferencial que se creó para bonificar la importación de libros a precios más baratos.¹¹³

Sin duda, la mayoría de los trabajadores estuvo mejor durante el gobierno de Allende. Los sectores más pobres tuvieron más dinero que nunca antes. Las mujeres de las clases postergadas, en particular, expresaban su profundo contento. Podían manejarse bien con los ingresos de sus maridos. Una mujer casada, con ocho hijos, declaró que estaba feliz con la Unidad Popular, ya que durante su gobierno por primera vez todos los niños eran iguales en Chile.¹¹⁴ El pueblo satisfizo su "hambre", entendida ésta en sus múltiples connotaciones.¹¹⁵ "Lucha gente pobre tuvo dinero para comer carne y comprar ropa decente."¹¹⁶

¹¹² José del Pozo, p. 182; *Newsweek*, 21 de junio y 23 de agosto de 1971.

¹¹³ Drago, *passim*.

¹¹⁴ *El Siglo*, 17 de marzo 1971.

¹¹⁵ "Comíamos hasta que no queríamos más", "nunca tuvimos tantas cosas", eran frases que se repetían cuando la gente recordaba el gobierno de la Unidad Popular, de acuerdo a José del Pozo, p. 183. En una de mis entrevistas hechas el 11 de septiembre de 1993 en el Cementerio General de Santiago frente de la tumba de Salvador Allende, una sencilla mujer de Rencana, vestida de negro, de luto riguroso en honor a su memoria, que va allí todos los años a conmemorar la muerte de Allende, me expresó las mismas ideas. Viuda de un modesto militante democristiano que dejó al morir a su familia en la miseria, obtuvo un departamento y un sentido de felicidad, seguridad y abundancia durante el gobierno de Allende. La experiencia de la Unidad Popular fue, para ella, hermosa, inolvidable y gratificante. Tenía un techo seguro y podía comprar carne y otros alimentos en abundancia para sus nueve hijos, que recibían leche y podían ir a la escuela. Ella retribuía estos beneficios al líder siendo una partidaria ardorosa y militante del gobierno (lo que también elevaba su sentido de dignidad personal y autoestima) e involucrando a sus hijos una imborrable gratitud a Salvador Allende. Todos ellos votan hoy por los socialistas. Luego del golpe, ella fue expulsada del departamento y perdió todo.

¹¹⁶ Edward Boorstein, *Allende's Chile* (New York: International Publishers, 1977), p. 111.

¹¹⁰ Citado por José del Pozo, pp. 149-152.

¹¹¹ Falcoff, p. 20.

En los primeros seis meses de 1971, el consumo creció de manera sustancial. La ingesta de carne de vacuno aumentó en un 15%, la de cerdo en un 18% y en un 5% la de cordero. El crecimiento del consumo de frutas y verduras marcó un 21%; el de limones, específicamente, un 56%; el de leche condensada, un 10%; azúcar, 37%; fideos, 28%, y cerveza, 20%.¹¹⁷ La gente modesta no sólo comenzó a comer mejor sino que aprendió a vestirse como lo hacía la clase media, disfrutando de la oportunidad.¹¹⁸ También comenzaron a tener acceso al tiempo libre y a la entretención; paseos los domingos, excursiones a la playa y el campo. La gente ahora salía, a veces juntos todos los vecinos, mostrando una nueva actitud —más confiada y un tanto desafiante.¹¹⁹

Para muchos, el gobierno de Allende fue “un hermoso cuento hecho realidad”. Por primera vez “pudieron saborear lo que significa ser humano”. “Comenzamos a contar para algo”, decía un trabajador. “No solamente podíamos plantear nuestras quejas y sugerencias acerca de nuestras condiciones de vida ante las juntas de vecinos, sino que podíamos llegar a La Moneda a discutir nuestros problemas con altos funcionarios de gobierno.”¹²⁰ El concepto de “ciudadanos de primera clase”¹²¹ reservado para los estratos altos adquirió un nuevo significado; un concepto que fue usado reiteradamente por Allende para identificar el nuevo estatus que tenía el pueblo en su gobierno.

Las fronteras que separaban las clases más modestas de las más acomodadas eran paulatinamente borradas; ahora se decía que todos eran iguales. El pueblo estaba viviendo no sólo un “carnaval de

consumo”, sino también la experiencia de una fiesta que trastocaba y ponía de cabeza los roles que previamente asumían en la sociedad, con los pobres ahora “arriba” y los ricos “abajo”. Este mundo al revés reflejaba cambios visibles en el pueblo. La gente empezaba a actuar con un nuevo sentido de sí misma, hablando abiertamente, mezclándose con personas de otras comunidades, defendiendo con orgullo, no exenta de arrogancia, sus derechos.¹²² En síntesis, “el pueblo sentía que era el dueño del país”.¹²³

Sin embargo, más allá de la gratificación inmediata, estaban presentes los objetivos superiores de independencia nacional y dignidad, justicia, libertad e igualdad compartidos por Allende y sus seguidores. La destrucción del feudalismo, los monopolios y el imperialismo permitiría la transición a una sociedad socialista que satisfaría las necesidades del pueblo. Un resuelto liderazgo respaldado por decididos seguidores comprometidos a trabajar esforzadamente convergerían para que los “hombres nuevos” coexistieran en armonía y felicidad.

Al movilizar esas mayores aspiraciones —utópicas y de vasto alcance—, Allende ejercía un liderazgo revolucionario con fuertes rasgos morales. La revolución no sólo buscaba el dominio material de los recursos del país. Aspiraba también a “ir más allá de lo cotidiano, [y a] crear una nueva ética y una nueva responsabilidad”.¹²⁴ Sobre todo, era un proceso que demandaba “sacrificio y generosidad”¹²⁵ y el compromiso de un pueblo plenamente “disciplinado, organizado y consciente”. Porque “la revolución no se hace en las palabras, compañeros; se hace en los hechos.”¹²⁶ Las masas debían estar permanentemente alertas y dispuestas¹²⁷ a trabajar duro

¹¹⁷ José del Pozo, p. 189.

¹¹⁸ *Ibid.*, p. 103.

¹¹⁹ Discurso en la Plaza de Armas de Chañaral, 7 de marzo de 1971; en Salvador Allende, *La historia que estamos escribiendo*, p. 158.

¹²⁰ Discurso en Antofagasta, 28 de febrero de 1972; en *ibid.*, p. 32.

¹²¹ Discurso a los trabajadores en el Día Internacional del Trabajo, reproducido en *El Siglo*, 2 de mayo de 1971.

¹²² La conciencia del pueblo era tema recurrente en los discursos de Allende. El pueblo

ya que "todo el trabajo, los esfuerzos y sacrificios que hagan serán en su propio beneficio".¹²⁸ El líder nunca renunció a su misión pedagógica. La cumplió hasta el último día alentando la adopción de nuevas actitudes, despertando conciencias, educando al pueblo para que fuera capaz de asumir la dirección y transformación de sus propias vidas.

Los líderes verdaderos —esos que enseñan y aprenden de sus seguidores— adquieren la mayor parte de su sabiduría en la experiencia de todos los días.¹²⁹ Salvador Allende instró a los dirigentes a asumir este modelo y él mismo se ajustó notablemente bien a él. Fue enfático en repetir que aquellos debían estar cercanos al pueblo, pues "los jefes de la UP viven superficialmente el proceso chileno. Falta profundizar, estudiar más y conocer más la realidad (...). Presionarse cada uno de los que se dicen revolucionarios. Se hace, pero no lo suficiente".¹³⁰

Él mismo, en tanto, aplicaría su propuesta a cabalidad. A lo largo de su gobierno fue un incansable viajero. En una clara creación de sus campañas presidenciales, como ya se dijo, trasladó varias veces la sede del gobierno a provincias para informarse y controlar la administración *in situ* y para conocer directamente los "problemas cotidianos de la existencia humana",¹³¹ educar y elevar la conciencia política de las masas y recibir de ellas fuerza e inspiración. Allende dependía de las masas. Frente a las críticas, explicaba sus

debería estar consciente del significado concreto del proceso revolucionario como así mismo de los pasos más importantes que había que dar en esa dirección. "Es importante que el pueblo comprenda —repetía— que estamos viviendo un proceso revolucionario de cambios profundos que implica en esencia —y ya lo hemos hecho— la recuperación para Chile de sus riquezas básicas en manos del capital extranjero (...). ahora el carbón es nuestro, el salitre es nuestro, el hierro es nuestro, el cobre es nuestro", en un discurso al pueblo de Talal, 7 de marzo de 1972; en Salvador Allende, *La historia que estamos escribiendo*, pp. 166-167.

¹²⁸ *En viaje*, No 445, noviembre de 1970, p. 12.

¹²⁹ Burns, p. 169.

¹³⁰ Drago, p. 50.

¹³¹ Discurso en Chuquibambata, 3 de marzo de 1972; en Salvador Allende, *La historia que estamos escribiendo*, p. 144.

motivos: "si hubiera llegado hasta aquí [Antofagasta] sólo para informar al pueblo, eso sería suficiente (...). Si lo hubiera hecho sólo para nutrirme con la experiencia y las esperanzas del pueblo [y recibir su] afecto (...). eso sería suficiente, la información sería suficiente (...). sentir los problemas (...). las dificultades y los anhelos (...)."¹³² Sus constantes alusiones a su preocupación e interés por las vidas de los chilenos (en especial las de los niños y las mujeres) no eran meros recursos retóricos. El pueblo era su fuente de inspiración: "cada vez que sienta que mi espíritu decae volveré para estar con ustedes, para sentir su ardor revolucionario".¹³³

Con los trabajadores, organizaciones de masas, mujeres modestas y los jóvenes, Allende desarrolló en el gobierno una interacción directa, informal, áspera a veces, pero siempre considerada y respetuosa. Los analistas concordaban en que desarrolló durante su mandato presidencial una capacidad oratoria sobresaliente, "probablemente sólo inferior a Castro en América Latina",¹³⁴ y de hecho sus destrezas discursivas, referencias didácticas, imágenes claras y lenguaje directo fueron superiores a los mostrados como candidato. Sus discursos eran variados. Informaban al pueblo sobre los problemas del país: el gobierno de la UP y su programa, el problema del cobre; la producción, la agresión internacional, la deuda externa y su servicio, la necesidad de entendimiento y de acción conjunta al interior de la Unidad Popular,¹³⁵ las dificultades venideras, etc. Sin embargo, también solía discurrir reiterativamente

¹³² Discurso en Antofagasta, 28 de febrero de 1972; en *ibid.*, p. 15.

¹³³ Discurso en la oficina salitrera Pedro de Valdivia, 1 de marzo de 1972; en *ibid.*

¹³⁴ *The Washington Post*, 5 de noviembre de 1971.

¹³⁵ La unidad de la izquierda como misión de su vida fue uno de los temas favoritos de Allende. Sus llamados a este respecto tenían el carácter de "demandas perentorias". "Escuché algunos gritos débiles contra el partido de la Unidad Popular", dijo en Antofagasta. "Vayan y discutan estas ideas dentro de sus asambleas (...). dentro de sus partidos; pero frente al pueblo ¡unidad! La agresión contra un partido de la Unidad Popular es una agresión contra todos los partidos de la Unidad Popular. El que no entienda esto, no entienda su responsabilidad, no tiene derecho a llamarse revolucionario o hacer gárgaras con la palabra revolución!", en Salvador Allende, *La historia que estamos escribiendo*, pp. 14 y 32.

sobre los problemas de la salud, las dificultades del abastecimiento, el alcoholismo y sus consecuencias en el ausentismo y la disminución de la producción; el mejoramiento de la vida de las personas y el repudio sistemático a la violencia.¹³⁶

La misión de Allende entre las masas era indispensable para integrarlas al proceso. Como líder, comprendió muy bien el carácter compartido de su conducción revolucionaria. Los trabajadores y el gobierno de la Unidad Popular debían colaborar de manera estrecha. El camino revolucionario que conduciría a Chile a la independencia económica y a su plena soberanía debía tener "sus ci-mientos en una gran conciencia política de parte de los trabajadores".¹³⁷ La actitud que esa conciencia demandaba (que era también la suya) tenía que ser evitar "tropezar en el oportunismo y la demagogia", no "arriesgarse en aventuras ni deslizarse en la có-moda actitud de los que nos exigen seguir esperando". Los seguidores debían "avanzar como hombres que quieren ir adelante y que conocen la verdad del consejo de Julio César, 'apurarse lentamente'".¹³⁸ Pero la espontaneidad y la autocomplacencia fácil no eran siempre aconsejables.

Durante todo su gobierno, Allende insistió en que el pueblo ahora estaba en el poder y que le correspondía actuar decidida y responsablemente en la aplicación del programa de la Unidad Popular. Distinguía entre la tradicional forma de participación "en el régimen democrático-burgués", ocasional y exclusivamente política —en la que el pueblo se hace oír a través de las elecciones—, y la nueva forma que a su gobierno le interesaba promover y que llamaba a la constante y masiva participación del pueblo en los niveles

¹³⁶ Sobre recomendaciones ver su discurso en la oficina salitrera María Elena, 1 de marzo de 1972, *ibid.*, pp. 74-75; sobre el problema del alcoholismo ver sus discursos en Chuquimata, 3 de marzo de 1972, en Calama, 4 de marzo de 1972 y en Chañaral, 7 de marzo de 1972, en *ibid.*, pp. 129-130, 141, y 146. Sobre su posición respecto de la violencia, ver su discurso en Antofagasta, 3 de marzo de 1972, *ibid.*, p. 108.

¹³⁷ Discurso de apertura de la primera escuela sindical de verano en la Universidad de Chile en Valparaíso, 13 de enero de 1971, en Winn, p. 92.

¹³⁸ *Ibid.*, p. 97.

político y económico. Empleados, obreros y campesinos, organizados en sus lugares de actividad debían participar en el proceso de construcción económica de una sociedad socialista. El trabajo era una tarea revolucionaria. Sin embargo, ellos también tenían una intervención política permanente y una presencia en tareas ministeriales, en la administración pública y en las organizaciones sindicales. Estras actividades, sumadas a la tradicional forma de participación, debían aumentar de manera sustancial la democratización del país.¹³⁹ Los trabajadores tenían, en fin, la misión de "cogobernar el país".¹⁴⁰

El papel del líder como agente moral comprometido con la iluminación de la conciencia del pueblo y la divulgación de las responsabilidades inherentes al nuevo poder popular (entre las cuales la participación era solamente la más significativa, pero no la única) hace explícita sobre la dinámica de un liderazgo revolucionario que pretendía movilizar las necesidades y aspiraciones más altas de las masas de manera de producir una transformación social holística. También, aclara —como se dijo antes— el lazo inconsciente entre el líder y sus seguidores.

Salvador Allende estaba sobredeterminado por un sentido histórico, que lo compelia a sobrepasar e "ir más allá" del punto al que habían llegado otros grandes líderes y a entrar así en la historia. Su liderazgo reformista estuvo inspirado por la identificación con su heroico abuelo, que fue la primera etapa en su búsqueda de trascendencia. Después, su persistente reverencia hacia ilustres figuras de la historia (O'Higgins, Balmaceda y Aguirre Cerda en primer lugar) inspiró su liderazgo revolucionario comprometido con la causa de la segunda independencia de Chile, la que vio implícita en las hazañas incompletas de esos grandes hombres. Esa independencia

¹³⁹ Allende fijó con claridad esta nueva política de participación popular en el discurso de inauguración de las Jornadas de Discusión Popular en Valparaíso del 11 de enero de 1971. Ver discurso completo; en Salvador Allende, *Su pensamiento político* (Santiago: Editora Nacional Quimantú, 1972), pp. 45-65. También "Movilización y Participación" en la apertura de la Primera Escuela Sindical de Verano en la Universidad de Chile en Valparaíso, 13 de enero de 1971; en Winn, pp. 90-100.

¹⁴⁰ Conversación de Allende con periodistas extranjeros, 17 de marzo de 1971; en *El Siglo*, 20 de marzo de 1971.

abriría el camino para la transición al socialismo a través de una democrática vía chilena que, por su originalidad, también merecía figurar en la historia. Era el "camino pluralista, anticipado por los clásicos marxistas, pero nunca antes realizado". Chile sería "la primera nación sobre la Tierra llamada a forjar un nuevo modelo de transición a una sociedad socialista construida de acuerdo a un proyecto democrático, pluralista y libertario".¹⁴¹

Al cumplir esas metas grandiosas —completar el proceso de liberación del país y transitar hacia el socialismo por un nuevo camino—, Allende satisfaría los mayores objetivos de su liderazgo revolucionario y también la motivación inconsciente y básica de su búsqueda del poder: ocupar un lugar en la posteridad junto a los presidentes más grandes de Chile, los mismos a quienes él habría superado, triunfando en lo que ellos no habían podido cumplir.

En la heroica lucha de Allende por alcanzar su fin último —para el cual la presidencia era un instrumento (un medio, no un fin)— las masas eran sus aliados necesarios e inevitables. Desde este punto de vista, su preocupación por ellas podría verse como funcional a la obtención de sus propios fines trascendentes. El pueblo debía ayudarlo comprometándose con la realización de la independencia económica y transformándose a sí mismos en los "hombres nuevos" que requería la futura sociedad socialista. Al cumplir los objetivos de su líder y su objetivo central, las masas, a su vez, serían gratificadas con un nuevo sentido de trascendencia, e "irían más allá" de su historia de frustraciones.

La fortaleza de Allende como líder en busca de cambios profundos consistió en identificar y despertar en el pueblo su profunda necesidad de trascendencia —que era, a la vez, la suya propia. Entre el líder y la masa operó un inconsciente intercambio de mutuas incitaciones a la emulación y exaltación que resultó en el paso de los seguidores a líderes (al actuar en su propio proceso liberador) y en la transformación de Allende, el líder, en una especie de fermento moral.

¹⁴¹ "La vía chilena al socialismo", Primer Mensaje Anual al Congreso, Santiago, 21 de mayo de 1971, en Winn, p. 138.

La necesidad de trascendencia de las masas era también histórica. Estaba ligada a la autoafirmación y expresión, en el "aquí y ahora", de su identidad dentro de una nación en la que se veían a sí mismas como sin rostro, abandonadas y excluidas. "Hasta Allende no éramos ni siquiera una estadística"¹⁴² decía la gente, anhelando un sentido de honra verdadera y de humanidad que sentían les había faltado a lo largo de la historia de Chile.¹⁴³ La creciente conciencia política del pueblo y el alza de expectativas producida en los gobiernos anteriores habían llenado de esperanzas a las masas y las habían hecho también beligerantes, debido a las pasadas frustraciones.¹⁴⁴ La llegada de Allende al gobierno trajo a esa gente "despierta" y expectante un nuevo sentido acerca de sí misma; en su gobierno "el pueblo perdió la costumbre de aceptar la invisibilidad".¹⁴⁵

La dramática necesidad de las masas de ganar un nuevo sentido de identidad y hacer historia debe ser comprendida en el contexto de las agudas divisiones existentes en el Chile de comienzos de los años 70s, y en el modo en que las distintas clases y grupos sociales se percibían entre sí. Estos modos de comprenderse no eran constructos mentales recientes: habían sido formados en la época colonial y consolidados por los políticos liberales hacia la mitad del siglo XIX. Sobre estas percepciones se había alcanzado una especie de "acuerdo social", en cuya virtud la oligarquía chilena se había convertido en la condescendiente patrona de las masas. Chile no era uno. Había, en los hechos, dos naciones: una rica y otra pobre; una cultivada y moderna, la otra analfabeta y sumida en el atraso.

¹⁴² Entrevista a Felipe Hernández, militante de la Unidad Popular, en Samuel Chavkin, p. 160.

¹⁴³ Hay abundantes testimonios que reflejan esta necesidad. Consultada sobre prioridades, la gente pedía al gobierno veredas y, sólo después, luz eléctrica y agua potable. Este aparentemente distorsionado sentido de las prioridades tenía un profundo significado. Hombres y mujeres decían a los funcionarios oficiales: "Miren, compañeros! Para nosotros es una cuestión de dignidad; no queremos caminar en el barro todos los días", José del Pozo, p. 211.

¹⁴⁴ Una interesante descripción del "talante" de las masas chilenas, en Feinberg, p. 78.

¹⁴⁵ Laurence Burns, "The Demise of a Constitutional Society", en Laurence Burns (ed.) *The End of Chilean Democracy: An IDOC Dossier on the Coup and its Aftermath* (New York: The Seabury Press, 1974).

Los ricos y los sectores medios que se sentían pertenecientes a la nación privilegiada veían a las clases modestas como descuidadas, flojas, borrachas e irresponsables. La palabra "roto" resumía (y aún resume) el juicio de los que se sienten superiores en la escala social. Literalmente, la palabra significa "desgarrado, rasgado". Por extensión, el roto usa andrajos y arrastra tras de sí la pobreza como un fardo de deshonra. "El roto es, por su físico decadente y sus andrajos, un medio para realzar comparativamente la salud y la belleza de los ricos. Un contraste de luz y de sombra", al decir de Joaquín Edwards Bello.¹⁴⁶ En el Chile de los 60s y 70s, el concepto acarreó también una referencia peyorativa a las costumbres e incluso a la apariencia de la gente de inferior condición. Los rotos eran desharrapados y también malolientes, groseros, de piel oscura, sin dientes, de malas costumbres. En la lucha contra estos significados negativos de ser "roto", los ricos obligaban también al pueblo a reinterpretarlos. Así, "roto" dicho por un individuo de clase baja respecto de sí mismo significaba "del pueblo", natural, sencillo; y también rudo, tosco, bebedor y valeroso.¹⁴⁷

Durante el gobierno de Allende, por extensión y yuxtaposición, "roto" se aplicó asimismo a "los upelientos" —juego de palabras conformado por el chilenuismo despectivo peliento y por la sigla perteneciente a la Unidad Popular—, que arroja luces interesantes sobre el fenómeno de "la lucha de clases" que se planteó en el Chile de esos años, que confrontó a "ricos" contra "rotos" y a "fachos" contra "upelientos", en un fenómeno que, connotativamente, cruzó las clases sociales (alta, media y baja), relaciones familiares y societales en general, e introdujo en el tenso tejido social un fatal componente de odiosidad y negación del otro en la convivencia entre los chilenos.¹⁴⁸

¹⁴⁶ Joaquín Edwards Bello, *Crónicas* (Santiago: Zig-Zag, 1964), p. 244.
¹⁴⁷ Feinberg, p. 142.
¹⁴⁸ Por cierto, la fractura entre los grupos mencionados admitió en el período lecturas diversas. De partida, es interesante el análisis del fenómeno a partir del cual la minoría dominante tradicional "fue capaz de arrastrar a la pequeña burguesía hacia una actitud de resistencia contra un gobierno que, tal vez como ningún otro, la favorecía con su política (...) nunca antes los pequeños industriales y comerciantes ganaron

Las actitudes de las clases pobres hacia las superiores eran variadas: envidia, miedo, resentimiento, respeto, menosprecio. Pese a ello, las masas veían a los privilegiados como lo mejor de las dos naciones que formaban Chile, debido a sus prestigiosos nombres de familia, a sus ropas a la moda, a su cultura sofisticada, sus médicos de cabecera, sus colegios pagados, sus playas privadas, sus automóviles, sus viajes a Europa, sus piscinas, los caros y grandes trozos de carne que comían, sus abogados de altos honorarios, sus amigos bien colocados. Poder y riqueza. Para las clases pobres esas cosas estaban más allá de su alcance.¹⁴⁹

En el gobierno de Allende, las dos sociedades —que políticamente eran tres tercios: izquierda, centro y derecha— se dividieron profundamente en dos sectores: los que estaban a favor y los que estaban en contra del régimen. Sus muy politizados componentes vivían en comunidades separadas, mantenían sus propios círculos de relaciones, escuchaban y veían diferentes estaciones de radio y televisión, leían y escuchaban versiones contrapuestas de los mismos acontecimientos y fortalecían su identidad en términos antagónicos y agresivos.¹⁵⁰

El agudo proceso de inversión de estatus provocó agudas tensiones sociales fuertemente incrementadas por las transformaciones económicas y la polarización política. Mientras las clases populares se hacían cada vez más autónomas, asertivas, confiadas en sí mismas y atentas al fortalecimiento de un "poder popular" independiente, las clases medias se alejaban de manera gradual del gobierno, se sentían desplazadas, llenas de desconfianza y a la defensiva. Resentían de mal modo el ascenso de los "rotos". Las clases ricas,

tanto como durante la Unidad Popular". La respuesta hiende el ámbito del reconocimiento de una mayor "conciencia de clase" en el estrato dominante y de su tradicional mayor capacidad de persuasión y cooptación de las clases medias. Otro tema clave alude a los contrarrevolucionarios dentro de las clases populares. Ver Gumucio, pp. 206-208.

¹⁴⁹ Feinberg, p. 137.

¹⁵⁰ *The New York Times*, 5 de septiembre de 1973.

en tanto, que nunca habían aceptado al gobierno, acentuaban su tradicional desprecio hacia el pueblo.

Las reacciones a este proceso de reversión tomaron principalmente forma de ridiculización y burlas. La supuesta incompetencia de ministros o funcionarios de origen popular y las actitudes de *nouveaux riches* de algunos miembros de la Unidad Popular dieron origen a amargas bromas. Incontables chistes ilustraban este talante de comportamiento social. Era común escuchar: "Con Alessandri gobernaban los caballeros, bajo Frei los síuticos y ahora con Allende gobiernan los rotos". En las mentes de la gente que no soportaba al gobierno, estas bromas operaban como mecanismos de negación. Y es que el fenómeno de reversión social, profundamente desestabilizante, generó miedo y odio.¹⁵¹ Durante un breve momento pareció materializarse la fantasía del orden social dislocado,¹⁵² el "mundo puesto de cabeza", una fantasía acariciada por los pobres y temida por los ricos.

Era claro que los trabajadores estaban empezando a adquirir un nuevo sentido de su identidad. Analizando el paro de octubre de 1972, *The Washington Post* informaba: "La reciente crisis política en Chile ha invertido los tradicionales roles de protesta: mientras la clase media va a la huelga, los obreros desafiante trabajan largas horas". Además, la crisis había despertado la iniciativa en las masas de trabajadores chilenos, que parecían estar actuando más por sí mismos que en respuesta a las órdenes de los partidos de izquierda.¹⁵³ Así, durante el paro de los comerciantes y camioneros, cuando los partidos de oposición llamaron a un día de "protesta silenciosa"

¹⁵¹ Una compilación de los chistes y sátiras aparecidas en los distintos diarios de oposición en Hernán Millas (comp.), *Francotiradores del humor. Combatieron al marxismo con el arma más peligrosa: la risa* (Santiago: Editora Nacional Gabriela Mistral, 1974).

¹⁵² Una de las canciones popularizadas por Quilapayún, grupo musical de marcada tendencia izquierdista, que protagonizó del movimiento de la "nueva canción chilena", fue una vieja canción de la guerra civil española, que decía en uno de los versos: "Cuándo querrá Dios del cielo/que la tortilla se vuelva/que los pobres coman pan/ y los ricos, mierda, mierda".

¹⁵³ Loc. cit. 12 de noviembre de 1972.

—para el 24 de octubre—, en Santiago cuatro mil trabajadores de la construcción replicaron con el ruido ensordecedor de las perforadoras, taladros neumáticos y el trepidar de las máquinas de movimiento de tierra desde las 8 de la mañana hasta las 6.30 de la tarde.¹⁵⁴

Todo evidenciaba la intensa lucha de clases que sacudía al país entonces. A un nivel más profundo, ésta expresaba la aspiración de los estratos populares de trascender su destino histórico; aun a costa de colisionar con las clases privilegiadas que defendían el orden social tradicional. Esta voluntad de trascendencia fue expresada permanentemente por las masas y reforzada por su percepción del gobierno de la UP como "el suyo", el que también debía su atracción simbólica a las propias declaraciones del presidente. Con él, decía Allende a menudo, el pueblo había entrado a La Moneda. Aun más, como líder, declararía que él no representaba a todos los chilenos sino sólo a los partidarios de la Unidad Popular. *The Times* reportó a Allende afirmando: "No soy tan hipócrita como para decir que soy presidente de todos los chilenos, si bien todos ellos merecen respeto según la ley. Yo soy el compañero presidente de la Unidad Popular".¹⁵⁵ Tan infortunada aseveración provocó fuerte malestar en sus opositores y en los chilenos en general, y Allende se vio obligado a dar explicaciones.¹⁵⁶

Cada vez eran menos las barreras existentes entre el presidente y el pueblo. La interacción de Allende con las masas, durante su

¹⁵⁴ *Ibid.*

¹⁵⁵ *The Times*, 16 de febrero de 1971. En versión ligeramente distinta habría dicho: "Sería un hipócrita si dijera que soy presidente de todos los chilenos. Hay algunos que quisieran freírme en aceite. Pero yo respeto a todos los chilenos y al hecho de que las leyes se apliquen a todos los chilenos". También *The Times*, 22 de febrero de 1971.

¹⁵⁶ Mientras declaraba que su deber era "defender la paz, el progreso y los derechos de todos los chilenos", también advertía que no era "el presidente de los traficantes y especuladores, de los mercenarios y los asesinos, de los antipatriotas que se han ido de Chile llevándose su dinero, y que ahora conspiran contra nosotros desde Mendoza, Córdoba y Buenos Aires. De esos estoy lejos de ser su presidente en el sentido político". Ver su discurso en el teatro del Sindicato de Trabajadores del Cobre, Chuquibambura, 21 de febrero de 1971. Ver Wilm, pp. 101-102.

gobierno, fue más estrecha que lo que había sido durante sus incesantes campañas como candidato. Los límites entre la gente común y el gobierno se desdibujaban consistentemente. En su trato con el pueblo, Allende siempre renunció al ejercicio del poder formal, tradicional; su distancia simbólica con ellas se estrechó hasta casi desaparecer. Los periódicos recogían estos sentimientos e impresiones. El pueblo lo vitoreaba y animaba: "Salud, presidente", "¡Bravo, Allende!", "Firme, compañero Allende". El sentimiento que subyacía a las arengas y que latía tras las movilizaciones de masas que observó el período era que Allende era su presidente personal.

La identificación del pueblo con Allende y su gobierno fue reforzada por la aguda división existente en el país. Esto hizo que la gente que apoyaba a la UP actuara crecientemente defensiva y aun agresiva, a pesar de los fracasos del gobierno.¹⁵⁷ "Éste es un gobierno de mierda, pero es mi gobierno", decía un eslogan que apareció en 1973.¹⁵⁸ El pueblo no escatimó nunca el apoyo a su gobierno. En clara reacción a la huelga de los camioneros que provocaba escasez de alimentos ya en los últimos días de la UP, la gente cantaba en las calles: "Este gobierno es mío, me lo quieren quitar (...) aun que me maten de hambre no lo van a lograr".¹⁵⁹

Esta actitud también se reflejó en las encuestas. En 1972, cerca del 56% de las personas creía que Allende tenía el apoyo de la mayoría o de la inmensa mayoría de los chilenos.¹⁶⁰ En 1973, seis meses antes del golpe, el 22,7% de los encuestados creía que había aumentado el apoyo al gobierno,¹⁶¹ pese a la presión de los camioneros, comerciantes, colegios profesionales, y de los partidos de oposición en el paro de octubre de 1972.

Los resultados de las elecciones parlamentarias de marzo de 1973 confirmaron este respaldo. La alianza opositora formada por

¹⁵⁷ Gaitán, p. 122.

¹⁵⁸ Citado en Collier y Sater, p. 351.

¹⁵⁹ Gaitán, p. 122.

¹⁶⁰ Carlos Huneeus, *Los chilenos y la política. Cambio y continuidad durante el autoritarismo* (Santiago: Cere/Ícheh, 1987), p. 89.

¹⁶¹ *Ibid.*, p. 93.

la Democracia Cristiana y el Partido Nacional había anticipado que la Unidad Popular sería derrotada en forma abrumadora. "Una máxima de la política chilena afirma que no hay partido gobernante al que le vaya bien en un período de alta inflación".¹⁶² Sin embargo, las masas continuaron apoyando a Allende a pesar de la inestabilidad, la violencia política, la falta de alimentos, la inflación galopante y un escandaloso mercado negro. "Sabemos que va a ser mucho más duro, pero podemos apretarnos el cinturón"¹⁶³ decía la gente. La UP logró el 44% en las elecciones de marzo y la oposición sólo el 55%, muy lejos del 66% que esperaba. La simbiosis entre el líder y el pueblo aparecía vívida y magnífica en las gigantescas marchas populares por las calles de Santiago que hacían de la Unidad Popular una experiencia única que asombraba a los observadores extranjeros.

A pesar de sus mutuas lealtades, de la creciente cercanía y de la implícita convicción acerca de la legitimidad de sus comunes aspiraciones, conscientes e inconscientes, la dinámica entre el líder y las masas no estuvo exenta de dificultades y desacuerdos, e incluso de alguna abierta rebelión. El fenómeno de las masas asumiendo un rol independiente y desafiando a las autoridades, incluso a las de su propio gobierno, fue claramente advertido. La movilización popular se había incrementado en los últimos años del gobierno democratacristiano y la victoria de Allende sólo intensificó esta tendencia. Desde el comienzo, el presidente tuvo permanentes dificultades para controlar las ocupaciones espontáneas de viviendas y terrenos urbanos y agrícolas. A pesar de sus constantes llamados al pueblo en favor de la disciplina y el autocontrol —una responsabilidad que asumió genuinamente— nunca pudo, sin embargo, evitar una cierta actitud emocional frente a las tomas. Advertía que las miserables condiciones de vida del pueblo y su falta de cultura le impedirían tener paciencia. En una entrevista con el corresponsal

¹⁶² Collier y Sater, p. 351.

¹⁶³ Entrevista a un electricista en el paro de octubre de 1972; en *The Washington Post*, 12 de noviembre 1972.

del *The Washington Post*, Saul Landau, refiriéndose a ocupaciones de tierras realizadas por mapuches, disculpó a éstos aduciendo que tenían un bajo nivel de conciencia cultural. Habían sido degradados, humillados y destruidos a lo largo de generaciones. Tenían hambre. "No podemos pensar que vayan a esperar hasta que la ley permita expropiar las tierras que les fueron robadas desde hace décadas. Cuando las personas tienen hambre no tienen tiempo para razonar."¹⁶⁴

La persuasión no sería suficiente para controlar a las masas ya conscientes de su poder. Ello llevó a que durante todo el gobierno de Allende, las fuerzas sociales impulsoras del cambio no sólo se movieran bajo el estímulo de la acción gubernamental, sino de manera más importante, por su propio impulso —el que se impondría rápidamente al anterior. Una enorme energía había sido liberada y se necesitaban nuevos mecanismos para canalizarla efectivamente.¹⁶⁵ Una compleja estrategia de movilización fue diseñada para cumplir con este objetivo. Se debía ampliar y fortalecer el apoyo político a la Unidad Popular entre las clases modestas, estimulando al pueblo a organizarse en diferentes niveles: Juntas de Abastecimientos y Precios y Comités de Salud. Sin embargo, estos esfuerzos resultaron frustrados. De partida, hubo diferentes percepciones y estrategias respecto de este punto. Algunos miembros de la coalición preferían simplemente reclutar nuevos militantes para fortalecer el apoyo al gobierno. Otros, en tanto, hacían denodados esfuerzos para frenar y canalizar de manera adecuada la movilización popular, pero se veían también obstaculizados por la constante oposición política a las iniciativas del gobierno, si bien éste, por su parte, estaba inhibido por su permanente ambivalencia.¹⁶⁶

¹⁶⁴ Citado en Morris, p. 196.

¹⁶⁵ Según Alain Touraine, las fuerzas populares ganaron gran autonomía en el gobierno de Allende, y la fuerte corriente nacionalista fue desplazada por la fuerza del "poder popular", el que sería brutalmente reprimido y aniquilado después del golpe militar. Ver Touraine, *passim*.

¹⁶⁶ Ver Faundez, pp. 263-277.

Los resultados de estos intentos fallidos por controlar efectivamente a las masas fueron diversos. De partida, la movilización económica del pueblo, que debía concentrarse en la "batalla de la producción", se focalizó, en cambio, en la expansión del consumo. En vez de sentirse motivadas al trabajo, las masas preferían recurrentemente el descanso. El propio presidente Allende denunciaría con insistencia, a lo largo de su gobierno, la pobre disciplina laboral, el ausentismo y la excesiva movilización política durante las horas de trabajo.

Además, ante el fracaso del gobierno por canalizar las energías de las masas emergieron organizaciones de base más radicalizadas que empezaron a actuar de manera independiente. Dentro del campo revolucionario comenzó a advertirse una "tensión entre la revolución desde abajo y la revolución desde arriba", una "pugna entre los trabajadores y los políticos" y una "confrontación entre los dirigentes y las masas y sus diferentes visiones del proceso revolucionario".¹⁶⁷ Un "poder popular" brotaba incesante, como resultado de la propia dinámica de los trabajadores y de las masas, así como también de la prédica de los más radicalizados militantes de la izquierda, dentro y fuera de la Unidad Popular.¹⁶⁸

¹⁶⁷ En su obra *The Weavers of Revolution*, op. cit., *passim*, Peter Winn analiza la emergencia y naturaleza del poder independiente de los trabajadores a través de un estudio de caso. En abril de 1971, los trabajadores ocuparon la Textil Yarur; una "toma" que, conforme al autor, marcó un punto de quiebre en la revolución chilena. Bajo la presión de los trabajadores, Allende se vio obligado a estatizar la fábrica. Ello produjo una ola de tomas de fábricas y la exigencia de su inmediato traspaso al "área social". El caso Yarur gatilló una revolución desde abajo que escapó de control, quebrantó la estrategia económica del presidente, aceleró su programa de cambio estructural y radicalizó el proceso revolucionario. Más aún, después de este acontecimiento, la revolución chilena fue propulsada, prematuramente, a una confrontación decisiva con una iracunda burguesía nacional.

¹⁶⁸ El MAPU fue uno de los partidos que apoyó el surgimiento de un poder popular autónomo. El testimonio de uno de sus activistas de entonces explica su carácter y dinámica: "Algunos lo vieron sólo como un apoyo a las medidas económicas de la Unidad Popular; pero nuestro punto de vista era que debía llevar al control por parte de los trabajadores, y [ser] un antídoto contra la burocracia. Aunque en la práctica no éramos nosotros, los activistas, los que tomábamos las decisiones; eran los trabajadores."

En su mensaje al nuevo Congreso el 21 de mayo 1973, Allende trató de explicar la esencia de las fuerzas que se habían desatado y que estaban escapando a su control. "El dinamismo de un proceso revolucionario libera energías reprimidas, hierre intereses dominantes, genera nuevos fenómenos sociales que pueden ser guiados y que el gobierno se ha esforzado en controlar",¹⁶⁹ declaró. La experiencia en los *cordones industriales*, en los *comandos comunales*¹⁷⁰ y en los diferentes comités populares había animado al pueblo a sentirse con todos los méritos para probar por sí mismos lo que realmente significaba estar en el poder.¹⁷¹ Allende estaba muy consciente de este fenómeno. El 29 de junio, el día del abortado golpe de Estado, se dirigió al pueblo que coreaba consignas como: "Armas para el pueblo" y "poder para el pueblo". La respuesta de Allende no fue, en absoluto, radicalizada. "¡Debemos crear (...) el poder popular! Pero éste no puede ser antagónico o independiente del gobierno, que es la fuerza fundamental y la plataforma para que los trabajadores avancen en el proceso revolucionario".¹⁷²

Muchos trabajadores no lo entendieron así. Para ellos, los trabajadores, los *pobladores*, los campesinos pobres, el significado último de la presidencia de Allende era la licencia para realizar sus aspiraciones y concretar sus sueños. Algunos eran a medias conscientes de

Su nueva conciencia e iniciativas provenían de la experiencia, no de las teorías (...) especialmente [a partir] de la crisis producida por el boicot de los empresarios (en octubre de 1972)"; en Colin Henfrey & Bernardo Sorj (eds.), *Chilean Voices. Actions Describe their Experiences of the Popular Unity Period* (Atlantic Highlands N.Y.: Humanities Press Inc. 1977) pp. 43-44.

¹⁶⁹ "Tercer mensaje al Congreso Pleno. Por la democracia y la revolución, contra la guerra civil", 21 de mayo de 1973; en Salvador Allende, *Obras escogidas. 1908-1973*, p. 535.

¹⁷⁰ Los comandos comunales fueron organizaciones de base constituidas por pobladores, trabajadores y campesinos (el pueblo movilizado), empeñados en la creación de un poder popular como alternativa al camino político.

¹⁷¹ Un análisis de las diferentes expresiones del "poder popular"; en Gabriel Smirnow, *The Revolution Disarmed. Chile 1970-1973* (New York: Monthly Review Press, 1979), pp. 81-99; también Faúndez, pp. 263-277.

¹⁷² Citado en Robinson Rojas Sanford, *The Murder of Allende and the End of the Chilean Way to Socialism* (New York: Harper & Row Publishers, 1976), p. 166.

las implicancias de sus acciones; otros, de manera ciega y guiados por una historia de frustraciones, aceleraron las contradicciones de manera de alcanzar las promesas del socialismo de la mano de una poderosa revolución "desde abajo".¹⁷³

En un nivel inconsciente, las razones para la rebelión y el des-gobierno popular pueden encontrarse, en primer lugar, en la poderosa e irresistible necesidad de las masas chilenas de trascender sus circunstancias históricas; pero también en la ambigua imagen que el líder proyectó sobre sus partidarios. La edad de Salvador Allende, su prolongada actividad como conductor de masas y luchador social, el carácter de sus promesas (pan, techo y abrigo), y su ascendiente moral —que enfatizó deliberadamente en su interacción con las masas mientras fue presidente— proyectaban una imagen paternal sobre éstas; en rigor, la más adecuada para su profundamente emocional interacción con ellas. Pero al mismo tiempo, y contradictoriamente, Allende repudió siempre la autoridad inherente a esta imagen paterna y puso énfasis en la igualdad entre el líder y los conducidos ya que el pueblo, en términos simbólicos, tenía una igual proporción del poder. Muchas fueron las expresiones ritualísticas de este fenómeno: quizá la más significativa fue su preferencia por ser tratado como "compañero". En la práctica, actuaría recurrentemente como un padre indulgente y permisivo con hijos rebeldes tratándolos con excesiva tolerancia.

Esto determinó una interacción imperfecta. Mientras el liderazgo de Allende se negó de manera permanente a ejercer una fuerte autoridad, las masas (en el marco del clásico presidencialismo chileno) sólo habían experimentado antes una autoridad paternalística fuerte. Consecuente, y a falta de un padre que ejerciera con firmeza su poder, a lo largo de esta etapa las masas se alzaron y alborotaron a través del carnaval y la fiesta, cuyos componentes clásicos son la suspensión del trabajo, el despilfarro, el desorden, la inversión de roles, las marchas y manifestaciones callejeras, y la trasgresión.¹⁷⁴

¹⁷³ Winn, p. 142.

¹⁷⁴ Para un análisis de la movilización económica y política de las masas en el gobierno

De acuerdo con las evidencias, el pueblo se vio a sí mismo como “niños que querían acelerar la historia”, desplegando siempre “una actitud voluntarista”.¹⁷⁵ Las masas, entonces, inconscientemente invitaban y aspiraban a una disciplina más fuerte impuesta por una figura paterna severa, capaz de establecer límites. Pero Allende no captó esa muda necesidad.

Firmemente resuelto a crear el socialismo en una nación nuevamente liberada, y a hacer historia con el respaldo popular, Allende calculó mal el nivel de conciencia y sofisticación de las masas. Si bien durante su presidencia predicó incansablemente la ética del “hombre nuevo” y “enseñó” al pueblo cómo debía actuar en su revolución, no advirtió que la mayoría de los chilenos que le seguían no estaban preparados para realizar una utopía como la vía pacífica. Si es cierto que la miseria del pueblo contenía un impulso hacia la autoliberación, la gente no estaba preparada para alcanzarla de modo duradero y transformar a fondo y decisivamente la realidad, ya que ambos objetivos eran en exceso complejos y de vasto alcance.¹⁷⁶

La trascendencia fue efímera. La trascendencia de las masas hacia una nueva identidad histórica como líderes colectivos de un proceso revolucionario sin precedentes fue dramáticamente abortada por el golpe militar que las envió otra vez a la miseria y al anonimato en un estado de duelo interminable. En cuanto a Salvador Allende, fracasaría también en alcanzar la segunda independencia para su país y lograr la transición al socialismo por la vía chilena, objetivos ambos que el golpe militar de 1973 canceló trágicamente. Más aún, al identificarse con las grandes figuras del pasado —O’Higgins, Balmaceda y Aguirre Cerda— Allende no solamente haría suyas las tareas incumplidas por los líderes de 1810, 1891 y 1938, res-

de Salvador Allende en un contexto lúdico, ver Eduardo Valenzuela “La experiencia nacional popular”, en *Proposiciones*, No 20, 1991, pp. 12-33.

¹⁷⁵ José del Pozo, p. 276.

¹⁷⁶ Kenneth Aman y Christian Parker, *Popular Culture in Chile. Resistance and Survival* (Boulder: Westview Press, 1991), p. 15.

pectivamente, sino también reviviría, de manera inconsciente, todas las derrotas de sus predecesores.

Su segunda independencia de Chile, articulada por el mismo como la continuidad de gestas incompletas y enmarcada en una inédita “revolución sin fusiles”, no prosperó. En cuanto al pueblo, una vez más revivió, de manera traumática, la historia de Chile del siglo veinte, sembrada de períodos de altas expectativas para las masas seguidos por lapsos de frustración extrema. En 1932, éstas habían saboreado los doce días de la efímera República Socialista. En 1938, el Frente Popular trajo al pueblo nuevas promesas y expectativas, pero también desesperanza y frustración, sentimientos reproducidos en las otras presidencias radicales. Del mismo modo, el populismo de Ibáñez, en 1952, fracasó dramáticamente en su propósito de satisfacer las necesidades y anhelos de las masas. Y, finalmente, el reformismo de Frei Montalva, en 1964, llevó a la cúspide las expectativas de las masas para dejarlas finalmente a medio camino. La desesperanza había sido siempre “el problema común”, entre los chilenos.¹⁷⁷

El presidente Allende por su lado y sus partidarios por el suyo no podían escapar a su destino. Juntos habían representado una vez más el repetido trauma histórico de grandes esperanzas destrozadas. Inspirado en heroicos fracasos del pasado, Allende, en su fuero interno, sabía quizá que, a veces, el fracaso inspira más que el éxito.

¹⁷⁷ Feinberg, p. 77.

Aquel cuerpo fue enterrado secretamente en un sitio cualquiera. Aquel cadáver (...) marchó a la sepultura acompañado por una sola mujer que llevaba en sí misma todo el dolor del mundo

(Pablo Neruda,
Confieso que he vivido. Memorias)

Allende no fue un dios, fue un hombre; no requiere de orantes en el camino de su Gólgota, pero sí de cultivadores de su fe y de su significación. Allende fue leal con nosotros; nosotros también debemos ser leales con él.

(Humberto Díaz-Casanueva,
“Evocando a Salvador Allende”)

La muerte heroica

A comienzos de la tarde del 11 de septiembre de 1973, cerca de las 14.00 horas, Salvador Allende Gossens murió después de ejercer una compleja presidencia que duró cerca de mil días. Esa mañana había liderado una breve pero heroica resistencia contra una insurrección, comenzada al amanecer, y había soportado el pesado bombardeo a La Moneda.

La noche anterior se había reunido, en su casa de la avenida Tomás Moro, con Carlos Briones (ministro del Interior), Orlando Letelier (ministro de Defensa), Augusto Olivares (director del canal de televisión estatal, Televisión Nacional) y el ciudadano español Joan Garcés, uno de sus consejeros. Todos se sentían moderadamente optimistas. En pocas horas, el presidente se dirigiría al país y reventaría dos importantes iniciativas políticas: el desarrollo de elecciones generales para crear una Asamblea Constituyente que armonizara

las reales aspiraciones de la gente con el régimen constitucional, y un plebiscito para resolver las conflictivas cuestiones económicas que erizaban a la oposición. Quienes estuvieron con él, coinciden en que el presidente se veía tranquilo. La flota de guerra había zarpado de Valparaíso en la “Operación Unitas” con barcos de la marina de los Estados Unidos. De haber un golpe en los próximos días, juzgó, éste no involucraría a todas las Fuerzas Armadas.¹

La reunión fue frecuentemente interrumpida por mensajes desde La Moneda que advertían sobre movilización de tropas. Camiones cargados de soldados se dirigían a la capital desde la ciudad de Los Andes, ubicada cien kilómetros más al norte. Allende intentó varias veces verificar las noticias y pedir explicaciones, siendo tranquilizadoras las respuestas. No ocurría nada anormal. Así, el presidente desechó la información calificándola de “rumores”. “No, no me llame a Pinochet”, dijo al ministro Letelier cuando éste sugirió tomar contacto con el comandante en jefe del Ejército. “No hace falta. Son tantos los rumores... Hace meses que no dormiría si tuviera que atender cada rumor. El 2 de julio, a las cinco de la madrugada me hizo despertar N.N., para darme todo tipo de seguridades de que una unidad blindada se dirigía hacia aquí. Y así todos los días.”² La reunión terminó a las dos de la madrugada, pero aun así, el presidente hizo otra llamada al palacio gubernamental, media hora después, para indicar a los que allí estaban que fueran a descansar.³

Si acaso durmió esa noche, fue sólo por poco tiempo. A las cuatro de la madrugada, el teléfono despertó a Denise Pascal Allende. Su tío, el presidente, estaba al otro lado de la línea pidiéndole tranquilamente que cuidara bien de su madre, su queridísima hermana Laura.⁴ Intuitivamente, Allende presentía que esta vez el golpe venía en serio.

¹ Garcés, p. 369.

² *Ibid.*, p. 372.

³ *Ibid.*, p. 374.

⁴ “Crónica de un día inolvidable. El 11 de los políticos”; en *Los Tiempos*, N° 25, agosto y septiembre de 1989.

Antes de las siete de la mañana se vistió con pantalones y suéter grises y una chaqueta de tweed, mientras escuchaba las noticias. La Armada se había rebelado; había regresado a Valparaíso y capturado la ciudad. Desde los regimientos Guardia Vieja de Los Andes y Yungay de San Felipe, algunas tropas se desplazaban hacia la capital. El presidente se apresuró en dirigirse a La Moneda con miembros de su guardia personal. Llegó allí alrededor de las 7:30 horas. Sus intentos por localizar a los comandantes en jefe del Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea fueron inútiles. Los dos primeros, Augusto Pinochet y Gustavo Leigh, ya estaban en lo que ambos llamaron, eufemísticamente, sus "posiciones de combate", para enfrentar una guerra unilateral. El tercero, el almirante Montero, había sido aislado en su casa en Santiago mientras el almirante José Toribio Merino ocupaba su lugar, en Valparaíso.

A las 7.40 horas, Allende estaba prácticamente seguro de que lo que estaba por enfrentar era una insurrección a gran escala. A las 8:30 horas, en radiodifusión nacional, una junta militar daba un ultimátum. En éste se conminaba al presidente de la República a renunciar y entregar de inmediato su cargo a las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile. La prensa, radio y canales de televisión, que hasta ese día estaban al servicio de los partidos de Unidad Popular, debían suspender inmediatamente sus transmisiones o enfrentar un castigo mediante fuerzas terrestres y aéreas. La población, en tanto, debía quedarse en sus casas "a fin de evitar víctimas inocentes".⁵

La dura incitación confrontó a un presidente absolutamente decidido a permanecer en su cargo y en La Moneda, el centro simbólico del poder. La junta golpista, por su parte, estaba igualmente decidida a tomar el edificio por la fuerza y obligarlo a rendirse. El ataque de las Fuerzas Armadas sobre el palacio presidencial comenzó, primero, de manera esporádica, a las 9.30 horas. El presidente se había dirigido al país por cuarta y última vez a las 9-15 horas a través de Radio Magallanes. Las ráfagas empezaron a hacer blanco en La Moneda, desde donde comenzaron, también, a ser

respondidas. Más tarde, la radio Agricultura, controlada por la oposición, anunció que a las once de la mañana la Fuerza Aérea bombardearía el palacio si Salvador Allende no capitulaba sin condiciones. Conocida la información, y alrededor de esa misma hora, el presidente reunió a su gente en el Salón Toesca. Agradeció a todos por estar allí acompañándolo y arriesgando sus vidas, pero insistió en la necesidad de evitar un inútil derramamiento de sangre. Pidió entonces a quienes no eran imprescindibles para la defensa, "al personal civil", entre ellos funcionarios y algunos de sus colaboradores políticos que también estaban en el palacio, que salieran de La Moneda.⁶ Había solicitado una postergación de media hora del bombardeo programado. Como las mujeres presentes no querían abandonarle, en particular sus hijas Beatriz e Isabel, les dijo, mostrando ante el mundo lo que estaba sucediendo ese día.⁷ Este mismo encargo fue hecho a muchas personas, lo que denota el íntimo anhelo de Allende de lograr que la historia acusara registro de la gesta heroica en la que terminaría ofrendando su vida.⁸

⁶ René Largo Fariás, funcionario del gobierno y presente esa mañana, recuerda la invocación de Allende en estos términos: "Los que no tengan cómo defenderse deben irse (...). Ordeno a las compañeras que abandonen La Moneda. Quiero que se vayan (...). Yo no me voy a rendir, pero no quiero que el de ustedes sea un sacrificio estéril. ¡Ellos tienen la fuerza! Las revoluciones no se hacen con cobardes a la cabeza, por eso me quedo. ¡Los demás deben irse! Yo no voy a renunciar (...). Los hombres que quieran ayudarme a luchar que se queden; los que no tengan armas deben irse", en Jorquera, p. 336.

⁷ Recuerdos de Isabel Allende acerca de la mañana del 11 de septiembre de 1973. Ver "El 'Once' visto desde La Moneda", en *Apsi*, No 152, septiembre de 1984, p. 12.

⁸ De acuerdo con Jorquera, el presidente hizo esta misma solicitud al general José María Sepúlveda, director general de Carabineros de Chile, quien insistió en quedarse en el palacio defendiendo el mandato constitucional de Salvador Allende. Asimismo, la formuló a Joan Garcés, quien fue conminado a retirarse de La Moneda para dar cuenta de la verdad del gobierno de la Unidad Popular. Ver Jorquera, pp. 336 y 340, respectivamente. Garcés recuerda en su libro que Allende le dijo: "por último, alguien tiene que contar lo que aquí ha pasado, y sólo usted puede hacerlo. ¿No es cierto?", en Garcés, p. 397. Sus resúmenes históricos debían ser "símbolos", como dijo a su hija Isabel; ver similares recuerdos de Isabel Allende en Winker, *Salvador Allende cercano*, p. 160; también recuerdos de Frida Modak, jefe de prensa del gobierno, en Drago, p. 179.

⁵ *El Mercurio*, 12 de septiembre de 1973.

Las hijas del presidente habían logrado a duras penas sortear los cercos hostiles que sitiaban La Moneda. Allende exteriorizó sentimientos encontrados frente a ellas. Por un lado, se sentía conmovido y feliz de tenerlas cerca. Por otro, estaba angustiado por su seguridad. No las quería muertas.⁹ Así, Isabel, Beatriz y todas las mujeres presentes en La Moneda esa mañana fueron obligadas a partir.¹⁰ Sólo una, escondida en el palacio, evadió la orden de Allende. Era Miria Contreras (la Payita), la secretaria privada del presidente, la imagen femenina de El Cañaveral (la casa en la cual Allende solía pasar los fines de semana), el último amor en la vida del Chicho. Quería acompañarlo hasta el final.

El presidente habló también a sus tres edecanes —de la Armada, el Ejército y la Fuerza Aérea, quienes intentaron persuadirlo de que renunciara, en tanto era inútil resistir. Allende los desoyó con firmeza y gran dignidad. Más temprano, hacia las 8:15 horas, el comandante Sánchez, su edecán de la Fuerza Aérea, le había ofrecido telefónicamente —en nombre del general de la Fuerza Aérea Bautista van Schowen— un avión para que él y su familia abandonaran el país. Pero el presidente había respondido airado: “¡Dígale al general Von Schowen que el presidente de Chile no arranca en avión! Y que él sepa comportarse como un soldado que yo sabré cumplir como presidente de la República!, ¿entendió bien?”.¹¹ Ahora, los tres edecanes se estrellarían con la misma negativa

presidencial y serían despedidos con la orden de devolverse a sus instituciones. El mismo presidente “dio las órdenes para que la escolta, que guardaba las puertas, permitiera la libre salida de Sergio Badiola, Jorge Grez y Roberto Sánchez. El comandante Sánchez se devolvió para despedirse de los que estábamos ahí y nos dijo que haría algunos intentos más por evitar que las cosas fueran tan graves como se veían”.¹² Todos salieron convencidos de que Allende estaba decidido a defender su mandato hasta la muerte.¹³

En medio de todas estas conversaciones y trajines, Allende “recorría (...) las dependencias de La Moneda manteniendo la confianza, mostrándose tranquilo”.¹⁴ Sabía muy bien lo que debía hacer y ello le produjo, finalmente, una gran calma. Su convicción ya había sido explícita en su dura respuesta al socialista Hernán del Canto quien, un poco antes de las nueve de la mañana, había llamado en nombre de Carlos Altamirano, secretario general del Partido Socialista, a preguntarle cuáles eran sus instrucciones. “Yo sé cuál es mi lugar y lo que tengo que hacer” —respondió Allende con sequedad. “Nunca antes me han pedido mi opinión. ¿Por qué me la piden ahora? Ustedes, que tanto han alardeado, deben saber lo que tienen que hacer. Yo he sabido desde un comienzo cuál era mi deber”.¹⁵ Esta breve frase compendia la difícil relación de tres años del presidente con su partido.

Antes de recoger su todavía mudo fusil Aka, Allende habló por último a su escolta, los miembros del GAP. Les agradeció el estar allí esa mañana, les informó de la situación desesperada en que todos

⁹ Recuerdos de Isabel Allende de la mañana del 11 de septiembre de 1973; en Patricia Verdugo, *Interferencia secreta. 11 de septiembre de 1973* (Santiago: Editorial Sudamericana, 1998), pp. 57-58.

¹⁰ Además de Beatriz e Isabel Allende, las mujeres en La Moneda esa mañana eran: Verónica Ahumada, Frida Modak y Cecilia Torno —todas periodistas. Junto a ellas, estaban la Payita y Carmen, enfermera profesional que integraba el equipo médico de primeros auxilios. Según Jorquera, además estaba Marcia, funcionaria de la subsecretaría del Interior. Ver Jorquera, p. 337.

¹¹ Verdugo, p. 50. Más tarde, el almirante Carvajal repetiría a Allende la oferta del avión para salir del país tras la rendición. Allende, enfurecido, le respondió: “¡Pero ustedes qué se han creído, traidores de mierda! ¡Métanse su avión por el culo! ¡Usted está hablando con el presidente de la República (...)! ¡Y el presidente elegido por el pueblo no se rinde!”, en *ibid.*, p. 59.

¹² Testimonio del doctor Patricio Arroyo, en “El ‘Once’ visto desde La Moneda”; *Api*, N° 152, 1984, p. 11.

¹³ Comandante Roberto Sánchez, entrevista con la autora, Santiago, 14 de agosto de 1996. De acuerdo con el general Augusto Pinochet, en la última entrevista que los edecanes tuvieron con Allende en la mañana del 11 de septiembre en La Moneda, éste les habría manifestado a todos su intención de suicidarse: “Con esta metrallera me defenderé hasta el final, reservando el último tiro para mí y me lo pegaré aquí”, y simultáneamente mostró su paladar; en Pinochet, p. 133.

¹⁴ Testimonio del detective Roberto Ellis; en Patricio Quiroga, *Compañeros. El GAP: la escolta de Allende* (Santiago: Editorial Aguilar, 2001), pp. 176-177.

¹⁵ Garcés, p. 388.

se hallaban, y les dio tiempo para meditar sobre un más que incierto futuro. "Nadie retrocedió." Las palabras fueron escasas. No hubo tiempo ni siquiera para un último abrazo.¹⁶

El presidente y su pequeño grupo de hombres armados estaban listos para resistir. Entre ellos había una veintena de miembros del GAP y dieciocho funcionarios de Investigaciones que habían decidido quedarse en La Moneda para defender al gobierno que estimaban legítimo.¹⁷ El propio presidente se hizo cargo de la conducción de la defensa. Todos sentían temor en medio de lo incierto. Allende, en tanto, ya había vencido el miedo a la muerte. El doctor Patricio Arroyo recuerda que la imagen de Allende, antes del bombardeo, era la de un hombre "que se preparaba para una gran batalla".¹⁸ Conforme a las evidencias, el presidente combatió con gran valentía y decisión en una batalla desigual que, por cierto, tuvo más connotaciones políticas que bélicas. Una de las primeras bajas de la misma fue el periodista Augusto "Perro" Olivares quien, con su suicidio, precedió fielmente a Allende en su tránsito a la muerte, no sin antes causar a aquél una profunda angustia. Fueron muchos años de cercanía afectiva.¹⁹ Amén de valeroso y temerario, Salvador Allende actuó en esa mañana como un comandante preocupado. "El propio presidente llegaba a cada momento a preguntarnos cómo

¹⁶ Testimonio de Juan Osses, en Quiroga, p. 178.

¹⁷ Ver "Así murió Allende", en *Análisis*, junio de 1987, pp. 34-39. Entre algunos de los colaboradores de Allende en La Moneda estaban: el jurista y subsecretario general de gobierno Arsenio Poupin; Augusto Olivares, periodista; Jaime Barrios, economista; Claudio Gimeno, sociólogo, y cuatro médicos: Jorge Klein, psiquiatra; Eduardo "Coco" Paredes; Ricardo Pincheira, del Servicio de Seguridad del Partido Socialista y Enrique París, asesor en cuestiones de educación y ciencia. Asimismo, estaban Enrique Huerta, intendente de Palacio; Carlos Jorquera, periodista; Osvaldo Puccio, secretario privado de Allende y su hijo del mismo nombre; el equipo de médicos de la presidencia: Danilo Bartulín, Arturo Jirón, Patricio Arroyo, Oscar Soto, Patricio Gujón; el abogado Daniel Vergara, subsecretario del Interior; Lautaro Ojeda, subsecretario de Tierras, y el economista Fernando Flores, ministro secretario general de Gobierno. En el Ministerio de Relaciones Exteriores se encontraban los ministros Clodomiro Almeyda, Carlos Briones, Aníbal Palma, José Tóhá y Jaime Tóhá.

¹⁸ En *Informe especial*, Televisión Nacional de Chile, 9 de septiembre de 1993.

¹⁹ Jorquera, p. 342.

estábamos y si teníamos algún herido" —recordaría Juan Osses, un miembro del GAP. "Nunca dejó de estar preocupado por nosotros, eran un aliciente su presencia y sus palabras."²⁰

Cerca del mediodía, aviones de caza Hawker Hunter comen- zaron el terrible bombardeo. Los rockets silbaban al atravesar las paredes y los vidrios. Quince minutos más tarde el palacio estaba en llamas, el gas llenaba el recinto asfixiando a los que estaban dentro y, desde fuera, el general Javier Palacios, encargado de las operaciones terrestres, ordenaba a las tropas que llevaran a cabo el asalto final a la sede del Poder Ejecutivo. Los primeros soldados ingresaron a La Moneda alrededor de las 13:45 horas.

En el interior del palacio presidencial la situación era intolera- ble. Había incendios, humo y gas lacrimógeno. El presidente y sus colaboradores se distribuyeron las escasas máscaras antigás que existían. En estas circunstancias, ya desesperadas, Allende pidió a su gente que saliera y se rindiera. Uno de los varios médicos pre- sentes esa mañana, Patricio Arroyo, recuerda que él comprendió cla- ramente que la rendición "corría para nosotros y no para él. No re- cuerdo si lo dijo o no, pero todos entendimos lo mismo: él no saldría vivo de ahí".²¹ Se improvisó con un delantal médico una bandera blanca; atada a un palo, fue sacada por la puerta de Morandé 80 para garantizar la rendición. Mas, el presidente no estaba en la fila de quienes se aprestaban a salir. Mientras éstos avanzaban, Allende regresó al Salón Independencia y, se disparó en la boca.²² Dos dis- paros desfiguraron completamente su cabeza hasta el punto de hacerla casi irreconocible.²³ Eran casi las dos de la tarde.

²⁰ Quiroga, p. 178.

²¹ Testimonio del doctor Patricio Arroyo, ver "El 'Once' visto desde La Moneda", en *Apsi*, No 152, septiembre de 1984, p. 12. El doctor Jirón recuerda cómo Salvador Allende salvó sus vidas. Sus últimas instrucciones fueron: bajar sin nada en las manos, "que la Payita baje primero. Yo me quedo para el último", en Jorquera, p. 347.

²² González Camus, *El día que murió Allende*, *passim*. También "Así murió Allende", en *Análisis*, 22-29 de junio de 1987, pp. 34-39, y Verdugo, *passim*.

²³ El general Palacios, que entró a La Moneda después del bombardeo, describió al presidente como "pobremente vestido" ese día. Dijo que casi no lo había reconocido

Afuera, en la calle, el estupor y la pena sobrecogieron a los muchos chilenos que asistían al incendio de La Moneda. Al ver las llamas, les invadió la seguridad de que ardía sin remedio el orden constitucional de Chile. "La tragedia [estuvo en] que detrás de esa imagen dantesca estaba muriendo un presidente de la República".²⁴

Allende, un caso ejemplar de "supervivencia política", finalmente optó por el "suicidio político".²⁵ Actualmente, la mayoría de los chilenos acepta —entre ellos su viuda, Hortensia Bussi, sus hijas y sus parientes²⁶— que Salvador Allende no fue muerto por los militares durante el golpe del 11 de septiembre, sino que cometió suicidio. Otros, en cambio, han afirmado, a lo largo de estos años, que no fue así; que fue asesinado.²⁷ Un tercer argumento del doctor

debido a su ropa y por la naturaleza del suicidio que "prácticamente le partió en dos la cabeza"; en Pinochet, p. 144.

²⁴ Recuerdos de Ignacio González Camus; en *Apsi*, N° 458, 1993, p. 11.

²⁵ Ambos términos fueron acuñados por James Dunkerley en su libro *Political Suicide in Latin America and Other Essays* (Londres: Verso, 1992). El primer concepto gira alrededor de la habilidad o maestría de algunos políticos en "el manejo de la política con la eficiencia necesaria como para asegurar la reproducción del poder" (p.ix); a lo que se agrega la habilidad para permanecer políticamente vivo durante largos períodos de desarrollo político. El segundo, a la inversa, trata sobre las motivaciones y efectos del suicidio de líderes políticos en esa arena, en especial cuando sus muertes han sido influidas por sucesos por los cuales se sienten directamente responsables; ver pp. 7-47.

²⁶ Inmediatamente después del golpe, Hortensia Bussi dijo que su esposo se había suicidado "con una metralleta que le regaló su amigo Fidel Castro"; en *The Times* y *The New York Times*, 17 de septiembre de 1973; *Newsweek*, 24 de septiembre de 1973. Sólo más tarde, cuando llegó a su exilio mexicano, cambió esta versión, diciendo que su esposo había sido asesinado, lo que fue ratificado por su hija Isabel en una entrevista en París, en octubre de 1973. Estas contradicciones fueron atribuidas a la confusa información y a las diversas especulaciones que ambas recibieron en esos momentos sobre la muerte del presidente.

²⁷ Entre los argumentos más conocidos contra el suicidio del presidente Allende, se encuentran aquellos del capítulo 1, "The Artful Staging of a Suicide", del libro de Robinson Rojas Sanford, *The Murder of Allende*; también aquellos mencionados en los discursos de Fidel Castro y Beatriz Allende en La Habana, en *The Highest Example of Heroism*, y del novelista Gabriel García Márquez en su artículo "The Death of Salvador Allende", en el número de marzo de 1974 de *Harpers*. También está la versión que apareció en septiembre de 1973, en la revista colombiana *Cronos*, con la información suministrada por Miria Contreras, según la cual un militar, el capitán

Óscar Soto, cardiólogo de Allende, que estuvo con él en La Moneda, refleja —hasta cierto punto— un posición intermedia con la que concuerdan algunos: "Qué importa si el presidente apuntó hacia él su arma o si fue ametrallado por algún oficial. Lo asesinaron, de todos modos. Que [los militares] hayan atacado con tanques, con aviones; que hayan tomado La Moneda a sangre y fuego revela las intenciones de los golpistas. Allende, vivo era un problema. Y ellos lo sabían".²⁸

Para muchos, en síntesis, su muerte es todavía un problema irresuelto, más allá de las evidencias. En cuanto a estas últimas, en la actualidad son ya conocidos el Acta de Análisis del Laboratorio de Policía Técnica de la Dirección General de Investigaciones, y el Informe de Autopsia emitido por el Instituto Médico Legal, ambos de fecha 11 de septiembre de 1973; en los dos la versión del suicidio alcanza plena consistencia.²⁹

¿Por qué el suicidio? La elección deliberada de la muerte por parte de Salvador Allende permite diferentes interpretaciones. Una motivación política consciente subyació, sin duda, a su decisión. Durante la fatídica mañana de aquel 11 de septiembre, Allende actuó en su doble rol de presidente de la República y de líder del movimiento popular, y su decisión de morir estuvo inextricablemente unida a ambos. Como presidente, intentó de manera infructuosa

Roberto Garrido, mató al presidente Allende; Taylor Branch y Eugene Propper, en su libro *Labyrinth* (New York: The Viking Press, 1982), recogen una versión similar, según la cual el teniente René Riveros mató al presidente herido. Laurence Birns, en *The End of Chilean Democracy*, incluye un relato (lleno de inexactitudes) hecho por un tal Luis Renato González, que también había del asesinato de Allende. Sin embargo, actualmente, la versión más aceptada entre sus familiares, amigos e investigadores es la del suicidio; ésta se apoya en el testimonio del médico Patricio Guijón, que estaba con el presidente Allende en La Moneda, lo vio suicidarse y fue el primero en examinarlo. Ver *Eralla*, N° 2005, enero de 1974; también la entrevista de Mary Zajer al doctor Patricio Guijón, en "Cómo murió Allende", *Cauce*, N° 24, septiembre de 1984. Ver también la versión oficial de la muerte de Allende en "Informe Comisión Verdad y Reconciliación", capítulo 1; en *La Época*, 7 de marzo de 1991.

²⁸ Recuerdos del doctor Óscar Soto Guzmán, "Con Allende en La Moneda"; ver Witker, *Salvador Allende cercano*, p. 187.

²⁹ Ver ambos documentos en Mónica González, pp. 489-498.

movilizar los recursos institucionales del Estado que, para entonces, ya estaban por completo fuera de su control. Sin medios disponibles, asumió, finalmente, lo que consideró su responsabilidad última: defender su gobierno constitucional en La Moneda, centro simbólico del poder.³⁰ Ello, en concordancia con su compromiso en el "Discurso de la Victoria" del 4 de septiembre de 1970. Esa noche, ante su "conciencia y ante el pueblo —actor fundamental de esta victoria—" había prometido "ser auténticamente leal en la gran tarea común y colectiva", en su papel de "Compañero presidente".³¹

Allende había honrado profundamente la dignidad del cargo de presidente durante esos tres años conflictivos, y era consciente del significativo poder simbólico que aquel poseía. Mientras fue presidente, encarnó a cabalidad la investidura correspondiente reflejándola, incluso, en detalles triviales. Consciente de que no era un hombre muy alto, demoró su primera conferencia de prensa, en noviembre de 1970, porque insistió en que le pusieran un cojín en el sillón para poder quedar sobre los micrófonos.³² Mientras estuvo en el cargo, también tendió a acentuar sus actitudes naturalmente cor-teses y solemnes con una innata arrogancia y un sentido engrandecido de dignidad personal; solía pavonearse —según el corresponsal de *The Washington Post*— "como un orgulloso zaguero (de fútbol norteamericano) cuando se desplazaba entre la multitud".³³

³⁰ Allende no dudaba de que el palacio presidencial sería su última línea de defensa si se llevaba a cabo un golpe militar. Estaba "absolutamente decidido, obsecadamente decidido" a resistir allí, a pesar de las múltiples sugerencias de buscar un "lugar alternativo a La Moneda para poder dirigir la defensa del proceso". Recuerdos de Carlos Altamirano; en Poltzer, p. 48. Sin embargo, Gloria Gaitán dijo que por un momento Allende consideró la idea de resistir al golpe en la comuna de San Miguel (un distrito socialista), siempre que parte de las Fuerzas Armadas permanecieran leales a él, p. 97.

³¹ Salvador Allende, "Discurso de la victoria", en *Obras escogidas. 1970-1973*, p. 57.

³² *The Washington Post*, 12 de septiembre de 1973. Para su discurso ante las Naciones Unidas, Allende insistió en que Humberto Díaz-Casánueva, el embajador de Chile ante ese organismo, le buscara una silla alta. Finalmente, se dirigió a la audiencia municipal desde un taburete de bar muy bien escondido detrás del enorme podio de mármol. Ver recuerdos de Díaz-Casánueva acerca de este suceso; en *Apsi*, No 359, septiembre de 1990, pp. 13-14.

³³ *The Washington Post*, 12 de septiembre de 1973.

La mañana del 11 de septiembre de 1973, impulsado por un heroico sentido del deber, Allende sintió que el país y la nación chilena descansaban sobre sus hombros. Su dignidad presidencial y la conducta apropiada a ese cargo estaban en juego. "Estar aquí, en La Moneda, tiene un significado político muy claro" —replicó a aquellos que, repetidamente, lo urgían a que escapara y salvara su vida. El presidente de Chile, insistió de manera terminante, no podía terminar "huyendo como una rata, muerto en una calle o vejado como un cobarde".³⁴ De acuerdo con sus acompañantes en esa mañana, estaba dispuesto a defender su gobierno hasta la muerte. Se le veía seguro, pero compuesto, con pleno control de los hechos. Entre sus emociones no dominaba el miedo, sino una profunda decepción, que se veía igualada por una firme actitud —algunos de sus compañeros la llamaron terquedad— y una furia contenida en contra de "los traidores" que lo habían engañado. Un legítimo presidente chileno no podía comportarse en forma deshonrosa ni podía rendirse ante la sedición y la traición. El deber presidencial —como Salvador Allende lo comprendía— no era meramente defender la dignidad y prerrogativas de su cargo, sino hacerlo hasta el final: "El jamás le entregaría el poder que el pueblo le había conferido constitucionalmente a los traidores, a los insurrectos".³⁵

Si Allende había intentado ejercer un liderazgo transformador y revolucionario mientras estaba en el poder, su compromiso con la causa del pueblo le exigía ahora un acto supremo que él concibió en términos exclusivamente políticos. "Quiero que me comprendan", dijo a ciertos colaboradores durante una cena en su casa de Tomás Moro, un mes antes del golpe. "No es (...) que yo tenga vocación de mártir o pasta de apóstol, sino que entiendo perfectamente

³⁴ Recuerdos del doctor Soto sobre la respuesta de Allende cuando algunos de sus colaboradores le aconsejaron que abandonara el palacio presidencial; en Witker, *Salvador Allende cercano*, p. 186.

³⁵ Carlos Altamirano recuerda incontables ocasiones en que Allende le respondió de esta manera; en Poltzer, p. 48.

cuál es mi obligación con el movimiento popular y, además, con el cargo que desempeño (...) [por eso,] no me veo en el exilio golpeando puertas, pidiendo ayuda para algo que no supe defender o que no estuve dispuesto a defender hasta las últimas consecuencias.³⁶

Mirado desde otra perspectiva, su última decisión era la única posible: la muerte heroica en el centro de un escenario fuertemente dramatizado donde santos luchaban contra demonios y héroes contra villanos en el medio de un conflicto revolucionario.³⁷ Así, si bien durante su presidencia Allende se sintió a veces abrumado por todos los problemas que tenía³⁸ y se rindió, eventualmente, ante una íntima desesperanza, su decisión última no fue fruto de la depresión o el desaliento, sino de la firme creencia de que, sin importar cuanto amara la vida —“Soy un hombre que ha sabido disfrutar de ella”³⁹— había valores superiores por los que valía la pena sacrificarse. La doctrina y el propósito se endurecieron en el crisol. El suicidio se convirtió en una decisión política, en el marco de un liderazgo revolucionario creado por deseos y necesidades compartidas y por aspiraciones superiores; el que, tras la muerte del líder, transitaría paulatinamente hacia un liderazgo de naturaleza simbólica.

Sin duda, también la muerte heroica aportó a la humana necesidad de Allende de engrandecimiento y vanidad. En su momento, sus oponentes interpretaron su suicidio, exclusivamente, como un reflejo de su ambición por formar parte de la historia. Mario

³⁶ Ver recuerdos del ministro Aníbal Palma acerca de este episodio; en González Camus, p. 404. Frida Modack, una connotada periodista, recuerda que Allende había enfatizado claramente el significado político de su decisión de resistir el golpe. La batalla de La Moneda fue sólo el comienzo de la resistencia. Tito Drago, p. 179.

³⁷ Burns analiza el martirio del líder (que puede o no ocurrir en el contexto de un liderazgo revolucionario) como la demostración final de su compromiso y su dedicación a su causa. En esta situación, la dinámica del liderazgo está impregnada de un poderoso sentido de misión, de valores finales y de un propósito trascendente; ver p. 203.

³⁸ Ministro Carlos Briones en una entrevista después del golpe; en *The Times*, 6 de noviembre de 1973.

³⁹ González Camus, p. 404.

Arnello, diputado del Partido Nacional, estaba “seguro de que Allende intentaría lograr el éxito revolucionario para su gobierno, por cualquier medio. Si esto no le resultaba, intentaría un gran fin. Nunca pensé que Allende, a pesar de su frívolo estilo de vida, accedería a una salida que no fuera dramática. Su ambición de tener un papel histórico era demasiado fuerte”. Según Arnello, el mismo Allende le habría dicho que esa era su vocación y que “todo lo que he hecho y continúe haciendo es para poder llevarla a cabo”. El senador Patricio Aylwin expresó, en tanto, una opinión similar; creía que el suicidio de Allende podía explicarse por el egotismo en que el presidente había caído en esos tres años de gobierno.⁴⁰ Con todo, si bien ambos políticos captaron esta motivación, no consideraron el haz de motivos trascendentes que subyacieron a la muerte de Salvador Allende.

Ésta tuvo también una base histórica, vinculada al recuerdo latente en Allende, del presidente Pedro Aguirre Cerda, cuya acción había sido igualmente digna ante al intento de golpe contra su gobierno liderado por el general Ariosto Herrera, en 1939. Según se vio, aquél había estado más que dispuesto a morir heroicamente en el ejercicio de su mandato constitucional. En un discurso de homenaje a la experiencia del Frente Popular, realizado en noviembre de 1963 (diez años antes de su muerte en aquel 11 de septiembre de 1973), Allende había recordado el “arriostazo” y alabado la actitud del presidente:

Ariosto Herrera, general de Chile, olvidando su juramento de lealtad a la Constitución y a las leyes de la Patria, sacó las tropas a la calle y quiso derrocar al legítimo presidente elegido por el pueblo. Yo conocí muy de cerca la reacción de don Pedro. En la mañana, al ser despertado, fue advertido por sus edecanes en el sentido de que las tropas marchaban contra el Palacio de La Moneda (...) Don Pedro, serenamente manifestó a sus edecanes:

⁴⁰ Ver Varas y Vergara, p. 117.

“Ustedes pueden y deben retirarse. Yo me quedaré aquí para que sepa Chile cómo muere un presidente constitucional cuando el Ejército olvida el cumplimiento de las leyes”. Los tres oficiales, el edecán civil, ante esa lección tan parca, espantada de responsabilidad, contestaron: “No, presidente. Estaremos con usted”. Y pocas horas después Santiago entero estaba convulsionado. Salieron los obreros de la Municipalidad. Yo llegué hasta la Maestranza de San Bernardo y volví con los trabajadores apretujados en carros y junto con densas multitudes de hombres y mujeres, sin armas, con el arma de su convicción, con la tremenda arma moral de su fe, rodearon los cuarteles. Eran cincuenta, cien mil personas y La Moneda era un enjambre de chilenos y el general faccioso y los heroicos soldados rebeldes, sin disparar un solo tiro, se rindieron a un pueblo sin armas, pero con un arma que vale más que las armas: el respeto a la convicción ciudadana; a la voluntad popular; el respeto al presidente elegido por ellos mismos; el respeto a Chile y sus tradiciones.⁴¹

Todavía con profundos recuerdos de ese episodio pasado, que había vivido como ministro de Salubridad, Allende no sólo esperaba reproducir la honorable reacción de Aguirre Cerda frente al intento golpista, sino también esperaba un resultado similar, esto es, que el golpe fuera de alguna forma conjurado.

La resuelta decisión de Allende de defender con su vida el mandato constitucional apareció en todos sus discursos como presidente. Pero el morir en funciones tuvo perspectivas cambiantes. Desde antes de ser gobierno, percibió la amenaza de ser asesinado y tenía desde luego presente la muerte del general Schneider. Diversos sucesos además motivaron esta percepción. Según Puccio, su secretario privado, hubo un atentado contra Salvador Allende,

⁴¹ Ver *Clarín*, 3 de noviembre de 1963. En su libro *Allende y la experiencia chilena*, Garcés también establece la analogía entre lo que ocurrió el 11 de septiembre y el “arrostazo” en contra de don Pedro Aguirre Cerda que Salvador Allende gustaba recordar; ver p. 381.

entonces candidato, durante la campaña presidencial de 1970. Después del triunfo, la tensa situación política aumentó el temor de que fuera asesinado, en especial después del atentado al entonces comandante en jefe del Ejército.⁴² Había fundada preocupación. Como se conoció después, la estrategia articulada desde los FE.UU. y definida como Track II, se proponía impedir, a toda costa, la asunción de Allende al poder.⁴³ Osvaldo Puccio recuerda que la preocupación por la vida de Allende instó a su equipo de seguridad a trasladarlo cada noche de lugar y a decidirse por una residencia más grande y más protegida para el presidente.⁴⁴ El temor de un probable asesinato también se reflejó en algunos de sus discursos. “Defenderé esta revolución chilena”—aseguró Allende en su discurso de despedida al primer ministro cubano, Fidel Castro, en el Estadio Nacional de Chile, el 4 de diciembre de 1971. “No tengo otra alternativa, sólo atribillándome a balazos podrán impedir la voluntad que es hacer cumplir el programa del pueblo”.⁴⁵

Durante los dos primeros años de su gobierno, Allende rechazó repetidamente el suicidio como una alternativa al fracaso político, así como el ejemplo de Balmaceda. El 8 de enero de 1972, en su discurso tras la acusación constitucional al ministro del Interior José Tohá, planteó:

⁴² Conforme al testimonio de Miria Contreras, “el impacto que provocó el asesinato del comandante en jefe del Ejército fue determinante en el espíritu de Salvador Allende quien, privada y públicamente, afirmó que las balas que habían cegado la vida del soldado estaban destinadas a él (...) aquellos proyectiles eran el inicio de una cadena que por lógica conspirativa debía culminar con su propia eliminación para despejar el problema del poder político”; en Quiroga, p. 53. Ver también pp. 52-59.

⁴³ Armando Uribe y Cristián Opaso, *Intervención norteamericana en Chile. [Dos textos clave]* (Santiago: Editorial Sudamericana, 2001), *passim*.

⁴⁴ Ver Puccio, pp. 211-217, 241, 246, 257, 265. Acusaciones de un complot para matar al presidente electo también aparecieron en *El Siglo*, 11 de septiembre de 1970. Incluso, se decía que Allende tenía pruebas de la conspiración y que había depositado una lista de nombres ante un notario de Santiago, para hacerse pública si algo le ocurría; *The Times*, 14 de septiembre de 1970; *P.E.C.*, 17 de septiembre de 1970, p. 3. El 19 de octubre de 1970, Arturo Marshall, un mayor del Ejército, fue arrestado por la policía por sospechas de planear asesinar a Allende el día anterior al voto en el Congreso Pleno; en *The Times*, 23 de octubre de 1970.

⁴⁵ Salvador Allende, *Su pensamiento político*, p. 289.

Balmaceda, acorralado y perseguido por los grupos oligárquicos, vio al país sumergido en una lucha fratricida, y puso fin a su existencia legando a los chilenos un ejemplo profundo y hondo de sentido nacional y de responsabilidad. Recogemos esa herencia, pero decimos que los tiempos han cambiado (...) No se va a repetir lo de ayer. No habrá aquí una guerra fratricida, porque la vamos a impedir, y no habrá un presidente que tendrá que suicidarse porque no lo hará.⁴⁶

Sin embargo, durante su último año y especialmente después del primer intento de golpe del 29 de junio —el día del “tanquetazo”— las fantasías de muerte se convirtieron en obsesión y la idea de morir asesinado cedió lugar a la del suicidio como opción final. Ello estuvo asociado a la creciente identificación de Allende con Balmaceda. La prensa antagonista al gobierno alimentó esta idea. El 7 de septiembre de 1973, apenas cuatro días antes del golpe, el diario *Tribuna* publicó un falso análisis astrológico dedicado a “un ciudadano nacido en Valparaíso, el 26 de junio de 1908, a las dos de la mañana”. Allende, que no era mencionado directamente, era acusado de “ambición”, “sed de poder”, “desórdenes psíquicos de naturaleza demoníaca” y de inclinaciones sexuales desviadas. No tenía más camino que el suicidio. Complementariamente, la revista *Sepa* de la semana del 7 al 13 de septiembre de 1973, en su artículo “La trágica comparación de Allende. ¿Será capaz de imitar a Balmaceda?” se preguntaba si Allende tendría la voluntad serena para seguir el ejemplo del presidente mártir hasta el amargo final.⁴⁷

Esta paulatina obsesión con la idea del suicidio arroja luces, asimismo, sobre uno de los enigmas planteados por la muerte de Salvador Allende, el de que —conforme a los testimonios— en esa

⁴⁶ Ver “Discurso sobre la acusación constitucional contra el ministro del Interior José Tohá”, en Salvador Allende, *Obras escogidas 1908-1973*, pp. 389-390.

⁴⁷ *Ibid.*

última mañana, él parecía estar actuando un episodio ya vivido antes —o que había ensayado muchas veces con anterioridad.⁴⁸

Durante el ocaso de su gobierno, la expresión de ideas morbosas y fantasías de muerte fueron recurrentes. Su familia,⁴⁹ amigos⁵⁰ y compañeros recuerdan este dato.⁵¹ Repetía una y otra vez que no sobreviviría a un ataque contra su gobierno y que saldría muerto de La Moneda.⁵² En los últimos meses de su vida, la identificación con el presidente Balmaceda adquirió una importancia particular, en dos aspectos. Uno era el tema de la guerra civil que

⁴⁸ Esto es muy evidente en su último discurso, que pareció ensayado muchas veces antes. Según sus colaboradores, que lo rodeaban en un semicírculo mientras el programa era transmitido a través de Radio Magallanes, Allende no tenía guión alguno. Habló espontáneamente, como lo sentía. Después de oír esas palabras todos supieron que el presidente no saldría vivo de La Moneda. En *Informe especial*, Televisión Nacional de Chile, 9 de septiembre de 1993.

⁴⁹ Hortensia Bussi recuerda las muchas ocasiones en que su esposo dijo que lo sacarían de La Moneda en un “píjama de madera”. Agregó que la noche del 10 de septiembre, cuando se probaba una chaqueta nueva que ella le había traído de México y que le quedaba perfectamente, él había dicho: “Veremos si ellos [sus enemigos] me dejan usarla”; ver Witter, *Salvador Allende cercano*, p. 266; también citado en Chavkin, *Storm over Chile*, p. 121.

⁵⁰ Carlos Altamirano, dirigente socialista y amigo de Allende, recuerda que, en su último mes, el presidente repetía obsesivamente que moriría en La Moneda. Altamirano consideraba que la actitud de Allende era negativa y que solía decirle que no podía darle esperanzas a la gente mientras pensaba que lo iban a sacar del palacio presidencial con “los pies para adelante”. En retrospectiva y tomando en cuenta el suicidio en La Habana de la hija, Beatriz Allende, y de Laura, la hermana de Salvador Allende, que sufría de un cáncer terminal, Altamirano no descartó un patrón de suicidio en la familia Allende. Carlos Altamirano, entrevista con la autora, Santiago, 15 de noviembre de 1995.

⁵¹ Según Gloria Gaitán, durante los meses de abril y mayo de 1973, el tema del asesinato fue recurrente. Siempre estuvo presente en las conversaciones que sostuvo con Allende. “¿Te vestirás de negro cuando me maten?” En ese entonces llevaba una pitola. Temía que la oposición —que no había logrado los dos tercios del Congreso en la elección de marzo de 1973— y en particular la derecha, intentara matarlo. Frecuentemente deslizará en la conversación frases como: “No estaré vivo para verlo”. En otra ocasión, Allende le dijo: “Si insisto en ver a mis amigos es porque soy un hombre a quien se le está acabando el tiempo (...) dos horas de vida, una semana, tal vez un mes, quién sabe si seis meses”; en Gaitán, pp. 45-47 y 123.

⁵² *Ibid.*, p. 97; también mi entrevista con Carlos Altamirano, Santiago, 15 de noviembre de 1995.

había afligido a Balmaceda—una posibilidad que angustió a Allende durante todo su gobierno, en especial durante el último año—y que estaba decidido a evitar, aunque estaba ingenuamente convencido (al igual que Balmaceda) de que sus fuerzas triunfarían. El otro aspecto fue la decisión final de una muerte por suicidio. Según la historiadora María Eugenia Horwitz, dos semanas antes del golpe el presidente Allende le pidió al historiador Hernán Ramírez Necochea que le enviara una edición facsimilar del testamento político del presidente José Manuel Balmaceda. Cuando Allende le agradeció al historiador por el documento, le escribió que “ese hombre [Balmaceda] fue un hombre de verdad”. Ambos, Horwitz y Ramírez Necochea, tuvieron la impresión de que Allende estaba preparando su muerte.⁵³

Su decisión de morir estuvo asimismo ligada a su papel de líder popular. Si como presidente de Chile Allende debía defender su mandato hasta el final, como líder popular buscó también imprimir su personalidad y estilo sobre los acontecimientos. Asumiría sus responsabilidades como guía y vocero principal del movimiento popular, enfatizando el valor simbólico de su acción en el marco del destino presente y futuro del proceso revolucionario.

Allende no corrió a la muerte. Amaba extraordinariamente la vida. Pero, cuando fue obligado a elegir entre sus principios y un trato, “subirse a un avión e irse”, no vaciló. La huida “no tenía cabida en el concepto de honor que tenía ni en su concepto de la dignidad o en sus ideas de cómo debía actuar un personaje histórico”.⁵⁴ Y su código de honor, profundamente arraigado, incluía un concepto un tanto anticuado y aristocrático de su defensa. Una

⁵³ María Eugenia Horwitz, entrevista con la autora, grabación en cinta, Santiago, 19 de abril de 1996. Horwitz, académica universitaria (profesora de historia) en el momento del golpe, era militante comunista y esposa del psiquiatra Enrique París (consejero de Allende). Horwitz aseveró que Miria Contreras, secretaria y amiga íntima de Allende, también sabía que él había elegido suicidarse.

⁵⁴ Carlos Altamirano, entrevista con la autora, Santiago, 15 de noviembre de 1995. Carlos Altamirano expresó pensamientos similares sobre la muerte de Allende; en Politzer, p. 52.

actitud heroica—según los aceptados cánones caballerescos—con un manifiesto sentido del honor, del deber, del orgullo y la dignidad, así como valores dirigidos a orientar su conducta política y personal, lo llevaron a desplegar la actitud resuelta y serena que exhibió la mañana de su muerte y que recuerdan quienes estuvieron con él en La Moneda.⁵⁵ Durante aquel trunco día 11 habló de “comportarse como un soldado” y “de saber morir honorablemente”.⁵⁶ Por fin experimentaría el ardor de la batalla, como sus antepasados. Y, afecto como era a veces al despliegue histriónico, toda esa mañana se vio representando un acto grandioso en un escenario histórico. Con ropa informal, un casco y la metralleta que Fidel Castro le regalara, su última fotografía reflejó esa decidida postura.

Este apego al ideal heroico y a una actitud de soldado (la característica heredada de su familia), junto con su compromiso de defender la revolución chilena, explican también su valerosa y agresiva actitud durante sus últimas horas; una actitud que Carlos Briones, su amigo de toda la vida y último ministro del Interior, no logró comprender a cabalidad. Éste quedó perplejo cuando vio a Allende transformado en un combatiente con casco y metralleta, que repelía con furia a sus atacantes, como si estuviera “en otro plano”. Este Allende era muy diferente al hombre a quien había conocido durante veinticinco años y con quien había estado hablando la noche anterior:⁵⁷ afable, civilizado, un gran orador y exponente de soluciones políticas. Nunca sospechó la existencia de ese otro lado de Allende que sólo podía describir como “irracional” y que hacía imposible hablar con él y encontrar un terreno de acuerdo. Por cierto, Allende estaba bajo un gran estrés y con un sentido de justicia vulnerado por la traición. Briones, con todo, se preguntó si

⁵⁵ Según Garcés, el único momento en el que Allende perdió la paciencia fue cuando uno de sus hombres, Alfredo Joignant, a cargo de Investigaciones, lo llamó para anunciarle que había renunciado a su cargo a favor de uno de sus subordinados. Allende se enfureció. En Garcés, p. 396.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 376

⁵⁷ Varas y Vergara, p. 60.

su amigo estaba realizando, al final de su vida política, una reprimida vocación de guerrilla —imitando conscientemente a sus admirados amigos Fidel Castro y el Che Guevara.⁵⁸

Sin embargo, aunque Allende murió luchando como un revolucionario —de acuerdo al retrato pintado por Debray⁵⁹— fue un combatiente que luchó dentro del marco constitucional del país. Es clave entender que no murió defendiendo una revolución violenta o intentando destruir “las instituciones burguesas” que se oponían a la realización de su proyecto revolucionario. Muy por el contrario, perdió la vida defendiendo un gobierno democrático y un orden constitucional —mutable sólo en función de sus propias reglas.

Su muerte, sin duda, fue “un caso excepcionalmente raro de ‘necesidad’”.⁶⁰ Allende fue un político con un intuitivo y penetrante sentido de las fuerzas que mueven la historia. Al negarse a renunciar a la presidencia de la República de Chile y morir en el cargo, impidió que sus opositores simplemente reconstituyeran el Estado chileno tradicional. Joan Garcés, el consejero político español de Allende, arguye que algunos de los dirigentes y simpatizantes del golpe⁶¹ tenían la ilusión de que podrían reemplazar fácilmente el bloque social en que se apoyaba el gobierno por aquel que tenía la mayoría en el Congreso; ello, sin trastornar sustancialmente la vida pública normal o las instituciones del Estado. Pero no contaron con la necesidad de bombardear el palacio presidencial y con el presidente en su interior. Allende los forzó a destruir las instituciones

⁵⁸ *Ibid.*, p. 61.

⁵⁹ Debray escribió que detrás del político racional, Allende se vio a sí mismo como un Robin Hood, un hombre de esperanza. El revolucionario francés no lo vio enteramente feliz en su papel de político hábil y conciliador. Motivado por un idealismo romántico, a Allende le habría encantado desplegar sus sueños heroicos. Sin embargo, se sentía reprimido. Aunque tenía la voluntad, carecía de la estrategia para conciliar ambos impulsos que competían en su interior. Ver “Salvador Allende: in Memoriam”, en *The New York Times*, 26 de septiembre de 1973, *passim*.

⁶⁰ Dunkerley, p. 19.

⁶¹ Entre ellos, Garcés menciona a Eduardo Frei y sus seguidores del ala derecha dentro de la Democracia Cristiana y al general Óscar Bonilla, un simpatizante demócrata cristiano. Garcés, p. 399.

políticas que querían recuperar, dejando así en evidencia la ilegitimidad de su acto.⁶² El presidente tenía que morir sólo por una causa mayor que su persona: la del pueblo que lo había elegido.

El compromiso de Allende con las masas, como líder popular, determinó asimismo, en gran medida, lo que Alain Touraine llamó su “sacrificio” y su “último acto de valentía”.⁶³ Había recibido del pueblo un mandato personal para llevar a cabo el programa popular. El pueblo lo había apoyado en su prolongada lucha política, le había vitoreado, marchado con él, compartido sus derrotas y estaba supuestamente preparado para defender su gobierno —una suposición que, en general, resultó totalmente infundada.

Según todas las informaciones, el malogrado golpe del 29 de junio —el “tanquetazo”— llevó al presidente a considerar una rebelión de las Fuerzas Armadas como la amenaza más seria a su mandato.⁶⁴ Pero Allende nunca disoció la ocurrencia de un golpe militar de una guerra civil entre dos facciones, una combatiendo y la otra defendiendo al gobierno —como sucedió con José Manuel Balmaceda. En 1891 la Armada se había rebelado contra el presidente y favorecido a las fuerzas del Congreso, mientras una parte significativa del Ejército permanecía leal al gobierno. Bajo el hechizo del pasado y la identificación con Balmaceda, durante sus últimos meses Allende consideró a la Armada totalmente antagónica a su gobierno,⁶⁵ mientras, ilusoriamente, vio leal al Ejército, o a una parte sustancial de él. De hecho, estuvo convencido hasta el final

⁶² *Ibid.*, pp. 399-400.

⁶³ Touraine, p. 194.

⁶⁴ Garcés, p. 303. Después del intento de golpe, Allende reconoció, en una entrevista, que Chile estaba al borde de la rebelión armada y afirmó que había “dos elementos en la oposición, uno que opera dentro del sistema y otro que desea derrocar al gobierno mediante el uso de la fuerza”. Estaba decidido a evitar una confrontación, pero —dijo— “eso no depende sólo de mi voluntad o decisión”; en *Newsweek*, 2 de julio de 1973.

⁶⁵ *Newsweek* informó que a fines de agosto, en una reunión con un grupo de almirantes, Allende habría supuestamente sorprendido a sus auditores al decir abiertamente: “Se que estoy en guerra con la Marina y sé lo que quieren hacer en mi contra ¡Inténtenlo! ¡Los desafío!”; *ibid.*, 1 de octubre de 1973, p. 42.

de que el gobierno podía contar con algunas fuerzas leales dentro de esa rama.⁶⁶ Si bien de manera insistente había aludido a las amenazas que una guerra civil y un golpe militar podían representar para el sistema (en especial después del 29 de junio), nunca asumió que el golpe pudiera llevarse a cabo apoyado por todas las Fuerzas Armadas. Estaba equivocado. Su fuerte creencia en la tradición heroica, el profesionalismo y el alegado constitucionalismo de las Fuerzas Armadas permaneció inmutable hasta esa última mañana.⁶⁷

En medio del caos, confusión y desinformación, los llamados de Salvador Allende a las masas, en esa mañana del 11 de septiembre, sonaron para muchos ambiguos.⁶⁸ Sus invocaciones al apoyo popular después del intento de golpe del 29 de junio habían sido más claros. Entonces había pedido a los trabajadores que ocuparan todas las empresas e industrias, que estuvieran alertas y esperaran las instrucciones de la CUT (Central Única de Trabajadores), que

⁶⁶ Según Garcés, Allende expresó esta opinión al general Carlos Prats cuando éste le sugirió que pidiera autorización al Senado para abandonar el país durante un año, y así apaciguar las tensiones sociales. Allende rechazó duramente esa posibilidad; ver Garcés, p. 338.

⁶⁷ Garcés, p. 385. Ver también recuerdos de Belisario Velasco; en González Carnus, p. 106. El 6 de septiembre, en una reunión en Tomás Moro, Allende repitió a Velasco que contaba con la lealtad de las Fuerzas Armadas en bloque, así como con el abrumador apoyo de la gente y de los trabajadores organizados. Su errónea confianza en la lealtad de las Fuerzas Armadas se había visto reforzada por lo que vio como pruebas irrefutables de ella: el asesinato de Schneider, la actitud de Prats con él, y la defensa del gobierno por parte de los militares leales (entre ellos Prats) durante el "ranquetazo". También fue engañado por la duplicidad de los militares: complotaban en las sombras mientras ostensiblemente juraban lealtad al presidente.

⁶⁸ Carlos Altamirano, que escuchó los discursos de Allende en la mañana del 11 de septiembre junto al Comité Central del Partido Socialista (Carlos Lazo, Adonis Sepúlveda, Ariel Ulloa, Rolando Calderón, Hernán del Canto, Arnoldo Camus), recuerda que las palabras de Allende fueron interpretadas en forma diferente por los dirigentes partidistas. Algunos de ellos se enfurecieron, pues les sonaron "ambiguas y derrotistas". Sin embargo, otros le atribuyeron más importancia a lo que el presidente planteó sobre el derecho del pueblo a defenderse y no ser humillado. En cuanto a Altamirano, reconoció que las palabras del presidente no lo habían sorprendido. Correspondían a las conversaciones que habían sostenido durante los últimos meses antes del golpe; en Politzer, p. 29.

concurrieran al centro de Santiago pero sin exponerse a ser masacrados y había informado finalmente que, de ser necesario, las armas vendrían luego. Al final del día, en una manifestación masiva, repitió su llamado poniendo énfasis en la cooperación entre los trabajadores y las Fuerzas Armadas y en una acrecentada producción.⁶⁹

Durante la mañana del 11 de septiembre, Allende se dirigió cinco veces al pueblo. La frecuencia y contenido de las transmisiones reflejó "su necesidad de contacto frente al aislamiento"⁷⁰ y también su preocupación de instruir al pueblo sobre el papel que debía asumir en esa mañana. En su primer mensaje (7.55 horas), enfatizó la necesidad de que las masas se movilizaran activamente. Los trabajadores debían estar atentos, vigilantes y evitar provocaciones. Debían ir a sus lugares de trabajo, mantener "la calma y la serenidad" y prepararse para actuar cuando recibieran instrucciones del "compañero presidente". Además, como las noticias disponibles sólo confirmaban la sedición de la Armada, incitaba al Ejército a defender el gobierno y la Constitución. Estaba seguro de que "los soldados [sabrían] cumplir con su obligación."⁷¹

Su segundo mensaje (8.10 horas) discutió en el mismo sentido. Llamó a la calma y pidió a la gente que esperara instrucciones, reafirmando sus esperanzas de que el levantamiento fuera derrotado: "Deben permanecer atentos en sus sitios de trabajo a la espera de mis instrucciones. Las fuerzas leales respetando el juramento hecho a las autoridades, junto a los trabajadores organizados, aplastarán el golpe fascista que amenaza a la patria". Un ejército combinado de trabajadores y militares leales aplastarían la rebelión.⁷²

A las 8.45 horas, en su tercer mensaje, estuvo ya dispuesto a admitir que un golpe de Estado en que participaba "la mayoría" de las Fuerzas Armadas estaba en marcha y se oponía directamente a él: "Yo no tengo pasta de apóstol ni de mesías", declaró, repitiendo

⁶⁹ *El Mercurio*, 8 de julio de 1973; también citado en Kaufman, p. 254.

⁷⁰ Kaufman, p. 301.

⁷¹ Citado en Garcés, p. 378.

⁷² Salvador Allende, *Obras escogidas. 1970-1973*, op. cit., p. 395.

su discurso de despedida a Fidel Castro, en diciembre de 1971, en el Estadio Nacional. "No tengo condiciones de mártir, soy un luchador social que cumple una tarea que el pueblo me ha dado. Pero que lo entiendan (...) sin tener carne de mártir no daré un paso atrás. Que lo sepan, que lo oigan, que se les grabe profundamente: dejaré La Moneda cuando cumpla el mandato que la gente me diera (...) No tengo otra alternativa. Sólo acibillándome a balazos podrán impedir la voluntad que es hacer cumplir el programa del pueblo".⁷³ Éste debía estar atento en sus sitios de trabajo así como el presidente permanecería en el suyo: el palacio presidencial.

A las 9.03 horas, reiteró su decisión de cumplir a ultranza con su obligación "por mandato del pueblo y por voluntad consciente de un presidente que tiene la dignidad del cargo entregado por su pueblo en elecciones libres y democráticas". Reiteró asimismo su decisión de morir: "Pagaré con mi vida la defensa de principios que son caros a esta patria". En cuanto al papel del pueblo, su llamado fue menos claro. Éste debía permanecer alerta y vigilante, "no debe dejarse provocar ni dejarse masacrar, pero también debe defender sus conquistas".⁷⁴

A las 9.15 horas, el presidente se dirigió a sus seguidores por última vez. Era un mensaje de despedida, transmitido a través de la Radio Magallanes. En él, Allende denunciaba la traición de las Fuerzas Armadas, reafirmaba su decisión de defender su mandato hasta el final y agradecía a la gente su confianza y lealtad. En cuanto al futuro, aseguraba, de manera un tanto profética, que otros hombres superarían el momento gris y amargo en el que la traición se imponía. "Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor."⁷⁵

Estos llamados ambiguos de Allende —percibidos así por algunos— fueron ferozmente criticados por sus detractores, quienes

⁷³ *Ibid.*, p. 395.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 396.

⁷⁵ Último discurso de Salvador Allende, *Obras escogidas. 1908-1973*, pp. 669-671.

sugirieron que había traicionado al pueblo. Helios Prieto, uno de sus críticos en la extrema izquierda, amén de plantear que todas sus palabras habían sido "dichas pensando en los historiadores del futuro"⁷⁶ denunciaba que éstas "no contenían ni una sola directiva para las masas que habían confiado en él y que fueron dejadas para que se las arreglaran solas".⁷⁷ Pero, lejos de ser equívocos o contradictorios, estos mensajes sólo fueron expresión del arraigado pragmatismo de Allende y de lo que él consideró su papel esencial en el movimiento popular. Él no era ni un caudillo ni un mesías, sino el vocero del pueblo con deberes claros: el "compañero presidente" debía guiar a las masas en una transición pacífica hacia el socialismo, lo que entrañaba responsabilidades compartidas. En este contexto, en las primeras horas del golpe no descartó —quizá de manera un tanto arrogante— la capacidad de las masas para defender su gobierno, pero a la vez siempre juzgó la posible intervención de éstas a la luz de los sucesos que, durante esa mañana, se desarrollaron con extraordinaria rapidez.

Su mensaje inicial fue transmitido cuando aún se desconocía la magnitud real de la rebelión. Y su actitud de esperar y ver, que de manera recurrente solicitó a las masas, se vinculó a la necesidad de averiguar la reacción de las Fuerzas Armadas en su conjunto. Pragmático, Allende estaba convencido de que las organizaciones de la clase trabajadora eran incapaces de actuar sin el apoyo de los militares.⁷⁸ Y siempre resistió las presiones de quienes, en los partidos

⁷⁶ Helios Prieto, *Chile. The Guerrillas are Amongst Us* (London: Pluto Press, 1974), p. 53.

⁷⁷ *Ibid.*

⁷⁸ Después del "tanquetazo" del 29 de junio, Allende aseguró que no se estaba intentando armar a la gente, pero que, en caso de haber guerra civil, el gobierno tenía derecho a defenderse lo mejor que pudiera; en *El Mercurio*, 8 de julio de 1973. Sin embargo, Allende no armó al pueblo y el Partido Comunista negó persistentemente que el gobierno intentara reemplazar a las Fuerzas Armadas profesionales. En vez de armar una milicia independiente, Allende siempre pensó que, de producirse un ataque contra el gobierno, los trabajadores se unirían a los simpatizantes de la UP y a los constitucionalistas de las Fuerzas Armadas; en Kaufman, p. 255.

más radicales de su coalición, deseaban armar una milicia independiente de trabajadores.⁷⁹ De acuerdo con su concepción, los trabajadores sólo podían actuar como fuerza de apoyo para aquellos posibles sectores de militares leales capaces de enfrenar la lucha contra sectores rebeldes. De manera que, cuando más tarde en esa mañana del 11 de septiembre, finalmente advirtió que no habían fuerzas leales, no tuvo más remedio que pedir al pueblo que se desmovilizara y que no actuara, con el fin de evitar una masacre inútil.

Su papel como líder popular le exigió hacerse responsable de la crisis e impedir un derramamiento de sangre. Evitar la violencia era una parte tan importante de su vía chilena que —contra las sugerencias de los que estuvieron con él en esa última mañana— en ningún momento consideró sacrificar a los trabajadores pidiéndoles que combatieran solos.⁸⁰ “Mucha gente en La Moneda le pidió a Allende que hiciera un llamado al pueblo” —aseveraría más tarde el doctor Arturo Jirón. “Allende dijo que no quería muertes inútiles, que estaban locos, que podría haber miles de muertos.” La sugerencia de un llamado a las armas era parte de una ilusión que muchos abrigaban dentro del palacio de gobierno. Más aún, el detective David Garrido recordaría que la mayoría de quienes estaban dentro creía que la gente estaba resistiendo espontáneamente afuera y que terminaría por llegar allí. Nunca creyeron que estaban solos.⁸¹

Allende era sin duda el más consciente de lo que acontecía. Así, en sus sucesivas alocuciones —y ante la evidente falta de apoyo de fuerzas leales— en tanto desalentaba la participación de la gente,

⁷⁹ Sin embargo, Allende fue un tanto ambiguo en este punto. El 5 de julio de 1973, el semanario socialista *La Aurora de Chile* publicó “El juicio de la historia”. Allí, el editorialista aludía a las promesas incumplidas del presidente Allende, tras el “tanquetazo”. Todos habían escuchado claramente al presidente en esa mañana del 29 de junio. Había llamado a la gente a salir a la calle y había asegurado que el pueblo tendría armas, de ser necesario. Armas que nunca habían llegado.

⁸⁰ Kaufman tiene la misma apreciación acerca de la reticencia de Allende de hacer un llamamiento a las masas en la mañana del 11 de septiembre, ver p. 305.

⁸¹ *Informe especial*, Televisión Nacional de Chile, 9 de septiembre de 1993.

reafirmaba el mensaje de que no lo sacarían vivo del palacio presidencial. “Pagaré con mi vida la lealtad al pueblo”, afirmó en su último discurso. Su muerte sería un sacrificio que apaciguara la ira de los atacantes, el simbólico gesto de patriotismo de “un hombre digno que fue leal con la patria” (tal como lo habían sido O’Figgins y Balmaceda) y una “lección moral que [castigaría] la felonía, la cobardía y la traición”.⁸²

Sin embargo, no toda la gente comprendió esto de manera inmediata, en especial los más radicalizados. Esa última mañana, la diputada socialista Carmen Lazo estaba en un escenario en la fábrica Cristalerías Chile, enfrentando a unos dos mil trabajadores furiosos que gritaban: “¿Y dónde están los fierros (armas)?”. No había ninguno.⁸³ Otros testimonios reflejaron el sentimiento de trabajadores que se sentían traicionados: “Allende fue un cobarde. Debí darnos armas a nosotros, los trabajadores. Ya no confiamos en líderes burgueses con ideas burguesas”.⁸⁴ Esta visión fue casi fanáticamente elaborada por ciertos críticos de Allende en la extrema izquierda. Según Helios Prieto, la decisión de Allende de posponer la movilización fue “profundamente desmoralizadora: por una parte, allá en el cielo donde están los héroes, el tián burgués combatió solo contra aviones y ametralladoras, mientras que, por la otra, las masas fueron relegadas al papel de observadores pasivos”.⁸⁵

Pero, más allá de las especulaciones y las críticas, el autosacrificio del líder sería ya consumado. Los suicidios políticos no han sido inusuales en la historia de América Latina. Varios elementos asociados con la conducta pública y la práctica política en los países latinoamericanos explican su recurrencia. Entre ellos, las tradiciones hispanas heredadas de un colonialismo establecido cuando

⁸² Último mensaje al pueblo en Salvador Allende, *Obras escogidas. 1908-1973*, pp. 669-671.

⁸³ *Los Tiempos*, 25 de septiembre de 1993, p. 15.

⁸⁴ Les Evans, *Disaster in Chile. Allende's Strategy and Why it Failed* (Nueva York: Pathfinder Press, 1974), p. 239.

⁸⁵ Prieto, p. 53.

aún las ideas feudales en torno al honor eran omnipresentes y sancionaban la práctica de defenderlo con la vida de ser necesario; y el énfasis dado por el catolicismo al martirio y el sacrificio, combinados éstos con una cultura social y religiosa de la muerte mucho más fuerte que la que existe en los países protestantes, y que adhiere a una idea más profunda del heroísmo contra la cual el suicidio es juzgado.⁸⁶

Estos dos elementos estuvieron presentes en la muerte de Allende; pero también la voluntad de asumir total responsabilidad como líder popular. Desde un punto de vista ético, no podía desconocer sus deberes y compromisos y abandonar a sus seguidores a la violencia, la persecución y la muerte. Esto contrariaba sus valores personales y los ideales y principios políticos que defendió durante toda su vida política, entre los cuales la lealtad hacia la gente fue uno de los principales. En su último acto, el líder reformista y el líder revolucionario se fundieron y prevaleció el último. El político reformista tradicional, cuyas características principales eran el compromiso y el pragmatismo, al final sería desplazado por el líder que mantuvo solo, hasta el final, el honor de la causa a la que se había entregado. Al decidir morir solo, resistiendo el golpe, solamente él encarnó la resistencia popular y se convirtió en su símbolo y personificación.

Sin embargo, en este último acto, Allende estaba también, inconscientemente, reviviendo el trauma de sus modelos históricos: O'Higgins, Balmaceda, Aguirre Cerda, a quienes había intentado superar, cumpliendo las tareas que éstos dejaron pendientes. Sus sueños de alcanzar la gloria logrando la segunda independencia chilena se hicieron trizas, así como su aspiración de realizar un hecho único en la historia mundial —la transición pacífica al socialismo conforme a un plan democrático, pluralista y libertario. Finalmente terminó derrotado como sus inspiradores. Su creciente

⁸⁶ Dunkerley plantea que "la muerte de Allende puede considerarse un suicidio político 'clásico'". Incluye todos los elementos asociados al tema en la tradición griega o romana: derrota, combatividad, desesperación y opción por el sacrificio heroico; p. 13.

identificación con Balmaceda en su último mes y el curioso episodio del aparente ensayo de su muerte lo demuestran. Como O'Higgins, no permitiría una inútil y sangrienta confrontación entre sus compatriotas. Sin embargo, en vez de abdicar, como él, e irse al exilio, optó por el suicidio, como Balmaceda. Con todo, a diferencia de éste, Salvador Allende no murió en una legación extranjera, sino en La Moneda, su lugar destinado y la casa del gobierno que él encarnaba.

En todo caso, la muerte no sólo cristalizó el liderazgo revolucionario de Allende, un liderazgo que en el momento final se mostró dispuesto a "avanzar sin transar", sino que permitió que toda la vida del líder fuera reinterpretada a la luz de este acto heroico y sus fallas redimidas por su muerte. De hecho, ni sus enemigos políticos pudieron dejar de admirar su valentía y coherencia con su promesa de no rendirse. Como uno de ellos dijo: "La noticia del suicidio de Allende dejó un resabio amargo después de un día tan glorioso".⁸⁷

Una muerte heroica le daría lo que buscó desesperadamente: la glorificación y el paso a la historia. Pero, ¿realmente lo consiguió?

Vida y liderazgo póstumos

La evocación de Salvador Allende como un muerto que "goza de buena salud", hecha en 1983 por el dirigente socialista, Ricardo Núñez, se adentra en el terreno de la trascendencia del líder y sugiere la presencia de una imagen simbólica que ha ejercido un significativo liderazgo después de la muerte.⁸⁸ Marcó la muerte física de Allende el comienzo de una forma diferente de existencia

⁸⁷ Reflexiones sobre la muerte de Allende hechas por Eduardo Arriagada, presidente del Colegio de Ingenieros y uno de sus enemigos. De acuerdo con su percepción de Allende, aludiría a que "incluso la gente mediocre, cuando es empujada al límite, se convierte en alguien admirable". El engañoso y superficial Allende había actuado con sorprendente dignidad cuando tuvo que enfrentarse a las exigencias de la junta militar; en Varas y Vergara, p. 106.

